

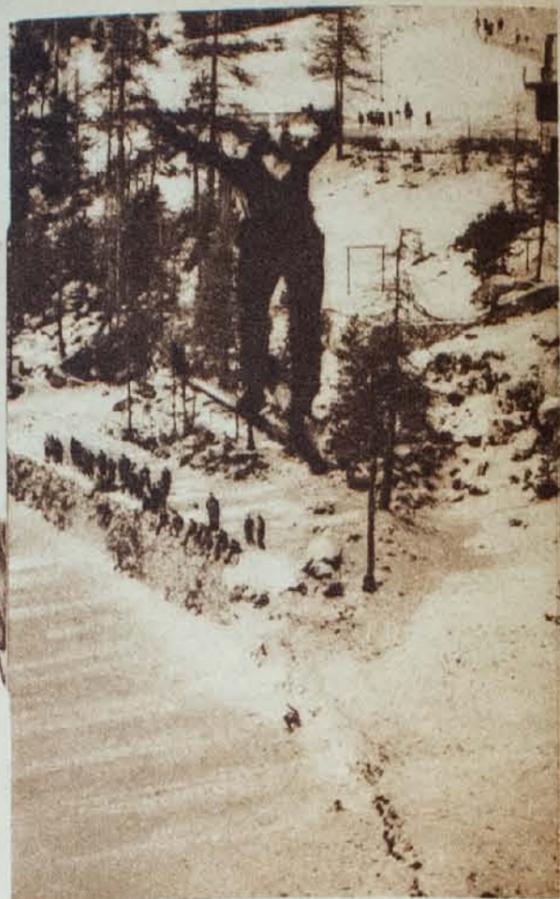


MAR  
DEL PLATA.  
LA NUEVA PLAYA  
POPULAR.

*Sports de invierno*



*Phil Taylor, el famoso campeón canadiense de patinaje, sorprende a los ocupantes de una mesa con un audaz salto sobre ella.*



*En el concurso anual que se realiza entre las Universidades de Oxford y Cambridge, se destacó este perfecto salto de R. O. Velton, capitán del equipo de Oxford, quien obtuvo con su actuación una de las mejores performances registradas en el concurso entre los dos institutos.*

*Con motivo de las últimas fiestas de Navidad, se congregaron en Saint Moritz destacadas figuras de los sports de invierno, dispuestas a competir una vez más en sus respectivas especialidades. Un profesional en skys ejecutando un salto interesante.*



*La pequeña Megan Taylor, hija del campeón canadiense, es una de las figuras que más sobresalieron en los últimos campeonatos de patinaje en Saint Moritz.*



*Curiosa fotografía tomada en Arosa en el preciso momento que un trineo se interna en un túnel luego de sortear las curvas de un camino nevado.*



*Beatrice Lillie, la famosa actriz británica, fué una entusiasta aficionada al sky durante su permanencia en Suiza.*



En una isla del Delta: cortando duraznos.



Carlos Rompani, quintero de Cancha Larga, transportando fruta para proceder después a la selección.



"Elegir" la fruta es una tarea que requiere cuidado.

*El Tigre, mercado de la fruta*

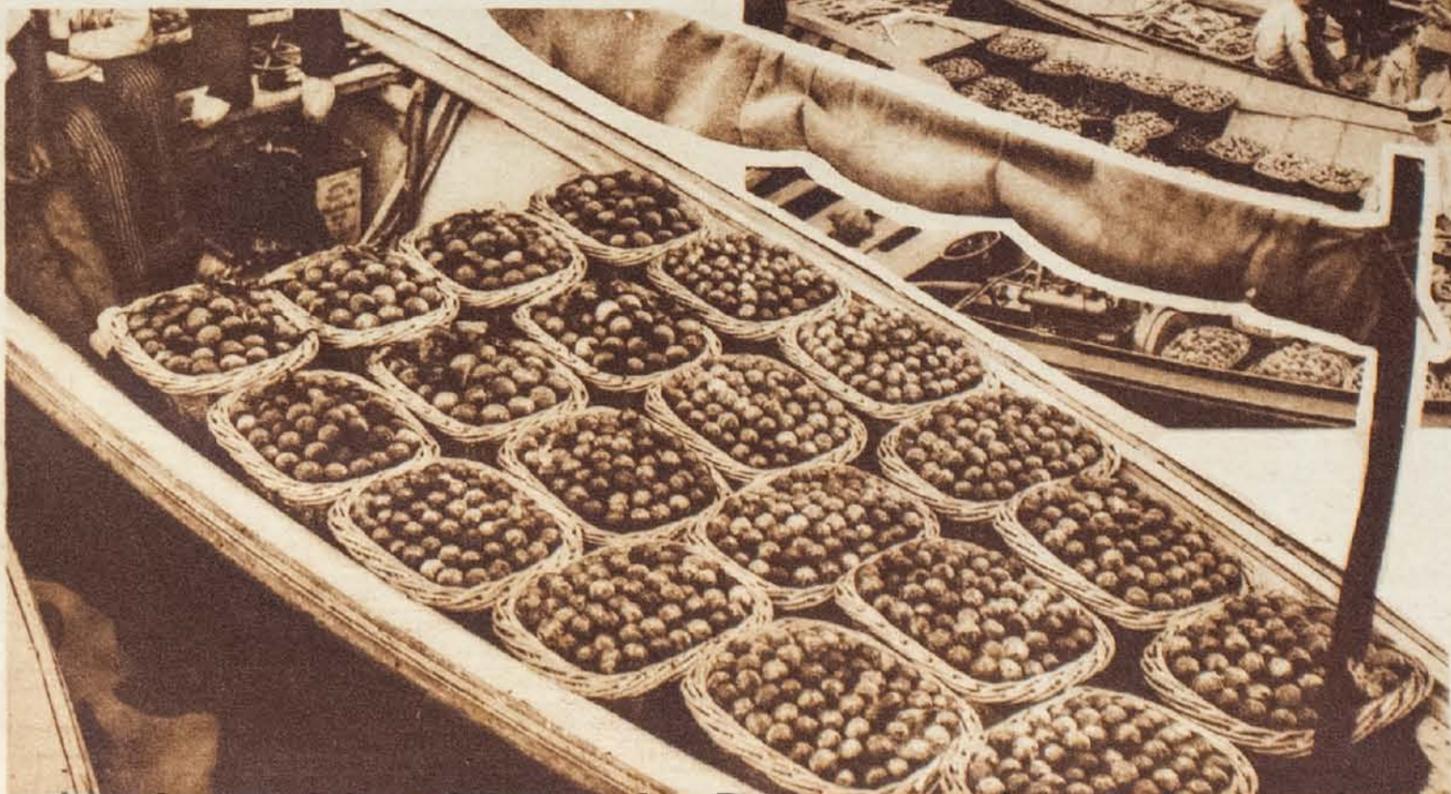
Un experimentado fruticultor: Gaspar J. Roldán de la Isla Brunet, que obtuvo el premio LA NACION en la primera exposición de frutas realizada en el Tigre, en 1927. Sorprendido en plena labor.



Los canastos de fruta son convenientemente colocados en las tanchas dedicadas por completo a su transporte.



Una junto a otra, las embarcaciones repletas de fruta forman en el río Luján largas filas, adonde acuden los interesados en la adquisición del producto.



# Las escuelas recreativas al aire libre



En el Jardín Botánico funciona una de las Escuelas recreativas al aire libre debido a la iniciativa de las señoritas Nelly Merino Carvallo y María Haydée Malbrán.  
Extasiados en la contemplación de la fuente, en un momento de tregua.



La lectura en voz alta resulta mucho más provechosa y agradable al aire libre



Las rondas en pleno jardín.

Lecciones instructivas. Las profesoras Lucila Juárez y Nelly Merino Carvallo en una de las clases alternadas con la gimnasia y con los juegos infantiles.



En Playa Grande!

Isabel Uribe Larrea, Teresa Blaquier Unzué, Clara Uribe Larrea de White, Elisa Uribe Larrea de Lynch, Magdalena Uribe Larrea, Marta Peralta Ramos, Ernestina Larrea Llavallol, María Carmen Cossio, Miguel Uribe Larrea, Julio Méndez, Antonio M. Lynch (hijo), Miguel Riglos (h.) y Federico Peralta Ramos.

Guillermina Udaondo de Zuberbühler, Juan Agustín García Victorica.



Delia Obejero, Nora Macdonald, Lady Effie Millington Drake.



Colette Schmidt de Gramajo, Enriqueta Del Solar Dorrego de García, Lucio García del Solar y María Celsa de Achával de Guerrico.

Emilia de Elía, Isabel Alvear Moreno, Elena Ocampo Alvear, Teodolina de Alvear.



Josefina Udaondo Soto y Josefina Castro Soto.

Lola Montes de Vedoya, Marta De Bary de Vedoya, Carmen De Bary de Padilla, Miguel M. Padilla, María Luisa Padilla de Helguera y María Julia De Bary de Bidau.



Factoría de ballenas en Gritviken, South Georgia. Al fondo se divisan las torres radiotelegráficas del gobierno británico, de 150 metros de altura.



Vista panorámica del Observatorio Nacional Magnético y Meteorológico de las Islas Orcadas del Sur, en invierno. Instalado en la Isla Laurie y rodeado por numerosas islas e islotes que presentan un aspecto desolador, enteramente cubiertas de hielo, con escasos líquenes y musgos y una fauna limitada a focas, pingüinos, cormoranes, gaviotas y petreles, anualmente se renueva una comisión enviada por la Dirección de Meteorología que cumple un trabajo de observación científica meritorio y a todas luces elogiabile.



Empeñado en la tarea de tomar la temperatura del mar en la Bahía del Norte.



# En las Orcadas

La casa habitación de los miembros del Observatorio, instalada en el centro del istmo en el año 1906, vista en pleno invierno.

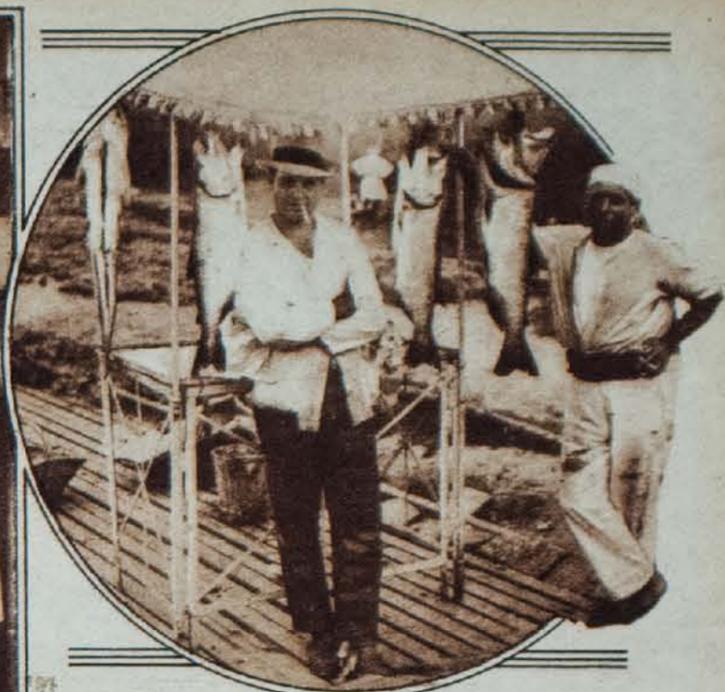


Para proveer a su alimentación con carne fresca, los comisionados del Observatorio faenan focas.

El transporte del hielo de los témpanos para transformarlo en agua.



El Observatorio Nacional en primavera, con la Bahía Uruguay libre de hielo.



CONTRASTES PORTEÑOS.—Pescados de Mar del Plata y mariscos exhibidos sobre la mesa del puesto del mercado y "dorados" del río de la Plata, ofrecidos a la venta por quienes los han pescado, en Vicente López, en las mismas inmediaciones del balneario.



Una joven jirafa, con la cual se ha enriquecido recientemente el zoológico de Londres.



He aquí a un caracul, huésped también del zoológico londinense. Es muy feroz, tanto que se precisa ser buen cazador para matarlo.



Para ser portero es lo mismo tener mucha o poca estatura. Así lo han entendido en dos establecimientos comerciales de la capital, a cuya entrada las dos siluetas, habituales a los clientes, certifican de manera indudable la afirmación.



El dentífrico universalmente reconocido SUPERIOR a TODOS por su acción preventiva contra todas las infecciones bucales. Si Vd. tiene las encías ENFERMAS, DEBILES ó PALIDAS úselo sin vacilar y ellas se volverán, en breve tiempo: SANAS, FIRMES y ROSADAS.

# Kodak Europeo

(DE NUESTRA AGENCIA EN PARIS)



BAJO EL SOL DE LA COSTA AZUL.— En Niza..., en el Jardín Albert ler., las gentes se dejan acariciar por un sol suave, en la vecindad de una flora casi tropical.



PARIS CON LLUVIA.— En París... los primeros copos obligan a las parisienses, bien atropadas, a ganar apresuradamente el metro.

S. M. LA REINA DE PARIS.— Paris ha elegido su reina — algunos la llaman embajadora — para 1931. Mademoiselle Viviane Ortmans triunfó sobre ocho rivales seleccionadas.

La reina de París tendrá automóvil y servidores; rivalizarán los teatros en ofrecerle sus mejores localidades; visitará — si le es posible — las innumerables playas y balnearios de tierras de Francia...

La reina o embajadora de 1931, además de joven y bonita, es inteligente. Hubo de contestar a preguntas e ironías para triunfar. Se quería una rosa, más que una camelia...



UN ARTISTA ORIGINAL.— En la Exposición de Arte que actualmente se celebra en Roma, sobresalen los dibujos al carbón de Adolfo Wildt, que representan la Creación del Hombre y de la Tierra. Nuestra fotografía reproduce el dibujo titulado: "Dios hizo el Sol, la Luna y las Estrellas". La originalidad de Wilde es otra creación...



L'aire de Tiflis es claro, suave y antiguo. Enseña a hacer la vida fácil entre el vino y la cebolleta. Enseña también la muerte fácil. Para ponerme a sonreír me basta con pensar en Paolo, el de los ojos azules. Entonces me siento dispuesto a creer en usted, en mí, en los plátanos esqueléticos del Jardín Botánico que en esta noche de octubre discuten con la lluvia sorda y vergonzante.

Paolo fué despertado temprano por su amigo Tchikhochvili. Con ademán nervioso, Tchikhochvili corrió la cortina y la luz melosa de las colinas próximas inundó las paredes blanquecinas. Cerca del lecho, arrojadas revueltamente, veíanse botellas vacías, zapatillas destrozadas, un cabo de vela y una novela de Balzac manchada de estearina. Tal vez la víspera Paolo había bebido vino. O quizá había leído durante toda la noche "Piel de zapa". Por lo demás, Tchikhochvili tenía algo más que hacer que entregarse a suposiciones. Se sentó sobre la cama, abrió los brazos y dijo:

— Escucha, Paolo: debes marcharte hoy mismo. La carta enviada a Kutais ha caído en manos de Vanidsé. Acabo de saberlo. Si no partes hoy, serás detenido indudablemente. ¡Es preciso que te des prisa, Paolo! Ya me he arreglado con un "ch a u f f e u r". Te llevaré hasta Ogusety...

Paolo saltó a tierra, y taloneando alegremente con sus pies desnudos, se aproximó a la ventana. Empujó con fuerza la persiana recalcitrante. El rebuzno de los

burros, el estrépito de la fragua vecina, los gritos de los vendedores de leche cuajada y toda la fragancia extraordinaria de una mañana otoñal invadieron la habitación. Paolo contempló con débil sonrisa las botellas vacías y la "Piel de zapa". Respiraba con avidez y su pecho amplio y veloso se dilataba. Al fin recordó las palabras terribles de Tchikhochvili. Movié la cabeza.

— Vanidsé es un perro. Pero no me iré. No, no insistas. No me iré de ningún modo. Yo no sé jugar al escondite. Es mejor no hablar de ello. Vente, pues, a comer hoy a casa de Anania.

Tchikhochvili discutía. Pero ya Paolo no le escuchaba. Se inclinó sobre la ventana y gritó:

— ¡Eh, tú, amigo...! Tirame uno aquí. Y que esté bien perfumado...

Extendió una hoja de diario, colocó encima un gran melón oloroso que cortó en dos trozos, aspiró el perfume, lo sacudió para hacer caer las pepitas, y después de haber tendido la mitad a Tchikhochvili se puso a comer su parte, raja a raja.

— ¡Qué bien vivieron esos héroes de Balzac: ardentemente, de un solo trago, al galope...! Bueno, hay que vestirse.

Sacó un trozo de espejo de entre un montón de periódicos, sopló encima y lo limpió en su manga. Se afeitaba con mucho esmero. Levemente presumido ante su imagen, se tomaba la mejilla con los dedos y paseaba por ella hábilmente el filo de la hoja. De repente, mientras se jabonaba por segunda vez la barbilla, quedó pensativo. La mano que empuñaba la brocha permaneció paralizada en el aire como en la muestra del barbero Soussa. Pensaba en alta voz:

— Tchikhochvili ¿tú sabes que se dice que

# EL ALEGRE PAOLO

## Y LA EHRENBURG

ILUSTRACIONES DE ERNESTO ARANCIBIA



después de la muerte el bigote continúa creciendo? ¡Qué cosa tan estúpidamente imaginada!

Tchikhochvili no contestó nada. Respiró ruidosamente y masculló:

— Te lo digo una vez más, Paolo, ¡vete! ¡Vete lo más pronto posible!

Pero ya Paolo se ha recobrado. Terminó de afeitarse. Se viste rápidamente. Vacila un momento en la elección de corbata. ¿Cuál escogerá: la malva con lunares amarillos o el foulard turco? Se decide por la encarnada con ramos blancos.

Salieron juntos, pero se separaron en seguida.

Tchikhochvili estaba de prisa por asuntos del servicio. En cuanto a Paolo, tuvo la idea de ir al mercado: para él ese día era excepcional. Su mirada no dejaba escapar ningún rostro, ningún rótulo. Sonreía a los mozos de cordel que se adormecían en los rincones de las calles con su taburete bajo la cabeza, sonreía a las sandías dulces. Al pasar por las callejuelas estrechas del mercado, movía gozosamente las aletas de la nariz como un galgo. Le halagaban los olores del cuero, del tocino de carnero y de estragón. No había nada que hacer: le gustaba Tiflis. Aquí es donde había nacido, aquí es donde había vivido sus treinta y siete años coloridos y absurdos como las pinturas que cuelgan de las paredes de las tabernas, donde se ven panteras más manas que gatitos, donde los hombres mueren teniendo en la mano un cuerno de búfalo lleno de vino.

Entró en casa de un armero amigo suyo. Examinó despacio varias armas de Daghestan, moviendo la cabeza con aire de desaprobación: ¡Ay, porquerías para los necios...

Entonces, con sonrisa astuta, el tendero sacó un puñal de un cofre:

— Mira, si quieres... Esto está hecho para ti...

Paolo admiró el trabajo delicado.

— En efecto, eso es un puñal...

Golpeó al armero en los hombros.

— No tengo dinero. Quizá para la primavera...

¡Estupendo Paolo! ¿Acaso no ha comprendido las palabras de Tchikhochvili? Sonríe y sus gruesos dientes caninos brillan al sol como un collar persa. Se acerca después al zapatero, Mikhail y le infunde miedo: "Arriba las manos, viejo ricacho Maidan..." Ambos ríen. El moctón de la lechería que se mantiene sobre un pie

como una cigüeña, esperando que Mikhail le arregle la suela del zapato, ríe también. La tienda huele a sudor y alquitrán. Mikhail ofrece uvas a Paolo:

— Y qué, ¿tienes que arreglarte los zapatos?

— No, todavía los llevaré tres años.

Unos chicuelos que llevan maíz, vociferan. Han chocado dos carritos en una calle estrecha y los carreteros se injurian, pero hasta sus invectivas son suaves como ese moscatel dorado.

Comenzaba a hacer calor. Paolo se dirigió hacia la avenida principal. En el camino se detuvo en casi todos los kioscos donde vendían jarabes. Miraba como un chico, con una admiración enternecida, los estrechos recipientes de vidrio, llenos de líquidos multicolores. Vacilaba entre el naranja y

el escarlata. Por lo demás, bebió de todo: cornizola, almendra, granada. El agua estaba helada y Paolo cerraba gozosamente los ojos. ¿Qué otra cosa hay más dulce que el agua en un día ardiente? ¿La heroína de Balzac? ¿Un trozo de cuero talismán de amor? ¿Una muerte súbita como la disnea? Acordándose del libro manchado de estearina, Paolo se puso triste un instante: "Nina... Es preciso decir adiós a Nina..." Pero en seguida sonrió de nuevo: cerca de él caminaba una armenia semejante a un lenguado. Agitaba apenas sus cortos miembros. En una red llevaba pescado adquirido en el mercado.

— ¡Qué pintorescas son estas armenias! ¿Por qué les gustará tanto el pescado?

Y continuó su paseo, riéndose. Ahora, a cada paso, saludaba a gente conocida. En los rincones había hombres, todos ellos camaradas de trago. ¿Quién no le conocía, en efecto? Estrechaba la mano a los comisarios y a los poetas y a los vendedores de cigarrillos. Para todos tenía una palabra agradable. Con Nivadsé habló de la bailarina Tamara y luego de los ingleses astutos. Nivadsé era corredor y diplomático. En cuanto al gordo Nachvili, le hizo simplemente cosquillas en la tripa y gimió suavemente: "¡Cuánto calor; toma...!"

Paolo invitaba a varios a comer en casa de Anania.

— Ven, habrá música.

Algunos se asombraron.

— ¿Qué es esa fiesta?

Entonces Paolo respondía con una sonrisa pícaro en los ojos

— Es mi fiesta.

De repente vió a Vanidsé, sí, aquel mismo

Vanidsé del que le había hablado Tchichochvili. Vanidsé andaba pensativo sin mirar adelante y movía su cartera. Chocó contra Paolo. Sin esto, Paolo probablemente hubiera pasado de lado. No hubiera detenido a Vanidsé. ¿Para qué molestarle y molestarse él también? Es que Vanidsé era, a pesar de todo, el primo de Paolo y, más de una vez, ambos habían cazado juntos jabalíes, en la época en que Noé Vanidsé no portaba aún una cartera y en que Paolo no escribía misivas insensatas. Pero ¿qué quieren ustedes que se le haga? Con todo su empuje, Vanidsé arrojó su cartera al costado de Paolo quien, olvidando todos los acontecimientos históricos, prorrumpió con risa ingenua:

— ¡Choque de trenes! Bueno y ¿cómo te va, Noé?...

Vanidsé no pudo ocultar una turbación penosa. ¡Paolo...! Le hubiera gustado no encontrárselo hoy. La alegría, la amistad, la caza, la bebida, los mismos nombres de muchachas, las mismas estrellas, todo eso pesaba sobre su alma. Pero Vanidsé era fiel a la idea árida, ardiente y opaca como los ojos de una mujer ya no joven pero todavía hermosa que dice adiós a su amante fugaz. Por ello, si Vanidsé no se arrojó al cuello de Paolo, tampoco se fué. No; se limitó a decir suavemente:

— Buenos días, Paolo... Tengo prisa...

Este es, parece, el momento de separarse para gentes que se encuentran casualmente. Pero Paolo está hoy tan alegre, tan cordial, que no suelta la mano de Vanidsé.

— ¡Tenía deseos de volver a verte, Noé...! ¿Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto? Lo menos cuatro meses. Tú siempre estás ocupado ahora: asuntos, asuntos... ¡Ah! Noé: ¿te acuerdas de la noche que pasamos en la taberna de Passanaouri y del tártaro ciego que cantaba una tontería cualquiera a propósito de una sultana ciega, y que lo hacía tan bien que le daban a uno ganas de gritar? ¡Hace ya tiempo de eso! No, no te apresures. ¡Cómo! Hace siglos que no nos hemos visto y de repente: "adiós". ¿Ocupado? En ese caso, vente a comer a casa de Anania. Hoy es mi fiesta. ¿No me crees? ¡Qué gracioso! Entonces, ¿de acuerdo? ¿Vienes? Sobre todo, no me engañes...

¿Por qué ha invitado Paolo a casa de Anania a su enemigo mortal? La cosa parece sencilla: ¡ha invitado a tantos otros! Se encontró con ellos, les recordó el tiempo antiguo — más de una noche pasada antaño en Passanaouri — y los invitó. Quizá hubiese concebido este designio: ¿quería, a través de la verdura del jardín y de los vapores del vino, mirar una vez más en los ojos empañados de su destino?

Vanidsé cede, sonríe. De acuerdo, irá a casa de Anania. Y ahora, ya va con retraso. Comisión... Informes...

Ahora Paolo avanza por el puente. Sobre el Kura las balsas hormiguean como ánades. De alegre que estaba, Paolo se ha quedado pensativo. Sin duda, es a causa del río. El agua habla siempre al hombre de severidad y de silencio, bien sea el mar o la lluvia fina. Los ojos de Paolo ahora son tristes y bellos. En los viejos mulos he visto a veces ojos semejantes. ¡Paolo no puede morir! Le gustan esas casas sobre el Kura, y las colinas, las viñas, las novelas de Balzac, las corbatas chillonas; le gustan también los pies de Nina, parecidos a los de una muñeca, tan pequeños que, al mirarlos, los mismos cargadores se enternecen: "¡Eh, cuidado, pequeña, no te vayas a caer...!" Le gusta el absurdo maravilloso de la vida.

Se detiene. A su alrededor hay corderos marcados en las ancas, un automóvil decrepito, un carricoche, el calor, una melopea. Entonces, Paolo se pone a declamar con aire afectado versos franceses. Le gusta esa lengua, quizás por no haberla oído nunca. Es la lengua de los héroes de novela. Conviene a maravilla para dirigirse a las fotografías de Nina, a las balsas sobre el Kura, a sí mismo. Recita versos sobre algún barco. Poco a poco, un zumbido llena sus oídos. No piensa en Tiflis, ni en los pies de Nina, ni en la muerte. Boga.

Pero he aquí el jardín de Anania. Paolo: ¡basta de filosofía! Hoy estás alegre y vivaz. Has convidado amigos a comer. Y Paolo no escucha ya el gemido de las jarcias. Elige en el jardín una glorieta bien sombreada. Discute extensamente con Anania sobre lo que servirá a sus huéspedes. Truchas, pollo asado, un "chachlyk",

sin duda, y para terminar, queso frito. ¿O tal vez, todavía, un filete al asador? Y una docena de melones perfumados. ¿Y el vino? Que Anania no sea avaro. Que deje a un lado su modestia. Paolo no ignora que tiene oculto en su bodega un excelente "napareouli". Es inútil que lo mezcle con vino corriente.

— ¡Hoy es para mí día de gran fiesta! ¡Tienes que arruinarte, Anania! Trae aquí ese famoso Napareouli.

Han venido todos, hasta Vanidsé; al verle, algunos han arrugado el entrecejo. ¿Por qué llamar a Vanidsé? Con él no hay manera de alegrarse. Pero la jovialidad de Paolo conquistó a todo el mundo. Apenas acabado el "chachlyk", el gordo Nachvili llegó a abrazar a Vanidsé, diciendo: "¡A la salud de nuestro querido Paolo!" Únicamente Tchichochvili se niega a aceptar la extraña fantasía de Paolo. No quiere mirar a Vanidsé. Alegando el calor que, según dijo, le hacía sangrar por la nariz, se fué, a pesar de todos los esfuerzos de Paolo para retenerle. Antes de marcharse, tomó aparte a Paolo:

— Si cambias de idea, te esperaré toda la

## Cigarra estival

*La cigarra estival vibra su canto  
Sostenido, monótono, doliente,  
Y saluda la luz desfalleciente  
En la tarde vestida de amaranto.*

*Ráfagas llegan de un jardín, en tanto  
La palma inclina con gracia indolente  
Su flexible penacho en el ambiente,  
Cual india bayadera sutil manto.*

*Flores enormes abren su corola  
Tal amorosos labios que un deseo  
De expirar perfumando ciego inmola;*

*Y en la vaga penumbra vespertina  
Suele morir cantando, como Orfeo,  
La embriagada lirófora divina.*

Leopoldo Diaz

noche en casa de Vassa. Acuérdate que está preparado el coche. Bueno, adiós, querido camarada...!

Después de estas palabras besó tristemente a Paolo en los labios.

Al volver junto a sus invitados, Paolo estaba pálido y severo.

— ¿Qué tienes, Paolo?

— No es nada... El calor... Me gusta Tchichochvili. No es un hombre, es un león.

Un minuto más tarde, Paolo había vencido ya su tristeza. Era la cabeza del festín. Hacía brindis enumerando los méritos de cada convidado; sus discursos eran fáciles y pomposos. Aunque había muchos amigos y muchas botellas, aunque el napareouli tornase pesada la cabeza y el calor abrumara, Paolo seguía hablando con jovialidad y entusiasmo. Elogiaba al poeta Makhradsé por su música, más penetrante que todas las palabras del universo, y comparaba sus versos con la calma de una mañana en la montaña cuando la risa descuidada del pastor perdido es maravillosa y terrible. Respecto al gordo Nachvili dijo que, al igual que las cepas de piedra sobre las murallas ruinosas de Mzekht calientan a los originales solitarios con su vino eterno, así, sin la fantasía de Nachvili todo Tiflis se moriría de aburrimiento y hasta las mismas máquinas de escribir se destriparían. ¡Ah, ah! Glorificó la amistad del uno, el valor del otro. Bebía a la salud del viejo Anania que tenía truchas rosas y multicolores



como el alba, en vez de arenques hediondos. Bebía a la salud de todos.

Pero llega el momento penoso. Paolo debe levantar la copa a la salud de su sobrino, a la salud de Noé Vanidsé. Embotados por el vino, los elogios y la charla, todos ostentan rostros joviales: ¡cuánto se quieren esos hombres! Encima de la larga mesa quedan grandes botellas, platos con hierba olorosa, huesos despojados, y ya Anania trae los melones. Su perfume suscita en todos una melancolía ensoñadora. Al mismo obeso Nachvili le transforma en un enamorado extático. Y, para colmo de todo, llega la música... La "zourna" dice lamentos sobre Nina, sobre muchas Ninas, sobre todas las Ninas y no sobre una sola. Los sonidos vuelan como moscas, bordonan, pican con sus dardos, son invencibles. Apenas se les expulsa, cuando ya vuelven de nuevo. Y se diría que la melodía no cambia, que es siempre la misma hoy como ayer, desde la cuna. ¡Es tan fácil enternecerse aquí! Pero Paolo se levanta, arroja de su frente las moscas que inundan el jardín entero. Grita al músico: "Espera un poco, muchacho", aunque éste es tan viejo como su tonada. Y comienza:

— Ahora propongo que bebamos a la salud de nuestro querido Vanidsé. Todos saben que es mi enemigo, pero hoy no hablemos de ello. Hoy beberemos y reiremos. Conozco a Vanidsé desde que era pequeño. Ya entonces sabía tirar como un verdadero cazador y os decía toda la verdad sin sonrojarse. Hombres semejantes matan panteras o caen desde una roca elevada. Esta mañana yo estaba colérico y he dicho: "Vanidsé es un perro", y te pido perdón por ello, Noé. Eres un buen hombre, ardiente y seco como el destino. ¡Bebo por que vivas muchos, muchos años y este vaso, el último, es para ti, Noé...!

Resuenan las risas y se entrecocan los vasos. Tierno y pensativo, Paolo abraza a su sobrino. Pero los ojos de Vanidsé permanecen empañados e inquietantes. Planea el silencio. Los convidados experimentan malestar. Entonces, el viejo, dándose cuenta a tiempo de ello, empuña de nuevo la "zourna" y sus sonidos avasalladores invaden otra vez a los amigos. Ahora acogen la música con placer: los sonidos sin palabras les refieren el acontecimiento importante y grave del que todos han sido testigos entre esos ramajes pobres y esos platos grasientos.

Cuando acabaron la comida brillaban ya las estrellas. Paolo iba mirándolas por las calles intrincadas de Sololaki en dirección a casa de su Nina. No permaneció allí mucho tiempo. Apenas el de darle una brazada de flores otoñales, de besar sus labios, que tenían el perfume suave y desgarrador del moscatel dorado como el del zapatero de Maidan.

— Adiós, Nina. Quizá me vaya lejos. No depende de mí. Aquí los hombres son como navíos y hay tempestades. A propósito de eso, sé unos versos franceses. Pero ahora no quiero hablar de poesía. ¡Qué admirables son tus pies, Nina...! No te enfades conmigo. No puedo obrar de otra forma. No tengo más que un solo consejero, mi corazón. ¡Bueno, adiós, amor mío...!

Volvió a su casa. Sin desvestirse, encendió un trozo de vela y, abriendo el libro de Balzac, se puso a leer atentamente. No dejó el libro hasta el momento en que golpearon siniestramente abajo. Entonces gritó:

— Entrad, no he cerrado la puerta.

Después de esto, ninguno de sus amigos volvió a verle. Dos meses más tarde, Vanidsé, encontrándose con el poeta Makhradsé, dijo:

— Ha sido extraordinario, a pesar de todo, cómo murió Paolo. Estaba allí erguido y sonreía, sonreía al mundo entero. Solamente un momento hizo una mueca y exclamó en francés: "¡Qué tontería es eso de pensar que crecen después de muerto...!" Ignoro a qué podría referirse. Quizá a los árboles. Pero, en seguida sonrió de nuevo y hasta se despidió de mí. Me dijo: "Adiós, Noé. No te engañé el otro día. Sabía que ibas a matarme y me divertí a pesar de todo. Ahora también me río. ¿Sabes lo que es esto? Es la muerte alegre". Me dieron tanto miedo estas palabras que grité a los muchachos: "¡Diablo, tirad pronto!" Y él, por tierra, continuaba sonriendo.

Terminado el relato, Vanidsé ocultó sus ojos con la mano y empezó a temblar.



**A** CABABAN de anclar los navíos, una verdadera flota de veleros, en la ancha bahía de Río de Janeiro. Era en 1808. Gentes de todas clases sociales, deslumbrantes unos en sus reales uniformes, graves otros en sus negras vestiduras eclesiásticas; dignatarios regios, obispos, príncipes de sangre real, un rey y dos reinas, y una multitud bulliciosa, abigarrada, extraña, hormigueando bajo el ardiente sol.

Era una corte arrojada más allá de los mares; era la triste casa de Braganza que venía huyendo de Portugal para buscar un asilo en su inmensa colonia del trópico. Funcionarios, servidores, cortesanos, buscaban abrigo en los "choupanes" del suburbio carioca, hervientes de negros, con sus equipajes y pacotillas salvadas del naufragio nacional. "Todo entre ellos, todo era penuria y miseria, a pesar de las inmensas riquezas traídas de la perdida Lisboa, las piedras de cuyas calles resonaban bajo los cascos de los caballos de las legiones napoleónicas".

La obscura muchedumbre del trópico aclamaba a los tristes reyes desterrados. Eran, no sólo los monarcas de Portugal, sino también los soberanos del Brasil. La multitud de blancos y de negros se agitaba como un mar. "Y apenas si fué advertido, en el tumulto y alborozo de la arribada, el paso furtivo de un grupo de servidores que conducían en un sillón y metían en un coche a una lívida y demacrada anciana, que, la mirada extraviada, las blancas greñas en desorden fuera de su toca negra, arrojando aullidos y voces incoherentes, forcejeaba desesperadamente por escaparse: era Doña María de Braganza, la reina demente de Portugal, tétrico emblema de la ruina nacional, a quien arrancara de su habitual estupor el bullicio del desembarco".

Poco antes que ella había pisado la tierra brasileña un hombre corpulento, obeso, de manso mirar y pesados movimientos. Junto a él marchaba una mujer horriblemente delgada, de pronunciado perfil e imperiosa mirada: eran Don Juan de Braganza y Doña Carlota Joaquina de Borbón, los regentes de Portugal.

Cortesanos y dignatarios fueron alojados en los conventos y villas de Río de Janeiro. Don Juan instaló en Boa Vista, y su regia consorte, Doña Carlota, con sus dos hijas y su hijo, en otra villa del suburbio de Engenho Velho. "Separados continuaron a vivir no Río de Janeiro como o practicavam em Lisboa", escribe un cronista de la época.

Doña Carlota contaba a la sazón treinta y tres años. Desgarbada, prematuramente envejecida, medio tísica, tenía impreso en su semblante anguloso el sello de todas las pasiones.

La hermana mayor de Fernando VII odiaba a su gordo y prudente consorte, con el cual habíanla casado en 1790, a los quince años de edad. En Lisboa, mucho antes de la invasión napoleónica, había encabezado una conspiración contra su marido, y una vez fracasado el movimiento, tomó bajo su real protección a los frailes y militares comprometidos.

Tenía la famosa hija de Carlos IV el prurito del mando, el fervor de la intriga; la consumía una ambición ardiente y sin escrúpulos, como lo había demostrado desde su primera y agitada juventud, como lo reveló desde que puso las reales plantas en la tierra americana.

El pobre Don Juan no contaba para nada en los arrebatados proyectos de la inquieta princesa. Cuando ella llegó al Brasil, Liniers era virrey en Buenos Aires. Soñó con el trono de ambos mundos. Cuando se confirmó en la corte de Río la renuncia de los Borbones y la proclamación de José Bonaparte como rey de las Españas, Doña Carlota, que ya intrigaba con americanos, hizo pública su protesta contra el usurpador y afirmó su derecho eventual al trono de sus mayores.

En agosto de 1808 da el célebre manifiesto dirigido "a sus vasallos de las Españas y las Indias". De acuerdo con las Cortes de 1789, el conde de Florida-Blanca, como lo hicieron más tarde las Cortes de Cádiz, en 1812, reconocía los derechos a la corona de Doña Carlota "en caso de no poder ceñirla el infante Don Carlos María ni su descendencia".

La ley sálica la excluía del trono. Pero Florida-Blanca temía que Fernando VII y su heredero, prisioneros de Napoleón en Bayona, siguieran la trágica suerte del duque de Enghien, y una vez desaparecidos los hombres de la dinastía borbónica, se legitimara para siempre el trono del rey José.

La delirante Carlota creyóse ya reina de España. Era, por lo tanto, la soberana ideal de las colonias americanas.

Por ese tiempo, dirigióse al Cabildo de Buenos Aires, y luego al virrey Liniers. No era ya la princesa portuguesa, ni la reina del Brasil: era la infanta española

## El delirio de la Infanta Carlota

POPO

### Hector Pedro Lomborg



La infanta doña Carlota Joaquina de Borbón

que, desde las gradas del trono de Carlos IV, se dirigía a sus presuntos súbditos. ¡Y en qué términos!

Apenas sabía escribir. Sus famosas cartas y proclamas redactábalas un aventurero llamado Presas, "el doctor" José Presas, personaje salido nadie sabía de dónde, que vivió en Buenos Aires a principios del siglo, y del cual el mismo Liniers escribió a Doña Carlota: "ese es un hombre maligno, inquieto y revoltoso, a quien este gobierno le formó causa..."

El "doctor" José Presas, huido de Buenos Aires en 1808, fué a Río de Janeiro, conoció a la soñadora infanta, y llegó a ser su secretario y hombre de confianza. "La real mano copiaba sus célebres manifiestos y cartas políticas, y las firmaba sin vacilar".

Cabildo y virrey rechazaron airados las pretensiones de la arrebatada princesa. Era mentor y consejero de la misma otro hombre también singular, pero en diferente sentido. El almirante inglés Sir Sidney Smith, héroe de las luchas de Inglaterra contra Napoleón, apoyaba con sus consejos y sus cañones, los locos sueños de Doña Carlota. El vencedor de San Juan de Acre también alentaba un sueño extraño: realizar lo que no lograron ni Beresford, ni Sir Home Popham, ni Auchmuty...

Por otra parte Inglaterra tenía en la corte del Brasil a un diplomático ilustre y juvenil: lord Strangford, implacable enemigo de la alucinada infanta e inclinado a la política conciliadora y prudente de Don Juan de Braganza.

Entre el ministro y el almirante existió siempre una sorda enemistad. El joven lord, que contaba entonces veintiséis años, soñaba con unos países americanos no ingleses, pero abiertos para el comercio británico, que, después de Trafalgar, poblaba los mares con sus flotas. Sir Sidney quería la tercera invasión victoriosa...

En 1809 Saturnino Rodríguez Peña promovía el proyecto de emancipar y constituir las provincias del Río de la Plata, bajo la corona de Doña Carlota Joaquina de Borbón y Braganza, a quien llamaba "la reina fidelísima". Belgrano y los prohombres de la época fomentaban la quimera monárquica, que debía subsistir hasta 1816, en que debía morir.

La regia quimera andaba por los pueblos del Norte y del Sur (Mitre, Historia de Belgrano, vol. I, cap. VI). Pidióse a Doña Carlota que viniera al Río de la Plata, y la hermana de Fernando VII preparó sus reales maletas. Pero lord Strangford estaba detrás del

rey Juan, a pesar de los consejos y cañones de Sir Sidney Smith, y la infanta no pudo embarcar para sus reinos ilusorios.

Tal fué el delirio político de la infanta Carlota. ¿Soñaba tan sólo con una especie de superintendencia sobre los cuatro virreinos, o se veía ya, en su extraña y loca ambición, con la corona de un imperio colonial?

La historia no lo ha puesto en claro todavía. Su correspondencia, copiosa y febril, de la que eran portadores el turbio coronel Burée y el apasionado Rodríguez Peña, inducen a creer en lo último. ¿Qué otra cosa se desprende de la famosa proclama de 1808, ya citada?

Ella intrigaba siempre. Enardecía su delirio un grupo de americanos que presidía Saturnino Rodríguez Peña y se reunía en un célebre café de la Rúa Ouvidor. (Fué también en un café de la Rúa Ouvidor donde, ochenta después, se decretó la caída del trono del Brasil, en la persona de su nieto, Don Pedro II, y se proclamó la República).

Doña Carlota intrigaba y escribía sin cesar. Ahora era ella misma quien redactaba su extraña correspondencia política y privada. "Sus cartas incorrectas, escritas con torpe mano, no carecen de cierta desenvoltura manolesca", dice un escritor célebre del Río de la Plata.

Pero los trabajos no adelantaban. La famosa nota del ministro Rodrigo de Sousa Coutinho al Cabildo de Buenos Aires había llenado de ira a los españoles, y al mismo virrey. Sólo un puñado de soñadores ilustres creían y esperaban a "la reina fidelísima", cuya imaginación enfermiza parecía exaltarse bajo el sol ardiente de los trópicos.

Iracunda, escribe una nota a Liniers, acusando de traidor a Saturnino Rodríguez Peña. En más de una ocasión, Liniers habíase negado a recibir al portador de las reales epístolas, al coronel Burée ya mencionado, y hasta había amenazado con meterlo en la cárcel. ¿Acaso Burée no había sido un espía de los ingleses en 1807?

El coronel volvió con la carta a Río de Janeiro. Mas no por eso desmayó la enérgica mujer. Ella, que pasó como un fuego fatuo por la historia, iba a luchar hasta el fin. La energía agonizante de los Borbones renacía en aquella mujer ya vieja, consumida por las pasiones, pero galvanizada por una quimera imperial, por una frenética ambición.

El proyecto de la monarquía incásica, o sea la restauración de los incas, allá por 1816 ("se conmovían del inca las tumbas...") hace desvanecer para siempre en el Río de la Plata la antigua ilusión de Doña Carlota.

Durante cinco años más debía vivir y reinar, aburrida y triste, en el vacío de la existencia colonial.

Era en 1821 cuando emprendía el viaje de regreso a Portugal, con su esposo y todos sus hijos, excepto el infante Don Pedro, quien quedaba como regente del Brasil en la otrora inquieta corte de Río de Janeiro.

Un año más tarde la inmensa colonia cortaba sus lazos con la metrópoli, y convertíase en un imperio independiente, con Don Pedro I como soberano.

Doña María, la reina demente, había muerto sin salir de su largo estupor, y Don Juan VI era rey absoluto de Portugal. Doña Carlota era por fin reina de aquel país donde tanto había intrigado, y al que no amó jamás.

Cuatro años duró el reinado de Don Juan VI, y dos la regencia de la reina viuda, que en 1828 hacía proclamar como soberano absoluto a su hijo predilecto, Don Miguel.

En aquellos dulces y postreros días de Lisboa, ¿cómo debió soñar la ambiciosa Doña Carlota, hija, hermana y esposa de reyes, madre de un rey y un emperador!

Quizás más de una vez, bajo los claros cielos usitanos, volvió a su memoria febril el recuerdo de los trágicos días de 1808, cuando la altiva y desventurada casa de Braganza andaba errante y fugitiva por los mares, con su reina loca y su incierto destino, y desembarcaba, enferma de tristeza y de ambición, en el reino tropical que le diera el tratado de Tordesillas, cuando el mundo se repartía entre españoles y portugueses...

Quizás evocó alguna vez el pálido semblante y las cartas de fuego de Saturnino Rodríguez Peña; los ojos azules y las frases arrogantes del vencedor de San Juan de Acre; la sonrisa fría pero cortés de lord Strangford; las palabras altivas y severas de Liniers...

Y en 1830, en la última primavera de su existencia, tal vez volvieron a sus oídos los cantos de los negros brasileños, aquellos cantos de pasión y de saudade que durante cerca de catorce años llegaban hasta las ventanas de Engenho Velho desde el rumoroso campo de Santa Anna.

Así terminó el delirio de la infanta Carlota, que vivió una de las novelas más extrañas y pintorescas en la historia americana, y, posiblemente, en la historia de Portugal.

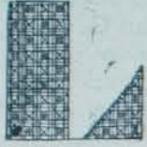
# La REFORMA del Por ALPHONSE

(Para LA NACION)



# CALENDARIO BERGET

PARIS, diciembre de 1930



A medida del tiempo ha constituido siempre una gran preocupación para los hombres: el tiempo es, en efecto, nuestro enemigo eterno; pues siempre acaba por obtener una victoria sobre nosotros poniendo término a nuestras existencias. Por ello, ante la imposibilidad de dominarlo, los habitantes de la tierra se han preocupado de medirlo con la mayor precisión posible. A este fin, imaginaron los relojes y los cronómetros; mas para regular estos aparatos de medida eran necesarias "unidades de tiempo". Estas unidades fueron proporcionadas por la Astronomía; gracias a los movimientos, cada vez mejor conocidos, de la luna, el sol y las estrellas. La primera unidad es el día, definido por el tiempo que emplea el sol en volver al mismo meridiano del cielo. El movimiento "aparente" del sol no es, dicho en verdad, rigurosamente uniforme, porque la tierra describe a su alrededor no un círculo sino una elipse: los astrónomos resolvieron la dificultad por medio de un "sol ficticio", cuyo movimiento relativo, con relación a la tierra, sirve para definir el "día civil", según el cual están regulados los cronómetros y las condiciones de la vida corriente.

Pero no basta con tener una medida cotidiana del tiempo, que es el "día"; y sus subdivisiones en horas; es necesaria una unidad más grande que corresponda a períodos de más larga duración: este período, que igualmente nos facilita el sol, es el "año", marcado en principio por la vuelta del sol al mismo punto de su órbita aparente. Y se llama "calendario" al conjunto de condiciones que regulan el año civil y sus subdivisiones. El año de los egipcios fué primero de 360 días, y luego aumentó a 365 mediante la adición de cinco días suplementarios. Pero el año "trópico"; el que es regulado por las posiciones reales del sol en el cielo; consta de 365 días y 1/4; resultaba de ello que la fecha del equinoccio de primavera se retrasaba un día cada cuatro años y; al cabo de 1460 años, sufría el retraso de un año entero.

En tiempo de los romanos, bajo Numa, el año era de 355 días; regulado según los movimientos de la luna, y estaba dividido en doce meses, cuyos nombres subsisten hoy todavía; pero como la duración de estos meses era variable, se alargaba este año cada dos, mediante la adición de un mes suplementario, de duración variable, regulada por los pontífices. Resultaba de ello un desorden enorme al cual Julio César resolvió poner término.

A este fin, el ilustre jefe de Estado determinó que el año civil se compondría de 365 días y que cada cuatro años se intercalaría un día suplementario, entre el sexto y el quinto día de las calendas de marzo. Este día se denominaba "bis sextus calendis", de donde procede el nombre de "bisestros" dado a los años de 366 días, que se repiten cada cuatro.

Este calendario que constituía una reforma capital y necesaria, fué llamado el "calendario juliano". Hubiese sido exacto si el año trópico constara exactamente de 365 días y 1/4. Pero la duración del año trópico es un poco más corta: en lugar de ser de 365 días y cuarto es de 365 días, 24226. De suerte que el exceso del año juliano, con relación al año trópico, es de 0 días, 00774; y este exceso, multiplicado por 400, da 3 días 097. Sucede, por consiguiente, que el equinoccio de primavera se encontraría tres días retrasado en cuatro siglos.

Fué el Papa Gregorio XIII quien en 1582 imaginó y realizó la reforma necesaria para hacer coincidir rigurosamente la medida del tiempo con los movimientos de los astros. Suprimió 10 días del año 1582 a fin de volver el equinoccio de primavera a su fecha regular del 21 de marzo; además, suprimió 3 días de los años julianos en cada período de 400 años, resolviendo que los años "seculares" dejaran de ser bisestros, con excepción de aquellos cuyo número de centenas fuera divisible por 4.

Tal es la reforma del "calendario gregoriano", adoptado hoy por todas las naciones civilizadas. Las pocas naciones del Oriente que han conservado el calendario juliano (antiguo estilo) tienen sus fechas actuales con un retraso de 13 días en relación a nuestras fechas corrientes (nuevo estilo). Gracias al orden admirable que presidió el establecimiento del calendario gregoriano, se necesitarán en adelante más de 4.000 años para cambiar aunque sea únicamente un día la fecha del equinoccio de primavera.

Este calendario "gregoriano" es perfecto en lo que se refiere a la duración del año y a la del número de días que contiene, pero no lo es tanto desde el punto de vista de las subdivisiones del año que, como se sabe, está dividido en meses y semanas. La duración de estas semanas; que depende de los movimientos de la luna, es de siete días; el número de meses, universalmente admitido, de doce. Y no hay equilibrio perfecto entre los días, las semanas y los meses; pues el número de días, 365, no es un múltiplo exacto del número de semanas y tampoco del número de meses; 365 no es divisible por 12 ni por 7.

La desigualdad de la duración de los meses, trimestres o semestres hace más difíciles, complicándolos, los cálculos de intereses, de salarios, lo mismo que la distribución del trabajo. Sucede, con frecuencia, que los días de vencimiento caen en domingo y esto obliga a aplazarlos.

El calendario no se repite nunca: la misma fecha de un mes cae en un día diferente de la semana, de un año a otro. La semana no tiene ninguna relación con el mes. Los años y los meses comienzan indiferentemente en cualquier día: tanto en lunes como en martes, etc. El mes de febrero, si tiene 29 días, como es el caso en los años bisestos, puede tener 5 domingos si comienza en domingo, mientras que los demás meses pueden no tener más que 4. Finalmente, las fiestas a fechas fijas — tales como: Todos los Santos,

Navidad, la Asunción — caen en días diferentes de uno a otro año.

Otro inconveniente resulta de la institución del régimen de los "puentes", si bien contribuye a satisfacer el sentimiento de pereza general que hoy domina. Tomemos un ejemplo en el año 1917, año en que el día de Navidad caía en martes: de ello deriváronse seis días de paro que eran los siguientes:

- 23 de diciembre: domingo
- 24 " " : lunes (puente)
- 25 " " : martes (Navidad) y cuatro días después:
- 30 de diciembre: (domingo)
- 31 " " : lunes (puente)
- 1.º enero : : : martes (año nuevo).

En fin, el mayor inconveniente es la variabilidad de la fiesta de Pascuas, la fecha de la cual puede variar entre el 22 de marzo y el 25 de abril: de ello resultan las mismas variaciones en las fiestas que dependen de aquella, es decir, la Ascensión y Pentecostés, suscitando todos estos cambios una molestia universal.

Por ello, desde hace tiempo los astrónomos se han preocupado de modificar los detalles del calendario gregoriano que, perfecto en su conjunto, presenta numerosos defectos en sus subdivisiones.

Ante todo, no hay que tocar los datos fundamentales de las unidades esenciales: el día, la semana, el año, que dependen del movimiento de los astros. Únicamente podrá ser modificado el reparto de las semanas y de los días entre los meses. En 1884, Flammarion organizó un concurso para premiar la mejor reforma del calendario que se presentase; se propusieron más de cincuenta y todas, o casi todas, se inspiraban en un proyecto del mismo Flammarion, proyecto del que van a verse los principios.

Puesto que 365 no es divisible por 7, no hay más que dos soluciones posibles para obtener un número entero de semanas; o bien dividir el año en 73 semanas de 5 días, lo que sería imposible a causa de la duración insuficiente del tiempo de trabajo, o bien reducir el año a 364 días,

que formen exactamente 52 semanas; a las cuales se agregaría un día "fuera de serie", es decir, "sin fecha"; se agregarían así dos cada cuatro años en los años bisestos.

En estas condiciones, la mayor parte de los proyectos presentados comportaban 4 trimestres iguales, formados de 2 meses de 30 días y de un mes de 31, con un día "fuera de serie". Estos proyectos diferían en la manera de repartir los meses de 30 días y de 31 días. Pero ninguno de ellos realizaba la concordancia perfecta de las fechas con los días de las semanas y de los meses.

En 1914 se reunió un congreso internacional en Lieja para estudiar esta cuestión: un ingeniero francés, M. Delaporte, propuso una reforma inesperada, sumamente original y que respondía a todas las objeciones. Esta reforma consiste en considerar la semana como un algo definitivo, al que no se puede tocar. El autor; por tanto, estabiliza la semana y, al igual de Flammarion, acepta el principio de un día "fuera de serie". Hay, por consiguiente, un año que tiene 364 días o sea 52 semanas. Ahora bien, el número 52 no es divisible por 12, pero lo es por 13; (puesto que 4 veces 13 dan 52); por consiguiente, tomando un año de 13 meses; cada uno de estos meses estaría formado exactamente de 4 semanas, o sea de 28 días. Estos trece meses no podrían indudablemente dar trimestres equivalentes a los trimestres actuales, puesto que 13 no es divisible por 3; pero se reemplazarán trimestres por las "estaciones", cada una de las cuales contiene 13 semanas.

M. Delaporte fija el primer día del año en el 22 de diciembre, fecha del solsticio de invierno: su año comienza, por consiguiente, en una fecha astronómica; lo que es más racional. Se comprende rápidamente la ventaja de este arreglo cuyo cuadro, aquí reproducido, muestra su disposición.

Cada mes, cada estación, comprende el mismo número de días de trabajo y de reposo. Si cae en domingo el primer día de la semana, todas las demás empiezan en domingo.

Hay una concordancia perpetua de los días y las fechas de los diferentes meses: el 3, el 10, el 17, el 24 de todos los meses serán siempre martes y así sucesivamente. En cuanto al "día neutro", puede ser intercalado entre el último día del año que acaba y el primer día del nuevo año: este sería el día de año nuevo.

Ya se ve como este proyecto simplificaría los detalles de la vida corriente y de la vida económica, al igual que los cálculos de los hombres de negocios. Naturalmente, como toda cosa nueva, ésta encuentra oposiciones. Se alega la superstición del número 13, absurda en nuestra época. Se pretende que originaría un aumento de salarios, pero eso es falso; pues en lugar de percibir doce veces la duodécima parte de sus sueldos, el empleado percibiría trece veces la treceava; que vendría a ser lo mismo. En cuanto a los obreros, por lo general son pagados al día o a la semana y, por consiguiente, no se experimentaría ningún cambio. Los alquileres se abonarían en cada estación; es decir, cuatro veces por año, lo que tampoco cambiaría nada.

Queda el punto de vista religioso; y especialmente la determinación de las fiestas de Pascuas. Pero ninguna cuestión de dogma se opone a ello; antes al contrario, pues desde el momento en que el año atribuye una fecha fija, 25 de diciembre, al nacimiento de Cristo, su muerte y su resurrección debieran también caer en fechas fijas y no en fechas móviles; como acontece actualmente. Monseñor Baudrillart, rector del Instituto católico de París, estima, por lo demás, que esta reforma puede y debe hacerse de acuerdo con la Iglesia.

Tal es el notable proyecto de M. Delaporte. Data de 1914. Posteriormente algunos americanos del Norte lo han "inventado" de nuevo. Y ahora ha sido sometido a la Sociedad de las Naciones: esta sería una buena ocasión para que esa entidad nos demostrase al fin su utilidad.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28									
I	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	56
II	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	84
III	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	112
IV	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	140
V	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	168
VI	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	196
VII	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	224
VIII	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	252
IX	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	280
X	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	308
XI	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	336
XII	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	364
XIII	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	L	M	M	J	V	S	365

CALENDARIO DE 13 MESES DE M. PAUL DELAPORTE

Cuando en una "boite" de selección aparece una cantante hermosa, el mejor espectáculo consiste en advertir cómo su capacidad artística produce la parálisis de todas las intenciones.

■ Ese hombre que ayer se mató por establecer un "record" de velocidad, no trató de recorrer una distancia sino de suprimirla. Lo lógico es que haya encontrado la muerte.

■ En los gabinetes de psicología experimental y de metapsíquica hasta los bancos han adquirido aspecto de desconfianza.

■ La propina es el único ultraje que hace sonreír a mucha gente.

■ El violinista del restaurante le da más importancia a su caída de párpados que al arco de su instrumento.

■ La señora flexible y elegante que, envuelta en su capa azul, camina por la Avenida del Bosque, y cuya mirada parece dirigirse al infinito, sólo busca con sus ojos un espejo que no existe.

■ El corso hambriento que a las diez de la noche arrebató a una señora su cartera, no para robarla, según su declaración, sino para que lo lleven preso, es un soldado inconsciente del "politismo" de Eucken.

■ ¿Por cuál motivo ancestral los chicos quieren más a los animales que a sus gobernantes?

■ El automovilista que hirió en la carretera a otro automovilista porque lo pasó, es un símbolo antisocial; pero contiene en esencia la razón de las guerras. El hombre, convertido paradójicamente en socio del instrumento que maneja, prefiere matar a reconocer la superioridad de las usinas que no le pertenecen.

■ El micrófono es a la voz lo que la fotografía es a la belleza. Por eso en los films sonoros hasta los laringíticos cantan como ángeles.

■ Si Parmentier resucitara sabría que en el restaurante atendido por señoritas la mejor salsa es la sonrisa de la servidora.

■ No hay pena comparable a la que correspondería al rostro de esa actriz, si su expresión fuese sincera.

■ En la conferencia que



NOTAS DE PARIS.  
EL VIAJERO ALUCINADO  
VICENTE MARTÍNEZ SUTINO  
ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO SIRIO

León Daudet dió sobre su padre, el momento más elocuente fué el de sus lágrimas.

■ En el vasto comedor de la "Cité Universitaire" se produce algo así como un ensayo general de igualdad absoluta. Cada comensal — estudiante, profesor o sabio — debe servirse y conducir él mismo sus platos. La jerarquía social desaparece con júbilo de todos. ¿Será lo mismo después?

■ Los flamantes pabellones de la "Cité Universitaire" ofrecen un aspecto semejante a los manicomios modernos. Sus habitantes, por lo demás, guardan esa compostura que todo profano observa con sorpresa en las clínicas mentales. Algún amigo a quien conduje me dijo que los estudiantes son, en efecto, unos lindos locos. Ignora el amigo que los únicos locos peligrosos son los que tienen conciencia porque pertenecen al porvenir.

■ La precisión teórica del idioma francés no puede con la imprecisión práctica de ciertas almas. Hay actitudes y movimientos espirituales que sólo hallan su expresión en los maestros que fueron o en los que vendrán!

■ En París el hombre es frecuentemente inteligente pero siempre lógico, y la mujer es frecuentemente ilógica pero siempre inteligente. Por eso la mujer triunfa en las disputas privadas y en las públicas.

Frente a nuestra mesa de café un señor anciano elegantemente vestido, instiga nuestra curiosidad. Alguien afirma: es un periodista. Otro sostiene: es un médico. Otro añade: es un pintor. Otro supone: es un sabio. Otro duda: es un general. El más audaz del grupo llega hasta el anciano y tras toda clase de explicaciones y disculpas, le pregunta por su profesión. — Soy mozo de café, responde humildemente el anciano.

■ En una comida de escritores y artistas alguien interrogó brutalmente a un dibujante español que radicado en París sentía nostalgias de su tierra:

—¿Qué hubieras sido en tu aldea, desdichado!

—Eso, contestó el dibujante: un desdichado; pero un desdichado puro y no un desdichado por mistificación.

■ En el rincón de una sala de exposiciones una ilustre escritora pregun-

tó a cada uno de sus oyentes: ¿cuál es la cualidad que debe poseer una mujer para que usted se enamore?... Y las respuestas fueron:

—La indiferencia.

—La sensibilidad oculta.

—La aptitud del dolor.

—La belleza.

—La discreción.

—La emotividad.

—Que yo pueda abandonarla cuando quiera.

La escritora celebró la última.

■ En la Avenida de los Campos Elíseos funciona un teatro de títeres. El público infantil está representado por una tercera parte de la concurrencia. Los demás son adultos que no han logrado salir de la infancia o que pretenden volver a ella, como vuelve la ruta al paseante reflejada en el espejo convexo de su automóvil.

■ La mujer que está sola en un café siempre lee o escribe una carta. Pero, a veces, la lee o la escribe en los ojos del

vecino, a quien también suele fumarle el alma con su cigarrillo suave y enigmático.

■ La periodista que me hace un reportaje debe sufrir de amnesia porque ha olvidado su oficio.

■ El fisiólogo e ingeniero Laville ha descubierto que la vida es un proceso eléctrico. Y lo prueba con sus electrodos infinitesimalmente sensibles y con sus aparatos destinados a corregir el crecimiento desmesurado de ciertas células (léase cáncer) que se produce cuando las descargas no se realizan normalmente. Por lo visto, el extraordinario sabio estaría en condiciones de medir el voltaje de un deseo.

■ Mi "concierto" está indignada porque no logra leer una novela distinta a las que ha presenciado desde su puesto.

■ El ser que pasa por París acumula recuerdos para los nietos porque los hijos no le creerían.

■ La revista de Hollywood ha fracasado en París. Es un ejemplo. Para que un film sonoro sea bueno no basta que sea sonoro.

■ En París hay cuarenta mil pintores. Los mercaderes pueden así elegir fácilmente sus víctimas y sus agraciados. ¿Pero a cuál de ellos le tocará en suerte ser el elegido de la historia?

El actor cinematográfico célebre, a quien nadie reconoce en la calle, quisiera por vanidad transformarse repentinamente en su imagen de la pantalla. Ignora ciertamente que ya se ha transformado y que su propia imagen lo desconoce.

■ El viejecito cantor de las callejuelas tiene una gran virtud: pertenece a su época, y una gran debilidad: no puede salir de ella.

■ Algunas librerías parisienses sirven de pretexto a salones de té. Si su clientela digiriera tan bien lo que lee como lo que come, la gula no tendría de qué avergonzarse.

■ La anciana que me vende el diario me recomienda un artículo de Duhamel. Para ella, las únicas noticias interesantes son las que están muy bien escritas.

■ El enorme y suntuoso café de la gran avenida es un hormiguero de lujo cuyo tamandúa correspondiente se ha instalado en la caja.

■ Este héroe de la guerra anuncia su futura hazaña: no irá a la próxima.

■ El autómata, que en una sala de exposiciones se gana la vida indicando sin moverse durante tres horas una marca de fábrica, es un prisionero de su propio límite. Sin quererlo, representa muy bien a la especie.

■ La campana parlamentaria tiende a sintetizar el contrapunto de las voces partidistas.

■ La banalidad ha entrado a esta lujosa sala pública: lustra la caoba del piano, pone sordina a los violoncelos, rebaja a media luz el tono del ambiente, acaricia el adorable candor de la concurrencia y llora toda su superficialidad en la garganta cómplice del cantor que esconde tras las romanzas su elevada patente de comerciante en vinos. La banalidad busca a su asociado: el ocio, personaje ajeno a la labor fecunda de la ciudad mágica.

■ La interrogación ha sido puesta de moda por Costes y Bellonte. Las mujeres han aprovechado el éxito del signo para lucirlo sobre el corazón. Es así como durante todo el tiempo que la moda dure los corazones femeninos preguntarán en vez de responder.



# Actores de la hora por Jorge Gorgias

**E**l teatro nacional se renueva. Si se renueva muy poco en sus obras, se renueva, en cambio, mucho más en sus intérpretes. Tal vez no lo adviertan los que lo miran con distante indiferencia y sólo

muy de tanto en tanto ven aisladamente una de sus manifestaciones. Pero los que tenemos la obligación de seguirlo paso a paso, lo advertimos; y es una de las pocas comprobaciones que nos es dado hacer con complacencia. Se renueva en sus intérpretes, en su tono, en su sentido de la escena. Se moderniza. Naturalmente que el progreso es parcial y en un solo sentido. De los cientos de intérpretes que todos los años desfilan por los escenarios de Buenos Aires, la inmensa mayoría, casi todos, siguen anquilosados en los viejos, convencionales, artificiosos moldes. Además, la renovación, el perfeccionamiento, se van diseñando de manera un poco unilateral. Hay un sitio, que es todo un campo, donde el teatro nacional todavía no

ha entrado; y si ha entrado es con su bota de potro y haciendo sonar la espuela. el salón. Inútil es pedirle a nuestros comediantes que hagan obras de salón, vodeviles franceses donde la gracia es distinción, comedias vienesas tipo Molnar Herzeg o Fodor, donde el ingenio es aristocracia, obras en las que la coraza perfecta del frac juega un papel tan importante como el perfecto ajuste de la frase que cierra un acto. El teatro nacional todavía no ha llegado al salón. Nuestros intérpretes aun son, en sus maneras, demasiado criollos. Pero exceptuando el salón, en todos los otros géneros, no sólo en la pieza de sabor local, sino en la obra de más amplio corte universal, es indudable que algunos de nuestros actores — y también algunas de nuestras actrices, pero ya me he ocupado de ellas hace muy poco tiempo — progresan visiblemente y, sobre todo, progresan en el mejor sentido: en el de adaptarse a un tono y a un ritmo modernos, en el de abandonar los viejos vicios del viejo teatro para irse perfilando en la línea moderna de la escena.

Hay en este aspecto tan sugestivo del teatro nacional que me propongo observar hoy, algo que sorprenderá al gran público, aunque no sorprenda seguramente al aficionado asiduo que se ha ido familiarizando con todas las figuras de nuestro teatro. Los actores que señalan esta evolución tan saludable no son los más populares. Estos, que han esparcido su nombre y su trabajo, casi siempre unilateral, a través de los años de su actuación larga, están por ello mismo anquilosados en los viejos moldes, de los que ya es difícil, por no decir imposible, que salgan. Realizan su cometido, han creado su tipo y seguirán atrayendo a sus auditorios con varía fortuna según su mayor o menor act-

herencia en el público. Parravicini será siempre el bufo de todas las gracias, ya que no quiere, aunque sea tal vez el único entre los actores hechos que podría serlo, ser el artista superior; De Rosas es en su voz, en sus movimientos y en su mímica el actor de la vieja escuela italiana, el buen representante de un género que ha pasado; Muñio seguirá paseando por las tablas céntricas el contoneo del arrabal; y así podrían citarse todavía algunos más, todos igualmente embalsamados en su invariable molde escénico.

Los que marchan al nuevo ritmo del teatro, los que han pulsado el nuevo sentido de la escena, son, todavía por lo menos, mucho menos populares; y sólo uno de ellos es primer actor de su propia compañía. Pero son hoy en nuestro teatro, los actores de la hora, los que desde nuestros escenarios siguen la evolución de sobriedad y de línea que se va operando en el teatro universal, y encarnan, cada uno en su género, el teatro espontáneo, visual, sin artificios, hondo y flexible al mismo tiempo, que aspi-

ramos llegue a ser nuestra escena del porvenir.

## LUIS ARATA

Fui una noche a ver "Los muertos", de Sánchez, a veinte años de su estreno. La obra con toda su fuerza, su grandeza, su dolor humano, su potencia dramática, llega a la sensibilidad y al gusto de hoy, y aun reconociéndole todos sus valores, excesiva, truculenta, desagradable. Así pensaba yo que iba a impresionarme, cuando la releía unas horas antes de ir a ver en el Cómico. Pero en cuanto vi aparecer a Arata, encarnando el desventurado personaje de Lisandro, propenso, por la misma fuerza comunicativa de su bancarrota, a los excesos de un actor efusivo, con una rara dignidad,

con un dolor interior y contenido, la obra me pareció otra, el personaje diferente; y sin cambiar ni su fisonomía, ni su problema, sin desnaturalizarlos en ninguno de sus rasgos esenciales, me pareció hallarme frente a una obra distinta y hasta frente a una obra actual. Después el drama fué avanzando y los detalles de la nueva creación, delineándose cada vez más nobles de recursos, más puros de escuela, más modernos de sentido. En toda la extensión de ese segundo acto, admirable de sufrimiento y de graduada teatralidad, pero por momentos chocante en la miseria de las situaciones, en sus entradas a escena, en sus salidas de ruda elocuencia, en sus arranques encadenados de abúlco, rejuvenecía la obra vieja en un tono nuevo y volcaba el realismo desbordante en una dramaticidad concentrada. Recordaba tantos actores que habían hecho el Lisandro con gritos, gestos y arranques — alguno de ellos con potente fuerza dra-

mática —, pero siempre con una teatralidad externa y abundante; y ante la comparación surgía el contraste de este actor que creaba el mismo personaje, sin hacerlo perder nada de su fisonomía ni de su medula, y sin embargo, con tanta, con mayor elocuencia dramática todavía en el sufrimiento contenido, en la actitud vacilante, en el paso torpe, en la voz concentrada, en la emoción interior y, al mismo tiempo, formidablemente comunicativa. El viejo drama realista se había modificado en un "grotesco".

Y, así en "Mateo" y así en "He visto a Dios", y diverso, pero con el mismo dolor interior, con la misma comicidad triste en otras obras de menor envergadura, este intérprete que tiene el sentido del drama sin gritos, que puede transmitir la emoción sin palabras, es hoy el más moderno y el más hondo de nuestros actores.

## MARIO SOFFICI

Para el gran público que va de cuando en cuando al teatro y que suele no fijarse en los nombres de los artistas sobre el programa, tal vez sorprenderá la inclusión de Soffici entre los actores que más definida y más personalidad tienen en nuestro teatro. Pero el que lo haya visto una sola vez y haya buscado el actor que hacía su personaje, cualquiera que fuera, encontrará más que explicable, hallará merecida justicia a un intérprete de una rara calidad de medios y de la más prolija escrupulosidad de estudio. Porque cualquiera que sea la importancia o la extensión del papel confiado a su cargo, así sean veinte palabras en una sola salida a escena, Soffici se las ingenia para darle un relieve, para imprimirle una personalidad que lo hace resaltar de inmediato a primer plano. Yo lo recuerdo en un personaje incidental en "Cuerdo amor, amo y señor", en un papelito que cualquier primer actor presuntuoso habría rechazado por insignificante y que él, a fuerza de penetración, de estudio y de relieve, convirtió en una creación, en un pequeño trabajo maestro, que al día siguiente elogiaron por igual todas las crónicas. Luego, y siempre que le ha tocado intervenir, su personaje ha sido un "tipo", un tipo físico encerrando un carácter, y siempre sin repetirse, siempre diverso, con caracterizaciones, ademanes, inflexiones de voz, de uno a otro casi irreconocibles. Y para recordar su trabajo tal vez de mayor aliento, su Corbaccio de "Volpone", fué de un ingenio, de una sutileza de recursos, de una elocuencia de mímica, de una penetración de alma, que la mirada brillaba de codicia y las manos descarnadas parecían moverse contanzonas.

Este actor nacido en el interior para la escena, de una modestia de actitudes y de un azar de carrera, que si no lo traen se queda eternamente en la vida lenta de Mendoza, pudo, si la

casualidad propicia no se cruza en su camino, perderse para el teatro nacional; y, sin embargo, será pronto una de sus figuras de más fama, como es hoy de sus actores de más marcado, de más prominente relieve.

## SANTIAGO ARRIETA

Santiago Arrieta empezó distinguiéndose por el sonoro diapason con que decía las obras en verso. Pero en este género tan antiguo ya delineaba su orientación moderna. Decía sin énfasis, sin ademanes, sin exageraciones, con ritmo natural, con una voz metálica, espontánea, admirablemente manejada. La voz es, indiscutiblemente, su don natural, la voz fresca, cristalina, armoniosa, que lo puso y lo arrigó en el oído del público. La voz le sirvió de impulso inicial y le sigue sirviendo a medida que va haciendo más seria su carrera y más profundo su trabajo. El actor, siendo todavía muy joven, madura artísticamente antes de madurar en edad. El galán lucido empieza ya a ser un comediante de los más depurados medios. Al

teatro en verso ha substituido el teatro de fibra o de ingenio. Después de dar su voz y su medida a los versos sonoros, ha puesto su inteligencia al servicio de un personaje de excepción. Y ha hecho "Topaze" como podría haberlo hecho cualquier gran actor europeo. Su compenetración del personaje, su caracterización fotográfica, su intención fina, su complejidad dúctil, su voz medrosa — la gran voz de los versos achicada hasta la voz tímida del maestro de provincia — todo revela su facultad de transformación, una de las esenciales y más difíciles condiciones del intérprete. Arrieta, forjado en el teatro criollo, se ha convertido en el actor de la alta comedia. "Topaze" fué su puente. Que, después de atravesado, le coloca por delante un largo, un incalculable camino.

## ORESTES CAVIGLIA

Caviglia es, de los actores nacionales, el de más sobrios medios y más línea externa. Algunos le objetan que la línea suele hacerlo un poco rígido y la sobriedad un poco frío. Quizá alguna vez llegue a ese extremo, pero no cabe duda de que la continencia, la mesura y la línea son los valiosos atributos de su manera escénica. Sólo con esas condiciones pudo hacer en "Fin de jornada" un personaje con la autoridad y la figura de un militar británico. Naturalidad en el decir, medida en las maneras, espontánea pausa en los movimientos, son cualidades de las que está casi huérfano nuestro teatro y que tanto necesita para marcarle tono y categoría. Es hoy, tal vez, el único galán de nuestra escena que podría hacer con señorío una comedia de salón. Como todo señorío, lo estira un poco. Pero le da línea, autoridad y cuño.



LUIS ARATA



MARIO SOFFICI



SANTIAGO ARRIETA



ORESTES CAVIGLIA



N cuento ingenuo? Pues oiga usted. Una vez había un niño de catorce años. — Pero he de serle sincero: ese niño era yo.

TODAVIA NO ES AMOR

Eramos cinco hombrecitos y yo el menor. Después del almuerzo nos reuníamos en la casa de Robinet y tendidos a lo largo del zaguán permanecíamos adormecidos, con los ojos pequeñitos por el resplandor del sol.

¡Hora de la siesta! Los ruidos nacían ya sofocados como si flotara en la atmósfera algo misterioso que impusiera silencio a las cosas. Sólo de vez en cuando el reloj municipal, petulante en la torre altísima, dejaba caer sobre la ciudad sus campanadas sonoras, vibrantes irrespetuosas...

Yo todavía conservo en mi espíritu el hastío de aquellas tardes ardientes, de aquellos cielos intencionalmente azules y sobre todo, aun siento esa impresión trágica de las horas que desfilaban, lenta e inexorablemente, sobre las callecitas silenciosas de mi barrio platense.

Una tarde pasó por la acera una chiquilla riendo vestida de azul. Tenía unos ojos celestes; y una boquita fresca; y una naricilla inquieta; y unos cabellos más claros que el oro... ¡Y era tan blanca, tan blanca! ¡Y tan bonita!

(Compréndame usted. Yo ya estoy un poco viejo y me parece que fué ayer).

— Alicia — la llamó Robinet. — ¿Te gusta? — y me señaló a mí.

Alicia me miró, sonrió traviesamente y apresurando el paso dijo: — Sí.

Mis compañeros me dijeron cosas rarísimas mientras me daban sonoras palmadas en la espalda. Yo protesté furioso y aturdido aunque en el fondo sentía nacer una alegría desconocida.

CELESTIAL...

Después de tomar el té, acostumbraba yo a subir a la amplia terraza de baldosines rojos con tejadillos de cristales verdosos. Llevaba un largavista con un solo ojo sano y me encaramaba en el parapeto dueño del cielo y de la ciudad: del cielo inmenso y de la ciudad tranquila.

¿Qué hacía yo a esa hora y en ese lugar? Yo leía unos libros pequeños y olorosos. De mi bolsillo yo extraía un librito de papel liviano que colocaba sobre las rodillas: e iba, desparosamente de las páginas blancas y resplandecientes del libro nuevo, al cielo azul. De vez en cuando, al terminar un párrafo, tomaba el largavista y con su ojo sano oteaba las azoteas vecinas.

Fué al día siguiente de conocer a Alicia. La tarde era clara y transparente. Arriba, desfilaba el manso rebaño de nubes, y sobre las páginas del libro la luz se opacaba imperceptiblemente. Yo miraba con mis anteojos el panorama de tejados, cuando, de pronto, en el círculo límpido de mi largavista y sobre el fondo azul del cielo, vi la figura inquieta de Alicia encaramada, como yo, en la balastrada de su azotea. Al verse observada, se puso en jarras y movió la cabeza como diciéndome: "Pero, si será atrevido!".

Entonces yo hice una cosa terrible; aparté los anteojos y con un descaro estupendo la saludé... Fué realmente algo monstruoso; lo que yo hice fué sencillamente una enormidad... Y para castigar mi osadía, Alicia hizo "pito catalán"; después me sacó la lengua una, dos, tres veces... Desapareció Alicia sacándome la lengua y yo quedé en lo alto de la casa con el libro abierto sobre las rodillas. (La azotea vecina me mostraba burlescamente su balastrada denticular como una sonrisa horrible).

Iba terminando la tarde. Poco a poco las calles habían ido oscureciéndose. El cielo, de tanto mezclar colores, los perdía a todos derramando sobre la ciudad su turbia luz. El libro, cada vez más cerca de los ojos. Después, la primera estrella; la segunda... Se encendieron los faroles de la calle. De abajo, los rayos de luz se atropellaban atontados contra las molduras de las casas; se filtraban en los árboles; se escurrían entre los hilos telefónicos...

Y mientras el crepúsculo me envolvía el cuerpo con su substancia densa, yo sentía un temblor nervioso de voluptuosidad; y también, por primera vez, tuve conciencia de esa voluptuosidad...

LA DECLARACION

A las cinco salía de la casa de su profesora, y yo de lejos, veía venir su figurita menuda con Hanon bajo el brazo. Cuando pasó a mi lado le dije con timidez:

- ¿Va a salir?
- Sí.
- ¿Quiere que hablemos?
- Después del té

Quebré mi cintura y apoyé el codo en el mármol de una vidriera; y aunque al poco tiempo la falsedad de mi posición me produjo una dolorosa fatiga, juré no enderezarme hasta que Alicia terminara su té con pan y manteca. Sucedió esto y Alicia fué a buscar a sus dos amiguitas iniciando con ellas un paseo alrededor de la manzana. Yo la alcancé antes que llegase a un árbol que desde la esquina había elegido al azar.

Era yo tan tímido, que comencé a hablarla desenfadadamente, rabiosamente, temiendo que en alguna pausa se hincase mi apocamiento, como una cuña.

La hablé de cosas terribles, estableciéndole la diferencia entre la amistad y el amor y señalándole los distintos grados del sentimiento amoroso. Como yo sabía tanto de estas cosas como de sueco, mi disertación fué en extremo brillante. Ella me oía maravillada sin entenderme una

sola frase. Yo comprendí la necesidad de terminar, pero era víctima de mi misma inercia. Hice un esfuerzo desesperado para detenerme y logré preguntarla estupidamente:

— ¿Quiere que seamos novios?

A esto Alicia me contestó que sí y nos dimos las manos. Sonreía con un aplomo desconcertante. En cambio yo, todo turbado, la saludé y me fuí con paso marcial.

EL FLIRT

Su temperamento era expansivo; en cambio, yo tenía proclividad a la contemplación. Ella amaba el juego y el movimiento; yo gustaba del reposo y la quietud. Puestos en conflicto nuestros temperamentos, se impuso el mío.

En mi presencia, Alicia jugaba a ser señorita. Contenta sus movimientos antes que naciesen y disimulaba su espíritu travieso vigilando los gestos y estudiando las palabras. Cuando me veía aparecer en la vereda, abandonaba la rayuela, e indiferente a los reclamos de sus amiguitas, se apoyaba en el marco de la puerta, majestuosa y altanera. Si alguna vez la hubiese sorprendido saltando a la cuerda, se habría quedado inmóvil en el aire, como ciertas vírgenes en las estampas sagradas.

En el fondo, mi prestigio de muchacho estudioso y reposado no le causaba ninguna admiración; y si imitaba mis gestos de filósofo callejero, era simplemente por

que encontraba muy divertido ajustarse al cuerpo, como una camisa de fuerza, la rigidez de mis maneras.

Nos encontrábamos todos los días en casa de Robinet, en un patio de baldosas gualdas ribeteadas de azul. Por el aire inmóvil se cruzaban perfumes de rosas y de jazmines. Sobre una pared blanca se derramaba en círculos la luz de un foco. En ese patio nos saludábamos ceremoniosamente y bailábamos en silencio. Del jardín de su casa me llevaba flores que yo guardaba con fervor...

Han quedado esas tardes hondamente grabadas en mi sensibilidad; porque en ellas fué cuando comencé a sentir inquietudes nuevas, desconocidas, inexpresables. Era como un líquido ardiente que se derramaba por mis entrañas; era una angustia intensa, un deseo de gritar y de reír...

(Yo tenía a Alicia cogida del tallo; en el empedrado claro del patio y bajo un cielo de cristal, bailábamos suavemente sin decirnos nada.)

En mis mejillas sentía las caricias de sus olorosos cabellos rubios; y la música, lenta y dulce, se alejaba al encuentro del crepúsculo...

"PABLO Y VIRGINIA"

Nos hicimos tan compañeros, que tomé su casa por mi segundo hogar. Mientras su madre cosía en un ángulo de la habitación, Alicia y yo, inclinados sobre la mesa, jugábamos a la "oca". También le ayudaba a hacer los deberes y una vez le dibujé a tres colores tres triángulos y un rosal.

Muchas tardes nos quedábamos solos; entonces yo me sentaba al piano y tocaba para ella algún vals sentimental. Alicia se colocaba a mi lado y seguía el movimiento de mis dedos. Otras veces se acurrucaba en un silloncito de mimbre y leía.

La noche del 16 yo ejecutaba un ejercicio de Schumann y ella, a un costado del piano, leía "Pablo y Virginia". Aunque yo no la miraba, advertí que Alicia se cubría la cara colocando la mano ante los ojos a modo de visera. Yo fingí atender el teclado pero vigilaba sus movimientos. Alicia leía un poco y después me miraba furtivamente; y si yo daba vuelta mi cabeza, ella inclinaba la suya hacia el libro, escondiéndola en la sombra.

Una vez se levantó y sin decirme nada salió de la habitación. Al poco rato volvió, y sin mirarme, se sentó reanudando la lectura.

Me levanté del taburete.

— Alicia, ¿lloras?

Quiso sonreír, pero yo le cogí el libro, leí la página dolorosa, y después, tiernamente, la tomé de las manos.

TAQUITO ALTO

Y fuimos creciendo casi sin darnos cuenta. Ibamos juntos a las retretas nocturnas de la Plaza y nos sentábamos en el césped a mirar las estrellas. Nunca hablábamos de amor porque temíamos quebrar el encanto de nuestra amistad al definir nuestros sentimientos, pero muchas veces entrelazamos nuestras manos y nos miramos diciéndonos cosas que sólo en ese mudo lenguaje hallaban expresión.

Cuando ella se puso "taquito alto" sufrí horriblemente. Vi en un segundo lo que en mucho tiempo de amistad no había advertido. Con miedo, con vergüenza, con rabia, vi su busto bombado y enhiesto; descubrí en sus movimientos y en su voz toda su femineidad despierta. Y me angustié, maldije al tiempo que me la arrebatara, porque yo sentía que Alicia se me iba, que cada vez me pertenecía menos, que ya no la merecía más...

Alicia no comprendía.

— ¿Quito, no hablas? Estás triste...

— Sí, Alicia. Estoy triste porque te pones cada día más linda.

— ¡Ah, sí? ¿Y por eso te entristeces? ¡Tonto! ¿Qué más quieres?

Llegó el día en que yo me puse los pantalones largos.

— Pareces todo un hombre — exclamó.

— Alicia, tú eres ya toda una mujer. Y nuestra amistad, pura e inocente en sus comienzos, llena de ternura y amor después se transformaba así, poco a poco, en un sentimiento violento y tiránico que me consumía como un fuego interior. Llegué a amarla con pasión.

Pero ella murió en una operación de apendicitis cuando le faltaban dos días para cumplir diez y seis años.



ALICIA Y YO

POR

E. ANDERSON IMBERT

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

# Una charla olvidada con



El sabio doctor polaco Boleslas Motz me anunció complacido: —He hablado de usted con monsieur Paul Morand y me ha

dicho que tendrá mucho placer en recibirle.

Al saber que escribía para la prensa, en América, el renombrado y venerable hombre de ciencia, íntimo amigo del gran escritor, se interesó en presentarme a él, y así lo hizo, obteniendo para mí una entrevista con el no menos destacado, aunque muchísimo más joven hombre de letras.

De antemano, el catedrático me dió algunas referencias sobre el modo de ser del literato, a quien profesa, a más del afecto amical, una profunda admiración.

—Usted verá cómo es — me había repetido—. Simple, llano, afabilísimo. Le dará la sensación de que está usted conversando con un amigo. Y no tema preguntarle cuanto usted desee...

Imaginaba que mi curiosidad periodística me llevaría a formular un interminable interrogatorio al hombre que, lisa y llanamente, intenta ser el cronista universal de razas y de pueblos.

Es dable suponer la satisfacción intelectual que significaba para mí el acercarme a tan cautivante personalidad como la del escritor francés que pretende caminar, en un "tour de force" no igualado jamás, sobre todos los meridianos y los paralelos del mundo.

Todavía el profesor Motz, que tiene la cabeza blanca de sabio más hermosa que se puede conocer, comparable acaso con la de su compatriota Paderewsky, por la armonía de su delineación, me proporcionó el número de la "Revue Parisienne", donde se publicaba como primicia el capítulo inicial de "New York", adelantándose su opinión:

—Indudablemente que eso no es de lo mejor de Paul Morand. Lo encuentro un tanto pesado y monótono. Todo lo contrario de lo que siempre escribe él.

—En efecto, ese capítulo, relativo a los orígenes históricos de la Babel del Norte, se resiente de detallismo, de minuciosa retrospectiva, y tiene, lógicamente, el estilo falto de amenidad propio de una monografía de ese carácter.

Con tales conocimientos previos, esperé impaciente el día señalado para mi "rendez-vous" con Paul Morand. Y cuando hubo llegado, me presenté en su casa puntualmente a la hora que me fuera indicada.

\*\*\*

Paul Morand ha elegido para vivir un delicioso paraje de París, al otro lado del Sena, a pocos pasos de la Torre Eiffel y casi sobre la anchurosa y bella avenida de Champs de Mars, una de las mejores de la ciudad.

Cuando fui a verle, la mañana era clara y el contorno de las cosas se recortaba diáfana y admirablemente. Así pude admirar de pasada, como en una visión, la mole circular del Trocadero y su fuente monumental, destacándose entre el verde esplendor de sus jardines y el magnífico panorama, de ilimitada perspectiva, que se domina desde el Pont d'Iena, por donde el automóvil me hizo atravesar el río ilustre y secular que tanto amara Anatole France.

Tras de una de esas vertiginosas carreras de taxímetro de París — menos de diez minutos desde mi residencia del Quartier Monceau —, había llegado, sano y salvo, ante la casa del célebre escritor: 5, Avenue Charles Floquet...

Ya el mismo Paul Morand nos ha contado que allí le des-

por Victor Ruiz

pierta diariamente el agudo toque de diana de los mirlos. Esto quiere decir que el escritor, hombre de trabajo metódico y disciplinado, que no bien lanza un libro ya tiene otro en preparación, está habituado a levantarse temprano. Y aunque no eran sino las once, hora en que todavía no ha amanecido para un treinta por ciento de la población parisiense, él estaba ya en plena labor.

No bien me hice anunciar, salió sonriente a recibirme y me condujo a un gran salón.

Su casa es digna de los más vistosos escenarios de interior de Joinville o de Hollywood...

Un amplísimo "hall" sobre el que se abre al frente, sin puertas ni cortinados, el despacho severo y elegante, iluminado por una ventana que enmarca un inmenso gobelino natural, pintado de sol, en el que, por delante de los árboles del fondo, se ven pasar de vez en vez, en reemplazo de las cabalgatas de cetrería a que estamos acostumbrados en esos tapices murales, alegres parejas de jinetes y Amazonas para quienes el amor es una más de las tantas elegancias de la "ville". Desde el mismo despacho, donde una "dactylo" toca sin reposo la música monorrítmica de su máquina de escribir, arranca al piso principal una ancha escalera con los peldaños ocultos bajo espesa alfombra. Hacia la izquierda del largo vestíbulo está el aun más espacioso salón de recibimiento, suntuosamente arreglado, a donde me hiciera pasar el dueño de tan principesca mansión, dicho esto sin ánimo de recordar que Paul Morand es casado con una auténtica princesa.

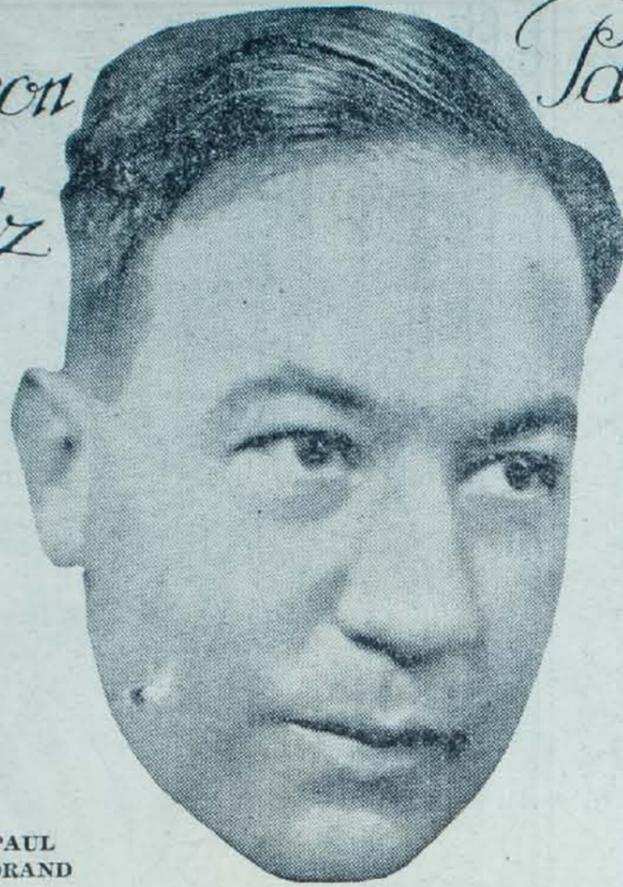
Todo en ese ambiente de bienestar, donde el orden se equilibra admirablemente con el lujo, parece invitar al trabajo, y, sin poderlo remediar, enviamos al escritor que ha logrado rodearse de tal medio, donde el producir tiene que ser un placer y el reposar un proficuo elucubrarse ajeno a las miserias exteriores...

\*\*\*

Sentados el uno frente al otro, comenzamos a hablar como si ya, efectivamente, fuésemos conocidos. Y hablamos de modo indistinto en francés o en español, pues él posee regularmente nuestra lengua por haber vivido algún tiempo en Madrid, desempeñando un alto cargo diplomático y haber estado de paseo en Méjico. Sin embargo de hacerlo bilingüe, y acaso por eso mismo, nuestro diálogo es de lo más animado.

Literariamente, la personalidad de Paul Morand es conocida de todos los públicos, y para muchos familiar. No se puede hablar de la vida actual de las letras francesas sin nombrar a este joven y famoso escritor, que en el momento presente es uno de los que merece el favor preferente de la gran masa de lectores, como lo prueba la venta fabulosa de sus libros.

Alguien en París aseguraba, en forma muy velada por cierto, en uno de los semanarios literarios de mayor circulación, que Paul Morand y André Maurois ambicionan ser los escritores símbolos de la época y conseguir una difusión no sobrepasada de sus obras, para lograr lo cual gastan en hacer propaganda la mayor parte de sus derechos de autor. Y otro le replicaba, muy en sus cabales, que si un escritor destinaba, en lugar de los cinco o diez mil francos de costumbre, cuarenta o cincuenta mil a la "récla-



PAUL MORAND

me" de un libro, para aumentar su venta de cien a doscientos mil ejemplares, realizaba simplemente un espléndido negocio de librería y de éxito literario.

Pensaba en todo esto, cuando afirmé, en lugar de preguntarle:

—Usted es un incansable trabajador...

—"Certainement" — ratificó él—. En el presente, para no dejarse vencer con el vértigo del tiempo, hay que trabajar sin reposo.

—... Y también un viajero infatigable—completé la frase.

—Es verdad. Viajo de un lado a otro, tomo notas, acumulo datos, hago acopio de materiales y luego regreso aquí para realizar mi obra. Este es mi "pied-a-terre"...

—Naturalmente, que para sus trabajos de ficción o de creación literaria, relatos y novelas, usted tomará el hombre como documento humano, como punto de referencia.

—Estoy convencido de que no hay literatura capaz de imaginar y producir la variedad de tipos y caracteres que nos ofrece la vida. Por eso, en mis libros la mayoría de los personajes son totalmente tomados de la realidad, sin otra deformación que la inevitablemente debida a la descripción, siempre incompleta por cabal que parezca.

Mientras conversábamos, yo le observaba atentamente. Vestía traje marrón y, desprovisto de su americana, tenía el busto de sólida estructura diseñado por un "pullover" de color vicuña, que contrastaba con la camisa de un rosado muy fuerte, tono de gran moda en ese momento para aquella prenda, como últimamente la corbata rojo vivo, sobre camisa azul celeste para traje gris claro, que han usado los elegantes de medio París y que no será raro ver difundirse aquí en Buenos Aires en este verano.

Hombre de buena estatura, muy proporcionado, Paul Morand, con el rostro moreno pálido perfectamente rasurado, tiene el tipo del "hombre de la época", que bien puede ser ruso como yanqui o argentino, o francés Tipo cosmopolita, muy siglo XX, que ha podido nacer accidentalmente en cualquier parte del planeta.

Habla con gestos sobrios, pero subrayando las frases. Da, personalmente, la misma impresión que se puede tener de él a través de sus libros, por su estilo rotundo, firme e incisivo.

Le pregunté si su "New York" estaba terminado.

—Si—respondió—, y yo creo que hay interés por leerlo, a causa de que es el primer libro de autor francés sobre la metrópoli norteamericana.

—Y de qué autor!... pensé yo. Y me fui hasta la indiscreción:

—¿Favorable o...?

—Claro está que imparcial.

Usted sabe que Nueva York tiene múltiples aspectos, sobre los que hay mucho que decir en uno u otro sentido. Pero, en general, mi impresión es muy buena. Hay allí un formidable progreso. La vida toma un nuevo sentido de un dinamismo sorprendente y la acción individual y colectiva, regimentada por un mecanismo cada día más perfeccionado, tiene mayores proyecciones que en ninguna otra parte.

Aproveché la oportunidad — y cómo no! — para desviar la conversación a otro terreno:

—¿Usted cree que los Estados Unidos llegarán a imponerse en el mundo?...

—Es indudable que sí, como potencia económica.

—¿Más aun que ahora mismo, en que hasta los países de Europa son ya sus tributarios y tienen que permitir que vengan a competirles ventajosamente en sus propias industrias?...

—Mucho más — afirmó él—. Porque el porvenir de la humanidad, en ese orden, estará a medias bajo el dominio de Norteamérica y de Rusia, que se disputarán la hegemonía comercial del mundo.

En boca del gran escritor esas palabras adquirieron todo su valor, porque no puede ser sospechado de parcialidad. Quien ha hecho esa terrible, esa implacable vivisección de la Rusia soviética que se llama "Je brûle Moscou", no someterá su criterio a nada más que a la verdad. Y él lo dijo simplemente, pero firmemente. Como añadió:

—Francia seguirá manteniendo su incontrastable superioridad cultural y su dominio en este sentido no podrá serle disputado por nadie... Al menos, esa es la deducción a que se puede llegar después de observar atentamente los fenómenos de la vida presente.

—¿En cuanto a la América latina?...

—No conozco sino Méjico, que es un país riquísimo y muy interesante. Las ruinas del Imperio azteca denotan un grado de civilización muy avanzado. Tiene mucho colorido para el extranjero, con sus charros y sus guajiros, dignos de estudio en sus modalidades y

costumbres. La topografía del país es también pintoresca. Pero sobre todo llama la atención por sus riquezas minerales portentosas. En su país también las hay, ¿no es cierto?...

—Sí. Y precisamente Bolivia, en su región minera, se asemeja mucho a la altiplanicie mejicana. Tiene además otras enormes fuentes de producción natural, inexplotadas todavía: agrícolas, agropecuarias, forestales...

—Como la Argentina — dijo él vivamente.

—Sí, como la Argentina. Solo que en la Argentina hay ya un magnífico progreso industrial en todos los órdenes de producción, y la prosperidad económica de la nación favorece el desarrollo de sus grandes emporios de riqueza, de incalculables posibilidades en el futuro.

—¿Y cómo es Buenos Aires?

—Buenos Aires es la más grande ciudad de las Américas del Centro y del Sur y, como usted sabe, una de las principales capitales latinas del mundo entero. Tiene más de dos millones de habitantes y crece día por día en su población y en su edificación.

—¿Tiene muchas características yanquis?

—¡Oh, no! Se puede decir que Buenos Aires está por igual influenciada en su desarrollo edilicio, urbano, comercial, etc., por Europa y por los Estados Unidos. Su raza, moldeada en un cosmopolitismo creciente, del que el mayor porcentaje corresponde a los pueblos latinos del Viejo Mundo, la inclina a la cultura y a ciertas modalidades europeas, pero su progreso vertiginoso la empuja hacia las normas norteamericanas. Objetivamente, la misma ciudad ofrece este contraste en la arquitectura de su edificación. Y todo ello sin que se descuide la formación de un "modo", de un espíritu propio, de una personalidad.

El escritor escuchaba mi relato con evidente interés. Y comentó:

—Tiene también una prensa muy adelantada.

—Digna de figurar entre la mejor del mundo — anoté yo, y recordando que él ha escrito para este mismo periódico, le dije: — Usted ha sido algún tiempo colaborador de La Nación.

—Sí, he publicado algo — y como reflexionando, repite: — Yo iré allá, yo iré allá... Viajaré a Buenos Aires para pasar a Río de Janeiro, Santiago y otras capitales, en el verano próximo. Ya debí haber hecho ese viaje, pero no me ha sido posible. Considero que todos esos países tienen una innegable importancia y deseo conocerlos lo más íntimamente que me sea dable.

No conoce casi nada respecto a escritores latino-americanos. Es la ignorancia general que hay en Europa de las cosas de nuestro Continente, y en especial sobre cuestiones artísticas o literarias. Cosa muy lógica si nadie, por nuestra parte, se ocupa de hacer conocer lo poco bueno que podemos tener. Si al menos los gobiernos, que tanto dinero gastan en otras cosas menos importantes, se dignaran pagar la traducción y la publicación, aunque no fuera sino en francés, de las obras de mayor merecimiento, como el mejor medio de propaganda de nuestra cultura... Pero esto es predicar en el desierto. Aunque ya Chile parece que empieza a ocuparse seriamente en algo para llenar este vacío.

Como nuestra charla durara cerca de una hora, me dispuse a partir. El aun me pidió:

—Déjeme su dirección para

(Continúa en la pág. 32)



La puerta del mercado de Mileto

tiras de Pero Grullo? Sigamos abriendo la puerta abierta.  
 Europa se socializa de izquierda a derecha. La vida francesa es todavía monárquica. Si los americanos han acabado en Francia con el salón y casi con el "château", sigue incólume la academia fundada por Richelieu. En Francia, las cabañas han dejado de ser cabañas, pero los palacios siguen siendo palacios. En Alemania, y ya en Bélgica, los palacios son las casas del pueblo, las oficinas de los sindicatos. El sindicato metalúrgico alemán ha inaugurado este año su palacio en Berlín, obra de Mendelsohn, con más lujo — sobrio — y más gusto — moderno — que todos los edificios de las compañías metalúrgicas y de las establecidas más soberbiamente en Europa, las petrolíferas en Holanda. Fábricas, cinematógrafos, balnearios, la gran arquitectura vuelve a prestar servicio público cual lo prestaran las catedrales, el altar de Pérgamo o el mercado de Mileto. Y la arquitectura casera vuelve a ser — en mayor escala — la casa en serie. La arquitectura se ha socializado. El socialismo es hoy el espíritu de la arquitectura alemana, igual que lo era el cristianismo cuando las catedrales góticas. He aquí por donde, en la nueva arquitectura que parece haber derribado las columnas del templo, aparece el historicismo, otro rasgo especialmente de la vida alemana actual. Se dice que el alemán carece de sentido político, y habría entonces que considerar a Bismarck como el espíritu de la contradicción en Alemania; lo que no puede decirse es que el alemán carezca de sentido histórico. La historia viene a ser en la vida alemana lo que la novela en la vida francesa. Entre el sentido histórico y el sentido político puede haber la diferencia que hay

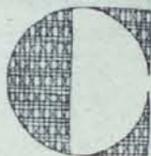
entre la razón pura y la razón práctica. El alemán puede, por sentido histórico, dar pruebas de falta de sentido político. A una manifestación pacifista en Alemania acuden las muchedumbres formadas militarmente y al paso de marchas militares: es que no han perdido el sentido histórico, procesional, de las manifestaciones públicas, la columna caída. Como la arquitectura moderna.

Tenía que ser en Berlín donde pudiera acudir y acudiera el buen público sin esnobismo pero en masa como a un cinematógrafo flamante o a un barrio nuevo, a pasearse por un trozo de la Via Sacra de Babilonia, a pasar por la Puerta de Istar, la diosa babilónica de la alegría y de la caza (la Naná de otros tiempos y de Zola, quien no quiso ser menos que Flaubert con su Salambó en las diosas asiáticas del naturalismo); a detenerse en las arcadas del Mercado de Mileto donde todavía se habla — por los eruditos — de los vicios de la ciudad y de los encantos de Aspasia, la cortesana; a subir, en fin, después de tantos años como han trabajado para ello los arqueólogos, por la escalera nueva, aunque entre el mismo friso de dioses y gigantes que los antiguos, al altar de Pérgamo (la humanidad se rejuvenece envejeciéndose; tal es la función de la historia) con la cartera o el maletín que llevan los berlineses, siempre de viaje por la gran ciudad, y como si vieran no de una biblioteca de Prusia, sino de la biblioteca de pergaminos que Antonio regaló a Cleopatra. Muchas cosas se ven en estos nuevos museos de Berlín. Primeramente, se ve que la arquitectura moderna es más babilónica que helenizante. Lo principal es que se ve más claro que en otros lo que debe ser un museo. Debe ser no una exposición, sino un lugar practicable. Ya de esta forma algunos museos de Italia que son palacios donde se podría habitar. El museo debe hacer habitable la arquitectura más antigua. En lugar de ser un archivo de colecciones, ser un creador de lugares o ambientes. También tienen su encanto los cementerios de cosas, pero va llegando la ocasión de que el director de un museo sea un director de escena.

Los museos podrían estar al aire libre o al aire libremente creado por el hombre; podrían dejar de ser museos. Y si no hubiera así museos, no es que desapareciera la cultura; es que habría cambiado de tal modo la cultura de las capitales que, al contrario de hacerse como ahora la minoría mayoría, la mayoría se haría minoría.

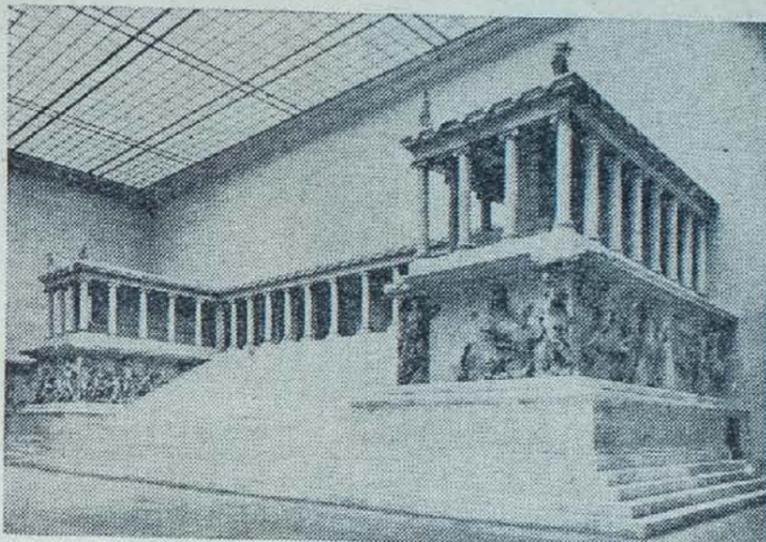
(Para LA NACION)  
 BERLÍN, enero de 1931.

# EL ÚLTIMO MUSEO



ON motivo de un aniversario de los museos — un día de los difuntos del arte — se han inaugurado en Berlín, añadidas al Museo del Emperador Federico, varias salas o museos de arte antiguo: el Museo Germánico, el de Pérgamo (y de Mileto); y se ha inaugurado a medias un nuevo Museo Asiático. Estos dos últimos museos, los más antiguos, son, naturalmente, los más modernos. Son museos de arquitectura. Se han abierto al público como una plaza nueva o un cinematógrafo más de Berlín. Creo haber encontrado en ellos la llave para abrir la no tan vetusta puerta de Brandenburgo que cabalga sobre el viento, a la cabeza de los tilos, en la avenida más célebre de esta capital. Voy a abrir la puerta abierta y a descubrir el secreto de esta capital y de todas las capitales. Dicho sea con una pedantería matemática: toda ciudad es capital cuando la minoría llega a ser mayoría. Semejante operación se realiza por modos diversos. Veamos en el arte.

Hay ciudades, como París y Londres, donde la minoría se apodera de la mayoría por esnobismo. La diferencia entre Londres y París a este respecto consiste no solamente (como lo indica el origen de la palabra) en que el esnobismo, al igual de la revolución, es inglés antes que francés. El esnobismo es también muy clásico en Francia, es por lo menos del siglo XVIII; pero ya en el siglo XVIII, el esnobismo de París era la revolución. El esnobismo de París suscitase aparentemente contra las reglas, y si ahora parece tan poco francés es porque ahora Francia es la gran conservadora, la gran burguesa de Europa. En cambio, en Inglaterra el esnobismo está en las reglas. Por esto el arte nuevo o la boga de tal o cual arte antiguo encuentra más atmósfera en París que en Londres. Todavía encuentra más atmósfera en Berlín. Lo que diferencia entre sí las sensibilidades modernas de Berlín y de París, es que en Berlín se acepta el arte nuevo o la nueva boga sin necesidad de recurrir al esnobismo. De buena fe. Auténticamente. Con papanatería también, claro está; pero papanatería nada "esnóbica", sino muy natural. En Alemania se acepta el arte como en todo el mundo no se acepta más que la ciencia. La contribución artística de Alemania es sobre todo... científica. Han hecho más por el arte moderno los arqueólogos alemanes que todos los artistas alemanes y todos los demás artistas. Corolario: el arte moderno que

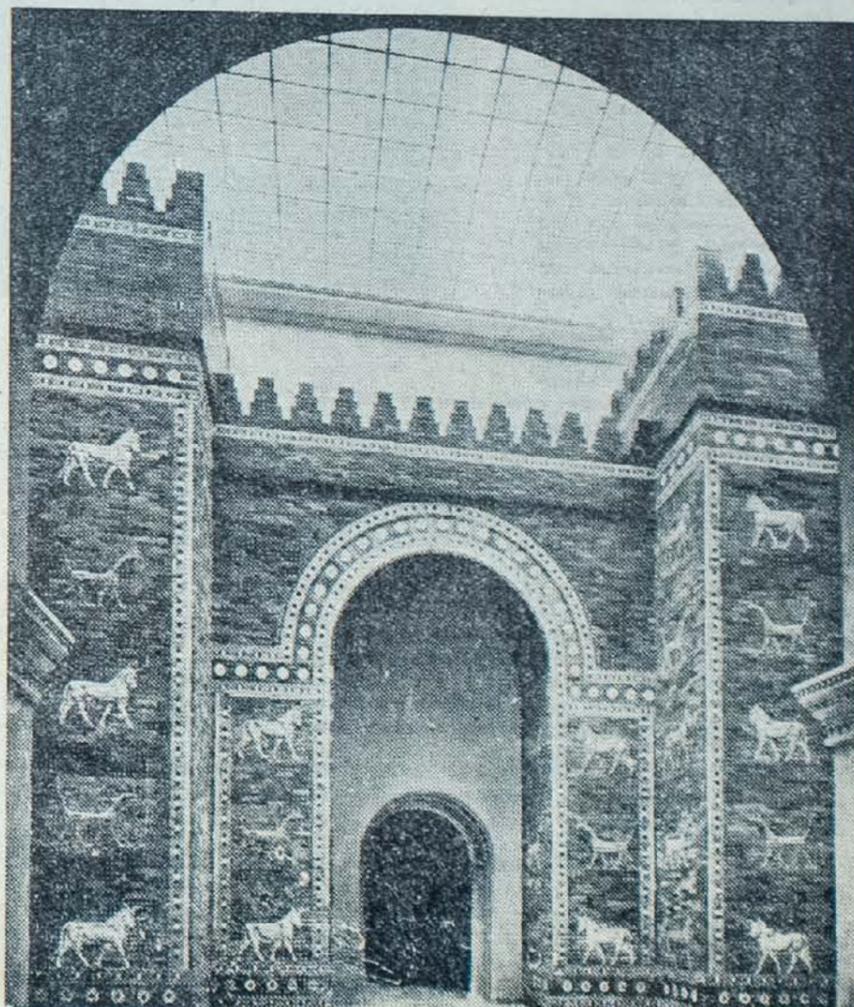


El altar de Pérgamo

se hace gracias al esnobismo en París, se vende merced a la pedantería en Berlín.

Y el arte moderno que se hace, más que en Berlín, en otras ciudades de Alemania, es el arte básico, la arquitectura. Después del gótico a la crema para casas de vecindad (véanse aún hoy las calles berlinesas) en que había caído la arquitectura alemana durante el siglo XIX, y abandonado el falso modernismo muniqués de principios de siglo, la vida actual ha dotado a Alemania nada menos que de una arquitectura propia, es decir: de un estilo. Hasta ahora, la vida siglo XX se ha estilizado en dos naciones: Estados Unidos y Alemania. En dos maneras, con dos directrices cruzadas. La vida, como la arquitectura, en Alemania parece tener ahora una directriz horizontal. ¿No es vertical en los Estados Unidos? Holanda, Suiza y Rusia han precedido o seguido el movimiento arquitectónico alemán, pero ahora les viene grande o pequeño. Naturalmente, ningún arte y menos el arquitectónico, se produce únicamente por razones artísticas. Sus razones son precisamente las que no son artísticas. En arquitectura, sabido es que son sociales y técnicas, materiales, como en poesía (en la más lírica) son también materiales y técnicas pero individuales. La respiración, por ejemplo, del poeta y en general del escritor, es una razón a veces paradójicamente de su obra, lo mismo que el cemento o la piedra hacen razonables, posibles determinadas arquitecturas. En la literatura más social, la razón material, como la espiritual, es individual; mientras que en la arquitectura más individual, la razón espiritual, como la material, se halla fuera del individuo, está en el medio y en la sociedad. Puede que todo esto no sea así; mas, ¿cómo íbamos a entendernos si no aceptáramos las men-

La puerta de Istar



**E**STAMOS en el año jubilar de San Antonio de Padua, que nació en Lisboa en 1195 y falleció en Padua en 1231. Han comenzado ya, bajo diversas formas, las celebraciones de su séptimo centenario.

La tradición naturalizó paduano al lisboeta que se llamaba en el siglo Fernando de Bulhoes, y dicese que descendía de Godofredo de Bouillon, primer reconquistador cristiano del Santo Sepulcro. Sus padres fueron Martín de Bulhoes y Doña Teresa Taveira, ambos de noble linaje. "Antonio" es un antiquísimo nombre romano de obscura etimología. Los hagiógrafos dicen que Fernando de Bulhoes tomó el nombre de Antonio en homenaje al humilde convento francés de San Antonio de los Olivares, cerca de Coimbra, donde hizo el noviciado y donde profesó. Con este cambio de nombre el místico Fernando seguía la tradición de que los muertos para el mundo querían renacer en Dios, "tornándose así menos conocidas e importunados por su propia familia". Esto suponía romper con todos los vínculos humanos. A nuevo nacimiento debía corresponder nuevo bautismo.

La ascendencia ilustre, unida a las grandes luchas que entonces se libraban por la fe cristiana, dieron tal vez a Fernando de Bulhoes el necesario impulso para acometer grandes hazañas espirituales. La adopción del nombre de Antonio puede indicar también el propósito, más tarde realizado, de consagrar su existencia al perfeccionamiento de la vida monástica: el primer San Antonio, llamado el "Grande", nació en Coma (Alto Egipto), en 251, y fué uno de los primitivos instituidores de la vida monacal cristiana, uno de los iniciales conductores de los hombres que, cansados de las tentaciones del mundo, marcharon a los desiertos contemplativos de la Tebaida egipcia, donde también les perseguían las tentaciones del espíritu y de los sentidos.

El segundo San Antonio, el nuestro, el de Lisboa o Padua, se propuso mejorar las condiciones de la vida monástica medieval; pero su primera idea, sugerida quizá por el ejemplo de los cinco mártires de Marruecos, cuyas cenizas fueron traídas a Portugal con gran devoción, fué la predicación del Evangelio en el Africa del Norte. Hallándose allí gravemente enfermo, intentó regresar a la Península, pero la borrasca arrastró hasta Sicilia la nave en que se había embarcado. Este incidente fué decisivo en su vida.

En Sicilia, el franciscano portugués se informó de que iba a reunirse en Asís el capítulo general de su orden y decidió encaminarse allí a fin de intentar la misión que luego hizo suya: restituir su primitiva pureza a la religión fundada por San Francisco, las costumbres de la cual degeneraban bajo el gobierno de Elías de Cortona. Predicó en Italia y en Francia la reacción purificadora por medio de sermones que poseían un fuerte sabor escolástico.

Después de muerto San Antonio de Lisboa o de Padua tornóse un santo popular, siendo venerado sobre todo en Portugal, España e Italia, donde se le llama simplemente "el Santo", como para indicar que es el "santo" por excelencia. No es de extrañar, por consiguiente, que las artes plásticas italianas, españolas y portuguesas, especialmente la pintura, tengan perpetuada la efigie de San Antonio en obras inmortales. Citemos los cuadros de Lourenco Pasinelli, de Strozzi y de Bonvicino, que están en el Louvre; el de Ribera, en Madrid; el de Murillo, en Sevilla. Pero cuando se habla una antología iconográfica del Santo no podrán faltar en ella dos maravillas de pintura portuguesa: el "San Antonio" de Fray Carlos del siglo XVI y el de Columbano del siglo XX. Del primero hablaremos más tarde en un artículo especial; una reproducción del segundo acompaña a esta crónica. En la iconografía popular e ingenua, el Santo aparece siempre con un rostro hermoso y rosado, de serafín. De él extraen comparaciones las enamoradas del pueblo para ponderar la belleza de sus novios:

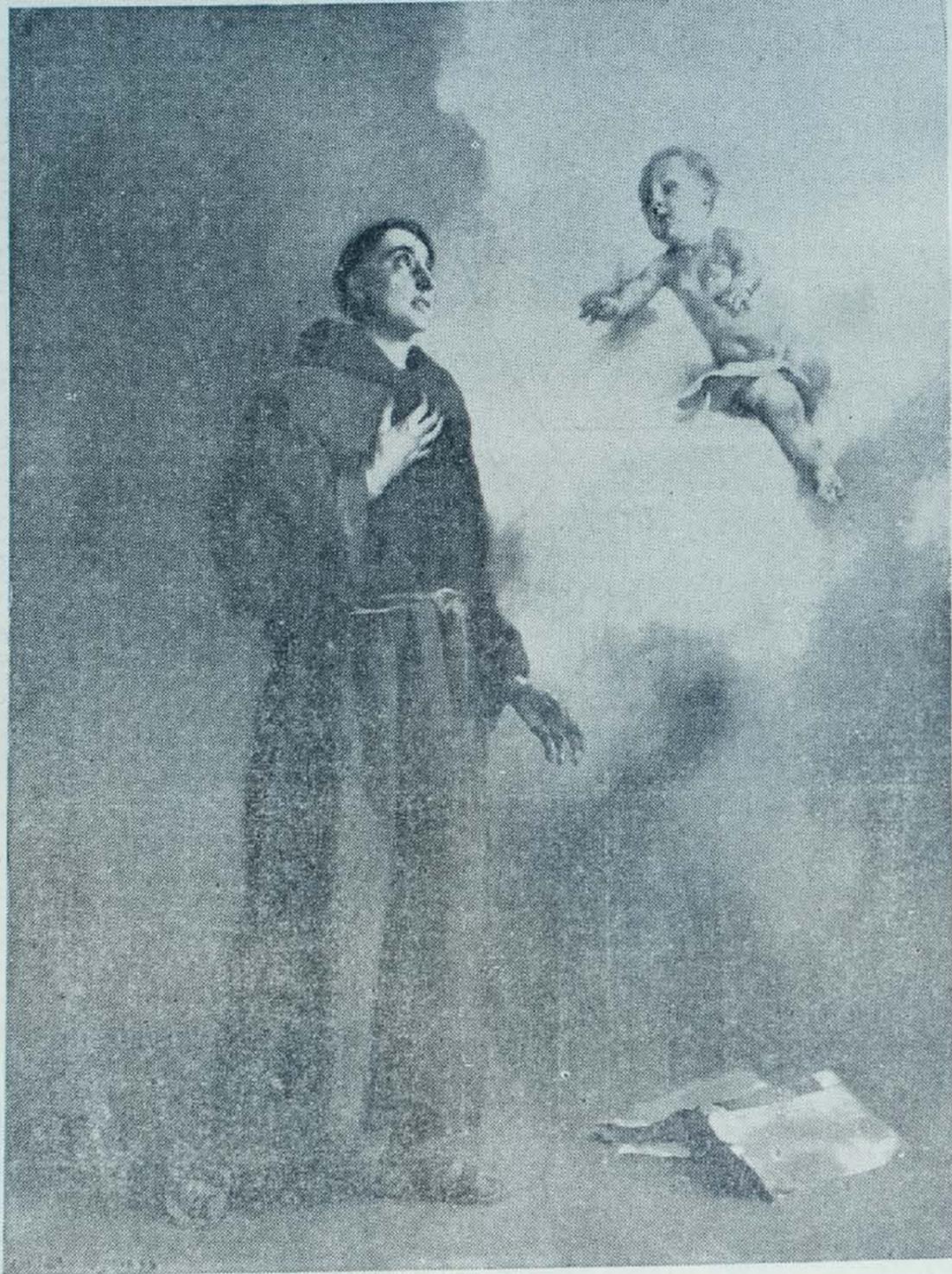
Aunque me digan de ti—lo que dicen del demonio,—yo te tengo de querer,—carita de San Antonio.—Tienes una carita—de San Antonio—y una condicioncita—como un demonio...

Decíamos antes que el pueblo ha convertido a San Antonio en una especie de panacea religiosa. Agregaremos ahora que esa transformación fué favorecida, si no provocada, por los mismos cronistas monásticos y los grandes padres de la Iglesia. Uno de éstos, que vivió poco después del Santo, fué San Buenaventura, "el Doctor Seráfico", también franciscano, general de la Orden en 1256, rival de su contemporáneo Santo Tomás de Aquino, y uno de los mejores escritores

## Milagros de SAN ANTONIO

Por  
AGOSTINHO de CAMPOS

(Para LA NACION)  
LISBOA, diciembre de 1930



SAN ANTONIO,  
CUADRO DE COLUMBANO,  
EXISTENTE EN EL MUSEO DE ARTE  
CONTEMPORÁNEO DE LISBOA

Al mismo tiempo que nuestros dirigentes militares y los propios reyes consideraban a San Antonio como oficial del ejército, las muchachas solteras hacían de él el más acreditado y atareado agente de casamientos. Algunas pedíanle en tal sentido cosas tan extraordinarias como ésta: ¡que les proporcionase un marido viejo, feo y rico, y que lo hiciese morir pronto, para que ellas, al enviudar, pudiesen entonces casarse con un mancebo joven y bello, enteramente a su gusto!

Para dar a los lectores una idea del San Antonio casamentero, voy a referirles una historia popular y humorística:

Una muchacha de buena familia mantenía amores con un joven que habíale prometido casamiento, pero aconteció que, atraído por los encantos de otra mujer, el joven comenzó a abandonar a la primera y terminó por casarse con la otra, dejando a aquella entregada al despecho, a la amargura y a deseos de venganza.

La repudiada no pensaba, día y noche, más que en mostrar al desertor que el mundo no quedaba desierto con su ausencia y que, por consiguiente, no faltaría quien quisiese aprovechar el tesoro despreciado por él.

Como tantas veces sucede en casos semejantes, aquella muchacha se apresuró cuanto pudo a encontrar un nuevo novio; y en su impaciencia, hizo devota de San Antonio, pidiéndole que le deparase, todo lo de prisa posible, un marido que no fuese inferior en nada al enamorado infiel.

Durante meses no faltó a ninguna romería o fiesta celebradas en las iglesias o ermitas de las cuales San Antonio era patrono; no contenta con esto, mandó comprar y colocar en su cuarto, en un altar, a modo de oratorio, una imagen del

(Continúa en la pág. 23)

de la Edad Media. San Buenaventura es autor del himno litúrgico a San Antonio, que reza así:

"Si quaeris miracula,—Mors, error, calamitas,—Daemon, lepra fugiunt,—Aegri surgunt sani;—Caedunt mare, vincula;—Membra, resque perditas—Pertunt et accipiunt—Juvenes et cani;—Pereunt pericula,—Cessat et necessitas;—Narrent hi qui sentiunt,—Dicant paduani.

Traducidos libremente, estos versículos significan que si San Antonio pide a Dios milagros, pronto desaparecen la muerte, el pecado, las calamidades, el demonio, la lepra; los enfermos se tornarán sanos; cederán el mar y las prisiones; mozos y viejos pidenle y obtienen miembros amputados y cosas perdidas; apacigua los peligros y amansa las desgracias. Pueden dar fe de esto aquellos que lo presenciaron y especialmente los ciudadanos de Padua. Una cuarteta popular portuguesa, evidentemente resumida del himno litúrgico, dice así:

"Aplaca la furia del mar,—Saca a los presos de su prision,—A los enfermos torna sanos—Y lo perdido hace encontrar..."

En vista de lo anterior, no habrá que admirarse de que el pueblo pida a San Antonio todo género de cosas. Cosas enormes y cosas mezquinas. Los soldados portugueses de los siglos XVI y XVII pedíanle la victoria en las guerras de la India y también en la del Brasil, cuando trataron de expulsar a los holandeses, invasores de Pernambuco. Y en sus monasterios las monjas rogaban al ocupadísimo santo que abriese las puertas cuyas llaves se habían atascado en las cerraduras; y hasta una vez pidiéronle que diese caza a un ratón que roía los ornamentos de la iglesia conventual. Y el buen santo Antonio atendía a todo, con una actividad y una ubicuidad que eran, en resumidas cuentas, su grande y verdadero milagro.

En 24 de enero de 1688

San Antonio quedó enrolado, por orden real, como simple soldado del regimiento de infantería de la ciudad de Lagos do Algarve (sur de Portugal) y su carrera militar fué brillante. En 12 de septiembre de 1862 se le promovió al cargo de capitán "por haber puesto en fuga valientemente a un nutrido cuerpo de castellanos emboscados contra un destacamento portugués que se dirigía de Juromenha a la guarnición de Olivença".

Olivença, minúscula plaza, situada a treinta kilómetros al sur de Badajoz, fué perdida por Portugal y ocupada por España en 1801; debemos suponer que San Antonio se ha cansado ya de restituir a sus devotos las cosas perdidas, pues han transcurrido 129 años y Olivença continúa siendo española. A pesar de esto, todavía en 31 de agosto de 1817, mediante un decreto fechado en Río de Janeiro, el príncipe regente de Portugal, llamado después Don Juan VI, ascendía a San Antonio al alto puesto de teniente coronel de infantería, asignándole el respectivo sueldo.

# EL REY DE HUNGRÍA

POR  
SIGMUND  
MUNZ

(Para LA NACION)  
VIENA, diciembre de 1930.

gría, que fué a la vez emperador de Austria, ascendió al trono al cumplir 18 años y lo ocupó nada menos que 68 años. Me refiero al emperador Francisco José I, que, nacido en 1830, llevó la corona de los Habsburgo de 1848 a 1916.

Por otra parte, los legitimistas húngaros sienten más impaciencia que la emperatriz y la reina Zita por celebrar la coronación de su rey hereditario. Bajo la impresión causada por el golpe de Estado de Rumania, cuando el joven rey Carol asumió el mando, reponiendo en el rango de príncipe heredero a su hijo, el rey menor de edad, cundió en una parte de la Europa Central, y principalmente en Hungría, la esperanza de que el joven Otto aparecería súbitamente en territorio húngaro, derribaría al

Regente y se apoderaría de la corona de San Estéfano, arrebatada a su padre por voluntad unánime de las potencias victoriosas en 1918. Efectivamente, comenzó a circular en Hungría el rumor de que el Rey volvería de improviso y derribaría por medio de una revolución el orden provisional de las cosas actuales. Mi confidente, la mencionada persona allegada a la familia imperial, me ha dicho, sin embargo, que los jefes del legitimismo húngaro han desmentido con muchísima razón los rumores de intentona monárquica. Agregó que constituye un grave error hablar de intentona revolucionaria al referirse a los propósitos del joven rey hereditario, por cuanto el rey legítimo de Hungría no necesita apelar a un movimiento subversivo para reemplazar el régimen provisional por uno definitivo. Expuso que es natural y obligado que el hijo mayor del último rey coronado de Hungría ocupe el trono legítimamente, y añadió que lo anormal y provisional es la actual Regencia.

No cabe duda de que las relaciones entre la Corte de Steenockerzeel y el regente, almirante Horthy, así como el presidente del Consejo, conde Bethlen, no son muy amistosas, sino bastante tensas, lo cual queda demostrado por el hecho de que este último, durante los largos años en que ha desempeñado su cargo, no ha visitado una sola vez a la familia imperial, a pesar de haber estado recientemente en Londres, desde donde hubiera podido fácilmente trasladarse a Bélgica.

En cuanto al regente Horthy, durante el decenio en que ha ocupado su alto cargo no ha salido del país, recordando quizá el proverbio francés: "Qui va a la chasse, perd sa place". A esto se agrega que en el Gabinete húngaro actual, el titular de la cartera de Guerra es hombre visiblemente no adicto a la causa legitimista. Me re-

fiero al ministro Gömbös, que parece más bien estar de acuerdo con Lord Rothermere, el conocido "Lord-Protector" de Hungría, quien consideró de interés para ese país que eligiera a su rey en una casa reinante que no fuera la de Habsburgo. Se recordará que el conde Bethlen se entrevistó recientemente en Venecia con Lord Rothermere.

Los habitantes del castillo de Steenockerzeel confían muy poco en los gobernantes actua-

por si la renuncia al trono hecha sin el asentimiento de todas las partes y sin un acto contrapuesto al de la coronación, o sea una especie de deposición. Según esto, y de acuerdo con todos los derechos hereditarios, Otto se ha convertido en el mismo momento de la muerte de su padre en rey hereditario, "rex hereditarius".

Las partes de la llamada "Pragmática Sanción" referentes a la indivisibilidad e inseparabilidad de Austria y Hungría han dejado de ser aplicables, pero no así aquellas que se refieren al orden de sucesión al trono, que conservan su vigor. En el tratado de paz de Trianón no figura una sola disposición que descarte al rey Carlos IV o a la casa de Habsburgo del trono de Hungría.

En la resolución de los embajadores del 4 de febrero de 1920, figura una declaración unilateral, que no compromete a Hungría, y de la cual no participan además, precisamente, los llamados "Estados sucesores", Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania. Después de la segunda tentativa de restauración del rey Carlos, no fué posible persuadir al soberano, que había caído prisionero, de que renunciara al trono. El destronamiento de noviembre de 1921 fué, por otra parte, un hecho impuesto por el exterior a Hungría, en un momento de impotencia, y es, por lo tanto, odioso moral y legalmente.

Este aspecto de la cuestión monárquica debe ser considerado, porque inmediatamente después de sobreponerse al bolcheviquismo, Hungría volvió a la concepción monárquica del Estado. Influyó en ello no sólo el dogma citado, sino la experiencia de que la República no había podido contener a la ola bolchevique. Después de la caída del Gobierno soviético

en agosto de 1919, Hungría no estaba en condiciones de llevar al Rey al trono restablecido. Saqueada, sangrada e impotente, tenida en jaque por vecinos envidiosos y soberbios, Hungría sólo pudo dar medio paso adelante, y así nació la Constitución provisional, que creaba un regente — (representante del rey ausente) — con atribuciones estrictamente limitadas. El Gobierno provisional tenía la tarea de asegurar la vida física de la Nación, de servir de puente sobre el vacío producido en la continuidad legal—no de llenarlo!—y de tomar todas las medidas convenientes para dar nuevo brillo a la corona sagrada de Hungría, a esa unidad constituida por el Rey, la tierra y el pueblo. A principios de septiembre de 1921, el Regente escribió al rey Carlos: "Mi única y natural aspiración es la de salvar a esta tierra... de las infinitas dificultades de la situación presente, para con-

fiarlo luego, de acuerdo con el principio legítimo y constitucional, a las manos llamadas a gobernarlo".

El Gobierno provisional se ha sometido a la ley del tiempo, es decir, que ha subsistido como todo lo provisional. Además, nadie parece sentirlo mejor que los gobernantes actuales. Ha dado motivo para que pierda fuerzas este régimen provisional, el hecho de que no se ha detenido en los últimos años el desarrollo de Europa. Lo provisional se justificaba oportunamente en Hungría, cuando existía en Europa una situación tal, que, según lo expuso el entonces jefe del Estado Mayor general británico, Sir Henry Wilson, al primer ministro Lloyd George, se estaban preparando veintinueve guerras, porque habían quedado sin resolver otros tantos problemas, mientras otros sólo habían sido resueltos provisionalmente, y aquellos que parecían definitivamente liquidados exigían continuamente nuevas decisiones. Muchos "amos del mundo" se hallaban poco familiarizados con los problemas de Europa Central y Oriental; existía la necesidad imperiosa de celebrar por lo menos algunos tratados de paz, para tranquilizar a los propios ciudadanos; ejercía su influencia en toda Europa el acertijo de Rusia y otros factores más imponentes a la vez que toleraban soluciones provisionales. La suposición, que prevalecía entre los estadistas de los países nuevos, de que se les servía con debilidad y desorden, produjo soluciones poco claras, que hoy son insostenibles. Todo esto ha cambiado. Comenzando por Italia, hace cada vez más camino en el extranjero la convicción de que es conveniente para todos que (a condición de reinar un orden digno de confianza en la propia Nación) esté consolidada la situación del país vecino, y principalmente en el Danubio central, tan importante política y económicamente. Procedente de Italia también, cunde cada vez más el concepto, evidente de por sí, de que los detalles de la constitución interior de un Estado no pueden ser tratados en ningún caso como cuestiones exteriores. Si no, se establecerían precedentes que sepultarían finalmente la independencia y la autonomía de todos los Estados y harían disolver la Sociedad de las Naciones, fundada en la cooperación de países independientes y autónomos.

Italia comentó oportunamente las elecciones griegas, que hacían prever el regreso del rey Constantino a Atenas, con las siguientes palabras: "Fiel a sus tradiciones, Italia opina que cada Estado tiene el derecho de darse el gobierno, la forma de gobierno y el soberano que le parezcan convenientes a sus intereses, sin que ello justifique la intromisión extranjera". Dentro del espíritu de esa tradición, Italia no parece querer contemplar en otra forma la cuestión del trono de Hungría. Cuando el Gobierno de Belgrado expresó en agosto de 1930, por medio de su prensa, que la restauración de los Habsburgos constituiría un "casus belli" para los países de la "pequeña entente", contestó inmediatamente "La Tribuna", de Roma, que Yugoslavia no tenía el menor derecho a amenazar a Hungría con una guerra por el mero hecho de que aspirase al orden político y social. En cuanto a Gran Bretaña, se sabe que después de la guerra tiene que considerar en Hungría importantes intereses económicos, que sólo puede comprometerse a proteger un Estado consolidado. Políticaicamente, Gran Bretaña no tiene intereses en Hungría. Una noble declaración le prohíbe inmiscuirse en los asuntos internos de los Estados extranjeros. A pesar de ello, de vez en cuando se ha constituido el Gabinete de St. James en ejecutor de

(Continúa en la pág. 26)

*Poema para el niño de mi sueño*

*Niño: Yo llevo en mis brazos,  
mil sueños — inquietos —  
Mil gestos que son de cuna;  
mil voces que son de arrullo.*

*Niño que has de llegar, con el canto  
agudo, doloroso, intacto  
de tu llanto primero!*

*Con tu carne insospechada  
sobre la cual mis caricias  
serán un temblor de dedos  
por no estrujarte — con miedo —*

*Niño: Y habrá de estar lo más puro  
en ese sueño cansado, luego!  
¿O acaso sea ese un sueño enfermo,  
enfermo de tanto resplandor interno?*

*Y se alzaré, ya tarde, mi sueño un día  
cuando ya mi canto sea un solo duelo.  
Y entonces, niño venidero, acaso  
sobre tu carne fina, clamorosa de vida,  
se aquieten, desoyéndote,  
ya inútiles, mis dedos!*

*Marah Lange*

les de Hungría y consideran que cuando crean llegado el momento de que el joven rey se apodere de la corona de San Estéfano, ello se verificará contra la voluntad de dichos gobernantes.

Transcribo a continuación la argumentación auténtica de los consejeros del joven rey hereditario:

"El último rey coronado, que murió desterrado en Madera, no renunció para él ni para sus descendientes a los derechos que le correspondían, sino que consideró necesario deponer sólo temporal y condicionalmente su participación en los asuntos de gobierno. La teoría del carácter sagrado de la corona de Hungría (o sea el dogma de política de Estado que hace de la corona de San Estéfano la fuente de todos los derechos, y según la cual el Rey, la tierra y el pueblo son partes de un mismo cuerpo— "membra sacrae coronae"), excluye de



L 20 de noviembre cumplió 18 años el archiduque Otto, hijo del extinto emperador y rey Carlos, el último Habsburgo

que haya ocupado el trono imperial de Austria, y de la emperatriz Zita. Ese día el Archiduque fué declarado mayor de edad. Los legitimistas de Hungría, al frente de los cuales marcha su jefe, el conde Alberto Appony, le reconocen ya como el rey hereditario de Hungría, aunque no haya sido coronado aún.

Hace más de diez años que Hungría es una monarquía sin monarca. El regente, almirante Horthy, es considerado como el representante del Rey, que acaso considera próximo el momento en que subirá al trono de sus antepasados. Hungría se ha convertido en la aliada de Italia, país que no se opondría a que el rey Otto ascendiera al trono. Gran Bretaña y Francia, a pesar de haber firmado el tratado de Trianón, no opondrían tampoco mayores dificultades. Todos los obstáculos provienen de las naciones de la "pequeña entente", entre las cuales Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania se han enriquecido con las dos terceras partes, aproximadamente, del antiguo territorio húngaro. Estos Estados temen seriamente que el joven rey, en la eventualidad de su coronación, se comprometa, al jurar fidelidad a la Constitución, a recuperar para su patria el territorio húngaro conquistado por sus vecinos, lo cual suscita las dificultades exteriores que se oponen a la vuelta del Rey a Hungría.

En cuanto a los impedimentos internos, parecen haber sido alejados anteriormente. Si bien el archiduque Alberto, primo de Otto, que reside en Hungría, fué considerado en cierto momento como el competidor del hijo de Carlos, su candidatura al trono húngaro ha sido descartada desde el momento en que Alberto juró fidelidad al pretendiente legítimo y renunció solemnemente a la corona de San Estéfano, al contraer enlace con una dama que no es de su rango.

Como el archiduque Otto, destinado a ocupar el trono de Hungría, estudiaba en la Universidad de Lieja, la antigua familia imperial, encabezada por la emperatriz Zita, se trasladó de Lequeite a Bélgica, sin renunciar por ello a su residencia española. De vez en cuando, la familia imperial va a veranear a España, aunque sólo sea porque el clima húmedo de Bélgica es menos deseable que la temperatura suave de España.

El castillo de Steenockerzeel, situado entre Bruselas y Lieja, se encuentra emplazado en un lugar de escasa altura, y no es, por lo tanto, de lo más salubre. Tal residencia fué escogida, sin embargo, porque su propietario, un conde adicto a los Borbones, puso generosamente el castillo a disposición de la familia imperial, retirándose a las dependencias del mismo. La emperatriz Zita es— conviene recordarlo—de ascendencia borbónica. La Universidad de Lieja fué elegida para los estudios del pretendiente al trono de Hungría, porque es una escuela superior católica y porque la Emperatriz tenía empuño en que su hijo fuera educado en una forma estrictamente religiosa.

Recientemente se me ofreció oportunidad de encontrarme con una persona muy allegada a la emperatriz Zita y a su hijo, y obtuve de esa fuente informaciones fidedignas respecto a las intenciones y la atmósfera que reinan en el castillo de Steenockerzeel. La Emperatriz desearía que el rey Otto no subiera al trono de Hungría antes de terminar sus estudios en la Universidad, a pesar de todas las tentaciones de hacerse cargo inmediatamente del reino, que sugiere el recuerdo de que el penúltimo rey de Hun-

## VESTIDOS Y ABRIGOS DE NOCHE

Por LA MARQUESA DE SAN CARLOS



MAGGY ROUFF

Para las noches de verano, este modelo en seda rosa pálido, sencillo pero al mismo tiempo muy nuevo, por la forma como está estudiada la pequeña capa, bordeada de una banda de zibelina. Muy ceñida al talle, cubre completamente el vestido por detrás, mostrándolo ligeramente por delante.

DIBUJO DE REYNALDO LUZA

Largo abrigo de noche en pana blanca, cortado en la espalda en "panneaux"; las mangas con pequeños volantes. El cuello forma una echarpe atada con un nudo. De la casa IRENE DANA

Traje de noche en tejido "ottoman" negro, sobre fondo marrón, es decir dando un efecto cambiante. Está abierto por los lados, dejando ver un pantalón de afeté rosa salmón. Lleva una capa de erciopeo negro y tres "pons" redondeados y bordeado de zibelina.

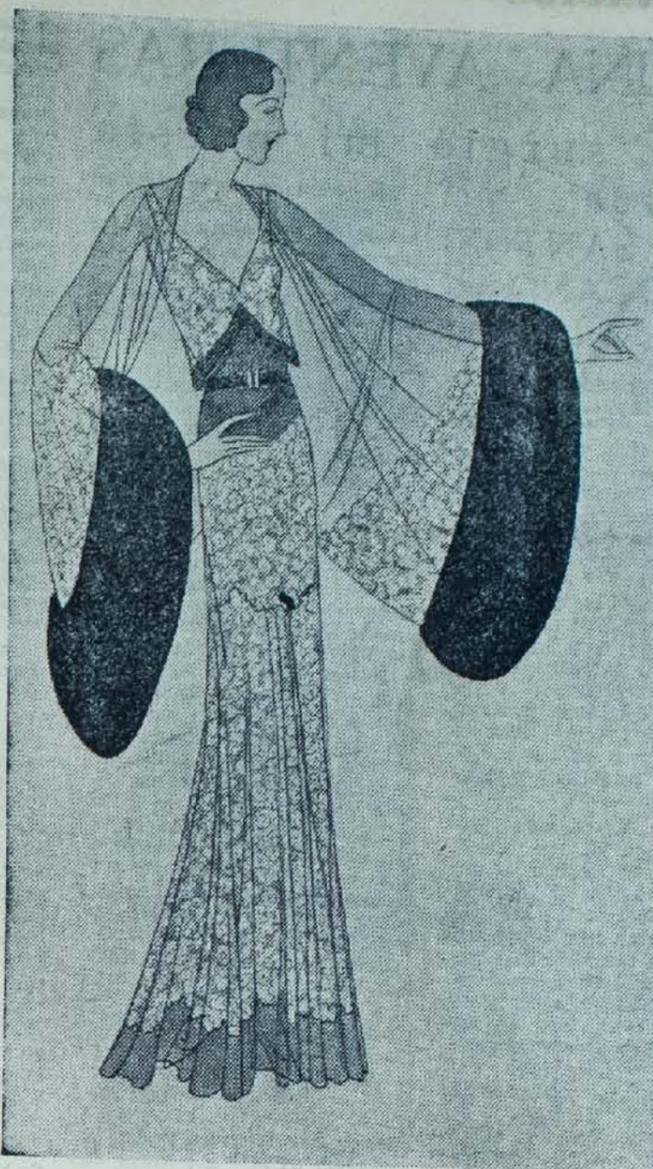
AVANZA la estación, acentuándose aún más la riqueza en los vestidos de noche, y al mismo tiempo aumenta la importancia de los abrigos, llegándose a considerar casi indispensable la nota de conjunto, es decir que cuando antes hubiésemos llevado uno u otro abrigo de noche sobre tal o cual vestido, ahora estudiamos especialmente el efecto del conjunto y admitimos la necesidad de combinar el que hemos de llevar con cada vestido. Sucede con frecuencia que retracemos el estreno de un vestido nuevo, por no tener aún acabado el abrigo destinado a completar esa "toilette", y, en cambio, muchas de nosotras recordamos que hasta hace dos años el abrigo de noche no revestía tanta importancia, pues ésta ha crecido en cada una de las últimas colecciones.

Creiendo que el menor detalle es digno de interés, y en el deseo de encontrar la explicación que justifique en parte los cambios de la moda, les señalo en primer lugar que hoy día, en su mayoría, las señoras entran en la sala de un restaurante luciendo el abrigo que en parte o totalmente cubre su vestido, mientras que antes lo hubiesen abandonado a la entrada, confiándolo a la servidumbre del "vestiaire". El largo de estos abrigos varía mucho. Una vez sentadas en su sitio, y con un gesto lleno de coquetería, las elegantes damas se desprenden del abrigo que las envolvía, dejándolo caer sobre el respaldo de la silla, y de este modo queda colocado como si fuera el fondo de un lienzo sobre el cual se destaca una preciosa figura.

En la sala del Restaurant Ciro's se reúnen con frecuencia las bellezas más distinguidas y las personalidades más conocidas del mundo entero. Los viernes continúan siendo los días de gala, y es necesario mandar reservar una mesa con anticipación, pues ha ocurrido que por estar la sala llena se rehúsen numerosos pedidos. El golpe de vista es sorprendente y ofrece los medios para pasar tres horas de éxtasis, contemplando la belleza y la elegancia de tantas mujeres, y es también



Conjunto de WORTH de puntilla gruesa beige y tul negro. El vestido, con un pequeño bolero, lleva en la cintura una faja de tul negro. Este traje va con una echarpe también de tul negro, cuyos anchos bordes de puntilla están bordeados de zorro "argente". WORTH nos indica la boga de la puntilla para la próxima primavera



Pequeña capa de noche de la casa MAIN BOCHIER en terciopelo rosa, sin mangas. Abierta en el hombro, con los "panneaux" flotantes

Encantador conjunto de IRENE DANA color azul, plateado y oro, hecho con pequeños boleros. La chaqueta muy sencilla de corte derecho



una ocasión de conocer ciertas celebridades, cuyos nombres acostumbramos a oír sin jamás haber tenido, ocasión, tal vez, de encontrarnos en presencia de la figura cuya fama nos ha inspirado siempre gran curiosidad.

La moda de los vestidos negros continúa siendo una de las bases más sólidas que poseemos, pero no define la generalidad de las "toilettes" que se ven este año, debiendo admitir que los colores abundan, siendo la nota principal que resalta en un salón de baile. Es evidente que el retorno de los colores da ya de por sí el aspecto de un lujo algo abandonado en los últimos años, cuando la mujer gustaba de llevar el vestido negro "fácil de poner". Entonces la moda tuvo exagerada tendencia a empobrecerse o a hacer alarde de humildad. Sinceramente puede decirse que hemos acogido con entusiasmo y admiración la riqueza y la suntuosidad de la nueva moda, y si le encontramos una sola desventaja, es la de no poder influir contra la crisis financiera que afecta en este momento a todos los países del mundo. Tal reproche pudiera parecer sarcasmo, y tal vez lo sea en realidad, pues es inútil desmentir que la moda actual se inspira en un lujo cuyo refinamiento encierra el símbolo de la tentación femenina; pero, como se dice que el espíritu alegre y contento pudiera tener la facultad de atraer acontecimientos felices, ¿por qué no hemos de esperar que mientras sonreímos, contemplando lo que tanto nos agrada, una era de prosperidad se acerque tal vez a nosotros?

Pronto nos dirigiremos a la Costa Azul en busca de sol y de una temperatura cálida. Los vestidos y los abrigos de noche que ahora nos ponemos en París serán los que llevaremos para ir a los casinos de Cannes, Niza y Monte Carlo; probablemente añadiremos uno o dos de "mousseline" de color "pastel" con abriguitos cortos de terciopelo.

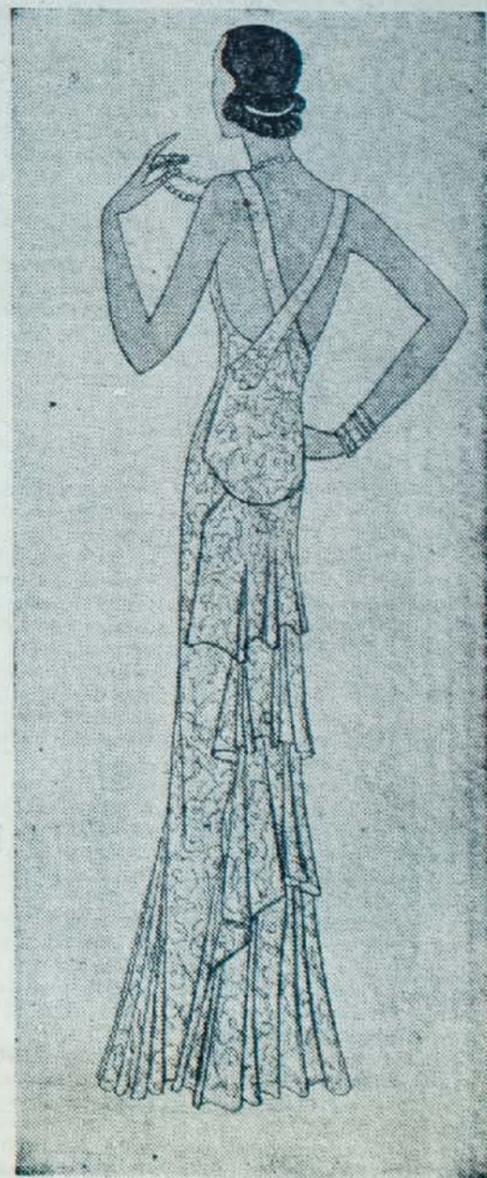
Para el día necesitaremos un mayor número de "toilettes" nuevas de sport, anticipando que viviremos dedicadas al tennis golf, excursiones en yate, etc.; y aun cuando a veces no fuese así, no cabe duda de que el traje o vestido de sport será el único elegante y el que deberemos adoptar para la Costa Azul.

NOTAS DE ULTIMA HORA

- Muchos vestidos de encaje.
- El mismo largo que se ha llevado desde el principio de la estación, con ligera tendencia a más corto.
- Abriguitos de terciopelo en lindos colores de rubí, esmeralda o negros guarnecidos con piel.
- Bolsos de mano de preciosos "lamés" o "brochés", en los cuales se destaca un valioso cierre.
- Escarpines o sandalias de "crêpe de Chine" del mismo color que el vestido o el abrigo.
- Medias de tonos más bien claros y de malla muy fina.
- Guirnalda de florecitas al borde de los escotes o sobre un hombro.

PARIS, diciembre de 1930

He aquí otro vestido de WORTH de puntilla fina, color rosado. "Drapé" por delante. Se abrocha por la espalda con tirantes de perlas rosas. Lleva unos voladitos por detrás que dan el aspecto de trajes de época



## CAPITULO X



DESDE 1879 hasta 1884, esto es, durante la Guerra del Pacífico y la ocupación de Lima por el ejército chileno, con la

natural prolongación del estado de espíritu derivado de tan profundas perturbaciones, no fué posible que el ambiente público siguiera manifestándose festivo.

La guerra del 79 crea un nuevo ambiente en Lima, en que el gusto se aparta de la nota cómica y cobra una circunspección hasta entonces desconocida.

Es dentro de tal ambiente que mi espíritu se desarrolla de los cuatro a los nueve años. Las primeras emociones estéticas que yo recibí tienen sentido trágico: ellas determinan el carácter de fortaleza y melancolía, que se puede observar, desde mis primeras producciones, al través de toda mi obra.

La tragedia sacude la conciencia nacional del Perú, haciéndola volver sobre sí misma en un examen íntimo que acaba por volverse una confesión general.

La confesión general, tras del examen de conciencia que el Perú se hace, tiene una voz que alcanza grandes resonancias. Esa voz es don Manuel González Prada.

En la personalidad lírica — porque su obra en prosa es lírica también — de don Manuel González Prada, se puede apreciar, distintivamente, la influencia del ambiente público de Lima antes y después de la guerra.

Hasta los treinta y cinco años, don Manuel González Prada es un cultor del verso en forma discreta, sin el vigor de la personalidad que se revela luego en él, teniendo que convenirse en que no fueron bastantes a imponer la gloria de tal nombre los rondeles y sonetos en que ensaya la pluma, ignorante entonces de su origen oculto bajo el ala del águila de Patmos. La producción de don Manuel González Prada antes de la guerra, es la de un espíritu sofrenado, cohibido o desconocedor de sí mismo.

Después de la guerra, a los cuarenta y cinco años, cuando en diez se ha podido formar cabal concepto de quién es, gracias a que el nuevo ambiente le resulta propicio, don Manuel González Prada aparece en todo el vigor de su lirismo heroico.

No usa él para su poesía el verso, pero sí una suerte de versículo caracterizado por la concisión acerada o por la vibración nerviosa, que traen al recuerdo los nombres de Isaías, de Jeremías, de todos los profetas.

En una fiesta infantil celebrada con el propósito de allegar fondos para el rescate de Tacna y Arica, el verbo nuevo de don Manuel González Prada sorprende al Perú entero, que reconoce al escucharle la voz de su conciencia. La verdad aparece dicha en formas de belleza y con una acentuación grandilocuente y profética.

Jeremías llora con lágrimas de león en el sarcasmo de esta frase: —Los niños quieren rescatar con el oro lo que los hombres no supieron defender con el hierro.

Isaías fulmina una de sus maldiciones decisivas y luego exalta la esperanza en un sentido vengativo, en esta suerte de ucace: —Los viejos, a la tumba; los jóvenes, a la obra.

Daniel se prodiga en la ramazón nerviosa que estalla en flores, dentro de la exuberancia en que luce su pompa tal cual párrafo: —El Perú ha sido el cuerpo vivo expuesto sobre el mármol de un anfiteatro, que ha sufrido las amputaciones hechas por cirujanos

## LAS MIL Y UNA AVENTURAS

## Cómo y por qué surgió mi poesía

POR

JOSE SANTOS  
CHOCANO

que tenían ojos con cataratas seniles y manos con temblores de parálisis...

Nadie puede negar que la tragedia de la guerra ha engendrado, de este modo, una especie de literatura bíblica.

También así se manifiesta, con una uniformidad de lo que pudiéramos llamar poesía profética, al hacer don Manuel González Prada tanto una apreciación crítica como una apreciación filosófica.

He aquí una gran sentencia crítica: —La elocuencia de Castelar es a la de Mirabeau, lo que el burbujeo de una copa de champaña es al hervidero de un mar en tempestad.

He aquí una gran sentencia filosófica: —La Naturaleza es tan egoísta que rellenaría un abismo con el cadáver de la Humanidad entera, para hacerle puente a una hormiga.

Así siempre. Tal estilo es un producto del ambiente. El ambiente público de Lima ha dejado de ser epigramático y se ha hecho sentencioso.

En este sentido, la actitud de don Manuel González Prada contra don Ricardo Palma es la que se deriva de la índole de la sentencia contra la del epigrama. Por lo mismo que don Ricardo Palma es el más alto exponente de la vida anterior del Perú y la figura que más se destaca en la respectiva expresión literaria de tal época, la mayor arremetida es contra él de parte de don Manuel González Prada, que se sabe exponente a su vez de la nueva vida nacional. La tragedia produce irritación contra la broma. Don Ricardo Palma queda inamovible; y su sonrisa flota sobre la tragedia; él no es un simple autor, sino un exégeta. Dicho ya está que su epopeya pícarca es la filosofía de la Historia de Lima. Vista tal pugna sólo de escritor a escritor, la de don Manuel González Prada contra don Ricardo Palma, hace pensar, guardando las distancias, aunque manteniendo igual sentido, en una lucha de Rousseau contra Voltaire.

Trátase, en realidad, de la protesta que hace el ambiente nuevo contra el ambiente antiguo. El espíritu público que, necesariamente, por obra de la guerra, dejó de ser festivo en Lima, hizo propicio al surgimiento de una nueva expresión. Don Manuel González Prada, en la plenitud de su personalidad, fué un producto del ambiente formado por la guerra, como lo fué también mi poesía. El se sintió Profeta; Poeta nació yo.

Si la conciencia despertó en mí en medio del espectáculo que la guerra del 79 ofreció a mi emoción y a mi fantasía, el recogimiento del hogar a que estuve obligado, sin más entretenimientos que los cuentos de mi madre y los libros apropiados que ella atesoraba en su romanticismo, me hizo dedicar al más rápido desarrollo de mi espíritu el tiempo substraído por las circunstancias al recreo físico de mi niño, prematuramente, así, reflexiva.

Interésame recordar la preferencia establecida, en lo que se refiere a los cuentos de mi madre y en lo que se refiere a los libros, de carácter lírico, primeros que leí. Los cuentos preferidos eran los de "Las mil y una noches". El libro lírico preferido era el de las poesías de don José de Espronceda.

No cabe la menor duda de que "Las mil y una noches" — que han constituido luego una de mis lecturas favoritas — influyeron, por manera principal, en algunos aspectos de mi Arte. No creo que en mi Arte se haya dejado sentir la influencia de Espronceda, que sí,

en cambio, se ha dejado sentir en mi vida.

Ya he explicado cómo Aladino y Simbad fueron personajes decisivos en los primeros años de mi vida, proyectándose en el fondo de mi Arte. La lectura de Espronceda determinó, inicialmente, la inquietud byroniana que, refluendo en mi Arte, ha agitado mi vida.

Respecto a "Las mil y una noches", mi opinión entusiasta ha aumentado con los años, hasta estimar tal colección de leyendas maravillosas como una suerte de Biblia profana o de Epopeya Oriental, rica en episodios dignos de las mejores páginas homéricas y danesas.

Tocante a Espronceda — primer poeta que leí, por ser el preferido de mi madre — me complace recordar la opinión que, en cierta plática, en que le hice conocer mis simpatías por ese gran lírico español, me dió don Manuel González Prada: —"El Estudiante de Salamanca" no es inferior a las más bellas leyendas alemanas e inglesas; y el prólogo del "Diablo Mundo" es comparable al prólogo del "Fausto".

A los siete años de edad, sentí despertar el deseo extraño de escribir en verso. El escritor tacneño Cirilo Carbajal, hermano de un poeta y muy bien conocido y reputado entre sus coterráneos de tal época, hizo una ligera corrección en mi primer ensayo infantil. Lo que él no supo, sino sólo mi madre, que ha de conservar aún tales papeles míos, es la osadía con que, de los siete a los ocho años de edad, emprendí, en las más diversas formas métricas, nada menos que la continuación del "Diablo Mundo".

A los doce años hago mi primera publicación; y hasta los catorce colaboro en las revistas "Fin de Siglo" y "Perú Ilustrado": ya he dicho que a los quince años confeccioné un número de esta última revista.

Es desde tal momento que cobra mayor brío mi vocación lírica.

Colaboro en las revistas más importantes del Continente, de Nueva York a Buenos Aires; y lanzo en Lima, en entregas semanales, una publicación de poemas con un título que hacía sospechar la índole preferente de mi posterior Arte vernáculo: "Selva Virgen".

El ambiente festivo de Lima ya no ahogaba el lirismo; y, por el contrario, la voz profética de don Manuel González Prada había acostumbrado el oído público al tono mayor. El poeta no tenía por qué ya presentarse en actitud temerosa, ni menos dolido de su suerte: así se explica la arrogancia con que lancé mi "Selva Virgen", no solicitando, sino exigiendo el favor público.

El sabio geólogo Carlos I. Lissón — mi muy querido compañero de entonces, cultivador de la poesía con tanto acierto como de la ciencia lo ha sido luego — ha de recordar la proclama retadora, que él mucho me celebró, con que hube de presentarme ante el público de Lima, poco menos que arrojándole a la cara las entregas líricas de mi "Selva Virgen". Las palabras iniciales no podían haber sido más significativas: —"Altivo por temperamento y por escuela, no demandé del público favor alguno, sino que le ofrezco oportunidad para que acogiendo mis poemas demuestre su cultura".

Me satisface hacer constar que nadie se rió de mí. El ambiente me fué propicio. Pude, por varias semanas, publicar mis entregas líricas. Tales poemas quedaron refundidos en la colección que, corridos algunos años, publiqué con el mismo título de "Selva Virgen".

La guerra del 79 había formado el ambiente de que surgió una prosa bíblica y luego una poesía viril, un profeta y luego un poeta, don Manuel González Prada y luego yo.

Entre los quince y diez y ocho años, mi lirismo se cristalizó en dos libros. Hay que anotar que don Manuel González Prada se había ausentado a Europa, que don Luis Benjamín Cisneros no había aún regresado al Perú, y que don Ricardo Palma nunca fué consultado en relación a mis ensayos líricos, a pesar del cariño que me tuviera y de la intimidad mía con sus hijos, que podrían ahora desmentirme. No tuve, pues, en mis primeros pasos como poeta, consultor a quien pedir opinión ni autoridad a quien confiarme.

Cuando, en octubre de 1892, don Ricardo Palma representó al Perú en España, en la celebración del cuarto Centenario del Descubrimiento de América — en la que representó a Nicaragua Rubén Darío — tenía yo diez y siete años y me encontraba en la gestación de mis dos libros de poemas.

Al cumplir yo los diez y ocho años en la prisión y tener luego un reposo obligado en San Pedro de los Chorrillos, quedaron concluidos ambos libros, que salieron a la luz simultáneamente al triunfar la revolución en el Perú y disponer yo de la Imprenta del Estado en 1895.

Ya he dado por no escritos cuantos libros de poemas aparecieron con mi nombre antes de "Alma América". Ello me permite apreciar mi labor inicial con el título que me da el haberme demostrado, públicamente, no satisfecho de ella. La obra poética puede ser deficiente en su iniciación, pero es interesante seguir al través de ella la aparición y el desarrollo de la personalidad del poeta.

Mis dos primeros libros de poemas fueron los titulados, respectivamente, "Iras Santas" y "En la Aldea". Los títulos proyectan dos estados de espíritus contrapuestos: uno, de lucha; y otro, de paz. El primero, en actitud dinámica; el segundo, en actitud contemplativa.

No fueron dos colecciones de poemas, sino dos poemas fragmentarios. En cada uno de dichos libros hay establecida la unidad fundamental, que los distingue de simples colecciones. Ambos libros no podrían refundirse en uno solo, ni menos podría en el uno intercalarse fragmentos del otro sin romper la armonía. Ello se debe a que no se trata de labor "intelectual", sino de producto "emocional". La poesía lírica tiene que ser emoción antes de hacerse fantasía. El que no vive su Arte no es Poeta.

No hay una sola página de "Iras Santas" y "En la Aldea" que no haya sido, intensamente, vivida por mí. No es posible confundir uno con otro libro, de la misma manera que no es posible confundir mi vida de la lucha y de la prisión con mi vida en el ambiente aldeano de San Pedro de los Chorrillos. Nada debí en ambos libros a nadie ni a otra cosa que no fuera el propio ambiente en que los viví.

Ambos libros, por la índole

de sus poemas, tuvieron un sabor de hispano-americanismo característico, que a "Iras Santas" le dió la revolución peruana de que fué el verbo lírico y a "En la Aldea" le dió el villorrio entonces de San Pedro de los Chorrillos en que reposé de mis fatigas. En uno de dichos libros de poemas, se puede tomar el pulso a todo lo que caracteriza una revolución hispano-americana sin muchas modificaciones en la actualidad; en el otro libro, se puede respirar el aire del mar y del campo, en forma que llega a caracterizar un balneario limeño entre un cañaveral cultivado por asiáticos y por africanos.

El fondo de "Iras Santas" es, propiamente, el de una poesía civil. El fondo de "En la Aldea", dentro de la tranquilidad ecológica de la costa peruana, el de una poesía panteísta.

La poesía en ambos libros aparece en bloque. El poeta civil y el poeta panteísta se evidencian, dentro de las manifestaciones en ambos libros de poesía virginal, rudimentaria, primitiva. Rubén Darío me hubó de decir en presencia de Manuel Machado, en Madrid, que él consideró siempre "Iras Santas" como un libro de poesía superior a "Gritos del Combate", de Núñez de Arce; a las sinceras objeciones que le hice, replicóme con acierto que una cosa era la "poesía" y otra la "cultura" de un niño y la de un hombre ya maduro. Daniel de la Vega, alto exponente de la poesía actual de Chile, me lo acaba de repetir, asegurándome que nadie para él tiene dos libros iniciales de poesía más consistente: —Serán todo lo incorrectos que se quiera, pero son dos libros "macizos". —Así me lo ha dicho el gran poeta chileno, en buen acuerdo con Rubén. Respeto ambas opiniones, pero les soy adverso, aunque tengo que convenir en que no es lo mismo obra de "cultura" que obra de "poesía".

Hay en "Iras Santas" algunos poemas que yo remozaría: "El Sermón de la Montaña", "La Alondra", "Dolor", "En la Mazmorra"... Mi cultura de ahora daría de buen grado otra expresión a mi poesía de entonces; tal vez, si, lo que ganara la forma, lo perdería el fondo; porque la poesía es un estado de espíritu y todo estado de espíritu tiene su expresión. "En la Aldea" — cuyo fondo no es agitado y cuya forma, por lo mismo, tiene que ser menos incorrecta — ofrécame buen número de aciertos de expresión que yo ahora apenas tendría que cambiar: "El Gallo", "El Pavo Real", "Arboles Viejos", "Monte y Campaña", "El Buey", soneto éste que nada tiene que envidiar al tan famoso de Carducci.

"Iras Santas" tiene sus naturales precedentes en todos los libros de poesía civil, que expresan estados de espíritu semejantes a aquel en que viví mi libro; "En la Aldea" no tiene precedentes en castellano, ni en ningún otro idioma, que yo sepa. Estos dos libros iniciales — sobre los que he detenido toda mi atención — fueron como los dos rieles que quedaron tendidos, para que luego discurren sobre ellos todo mi Arte y toda mi vida, que, en realidad, son lo mismo. ¿Qué es, en efecto, este o aquel episodio de mi vida, sino una página renovada de "Iras Santas"? ¿Qué fué "Alma América" y qué va a ser gran parte de "Oro de Indias", sino proyecciones continentales de "En la Aldea"? En el primero de estos libros, se siente uno de los caracteres de mi Arte y de mi vida: la fuerza; en el segundo, se siente el otro de dichos caracteres: la melancolía. En el primero, el amor apenas se deja percibir: es de tal tiempo, el sueño fugitivo de "Ave de Paso"; en

LA RIQUEZA DE LAS ISLAS ORCADAS



Don Manuel González Prada



El poeta Chocano al publicar sus dos primeros libros a los 20 años

el segundo, el amor se va suspirando tras del recuerdo de lo que fué, años antes, en ese ambiente aldeano, mi heroína lamartiniiana... Ambos libros, defectuosos, están llenos de una verdadera poesía vital.

"Iras Santas", a los pocos años, se proyecta en "La Epopeya del Morro". A su vez, "En la Aldea" se proyecta en "El Derrumbamiento". Este engendra "Alma América", en la que por la evocación histórica pasa el soplo heroico que viene de "Iras Santas" y en la que la contemplación panteísta hace recordar "En la Aldea".

"La Epopeya del Morro" es un poema extenso, de las condiciones del "Canto Epico a las Glorias de Chile" por Rubén. Se me figura como una mole de granito, en que se pudo tallar más de una estatua. Abunda en aciertos de concepción y de expresión, revelando aptitudes que a los veinte años de edad no es posible que luzcan ya disciplinadas. El ardor patriótico no facilita la perfección artística. Trátase de un documento de poesía hispano-americana muy característica — ya que a episodios de la Guerra del Pacifico se refiere —; y en el que es muy de notarse que, a pesar de mi temperamento combativo, de la exuberancia natural de mis veinte años y del apasionamiento predominante en Perú y Chile, logro que el heroísmo del vencido resalte, sin provocar la cólera del vencedor. Así es como el gran historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna — en cuyas páginas bebí inspiración para tal poema — pudo elogiarme en forma que obligó mi reconocimiento. "El Derrumbamiento" es el poema que recojo del viaje que me pone en contacto con la selva.

Cuando don Manuel González Prada regresa de Europa a Lima, ya he publicado mis libros iniciales y hasta fragmentos del poema en que con motivo del viaje a la montaña, cobro la conciencia de encontrarme a mi mismo.

Como llega fragmentado tal poema al conocimiento de González Prada, éste pronuncia su opinión sólo sobre la obra que yo doy luego por no escrita. Es interesante recoger la impresión que al profeta le hace encontrarse, de regreso a Lima, con un poeta.

He aquí algunas de las opiniones que González Prada emite: —"Al revés de muchos poetas que se inician cantando el amor o quejándose de la vida, José Santos Chocano no apareció fulminando himnos batalladores y revolucionarios. Si en las primeras inspiraciones figura el amor, es incidentalmente; si vibra el lamento, no es por los males de la vida, sino por la miseria social y las iniquidades políticas".

Tras de reconocerse como bardo civil, me concede el donaire lírico de "abofetear con rosas mojadas en vitriolo" y

establece que en "Iras Santas" abundan trozos que resumen la historia de "nuestra vida social y política". Anota finalmente: —"A pesar del odio y de la rabia que truenan en "Iras Santas" se siente de "cuando en cuando el soplo de una brisa mansa y refrigerante, algo como un aliento de elevación y generosidad: sirva de único ejemplo "El Sermon de la Montaña".

González Prada se refiere luego a "En la Aldea"; y dice que "al leer ambos libros, obra más bien de un niño que de un hombre, se admira ya la eclosión de todas las facultades".

Es muy clara la nota en que hace él su distintiva observación: —"Si en "Iras Santas" el "apaciguamiento y la serenidad brillan como fulguraciones instantáneas, en "En la Aldea" la cólera y el odio se transforman en amor, dulzura, contemplación y vago "misticismo". Llamando la atención de la crítica sobre estas cualidades que González Prada señala, confirmo yo el que en uno y otro de mis dos libros iniciales, respectivamente, aparecen ya caracterizadas la fuerza y la melancolía de mi Arte, que son las de mi vida.

Selección a, acertadamente, desde entonces, González Prada, las mismas notas líricas de "En la Aldea" que son ahora de mi agrado: "El Buey", "Monte y Campaña", "El Pavo Real", "El Gallo"...

Con su estilo sentencioso, dice él que en "Iras Santas" le doy una violenta sacudida a la musa, mientras que en "En la Aldea" me dejo poseer por la Naturaleza.

Reproduzco al azar algunas de las frases con que saluda en mí al Poeta, el espíritu profético de don Manuel González Prada:

—"Si de muchos hombres se ha dicho que vivieron en estado de gracia, puede afirmarse que Chocano vive en estado de poesía". Es así cómo he dicho que siempre viví mi Arte.

—"En literatura, como en política, los mediocres y los nulos se aglutinan en montones o se aglomeran en racimos, mientras los hombres de mérito se aíslan y defienden su personalidad". No puede quedar más desnudo y patente, desde entonces, mi individualismo de todo momento.

—"Si Chocano no pertenece ni quiere pertenecer a ninguna escuela, ¿cómo clasificarle? A Lamartine lo llamaron un laquista, a Victor Hugo un español. ¿No se le podría llamar un indostánico?... El producto genuino de su evolución cerebral, guarda mu-



A reciente partida de los miembros de la comisión que anualmente envía el Ministerio de Agricultura de la Na-

ción para continuar las observaciones científicas del Observatorio Nacional Magnético y Meteorológico de las Islas Orcadas ha despertado momentáneamente la atención general sobre el alejado archipiélago del Sur. El informe oficial de la anterior comisión contiene datos y observaciones de gran interés, que conviene difundir.

Parecería que la nieve que cubre constantemente en sus tres cuartas partes las islas roquizas, en cuyas estratificaciones no se alberga la más mínima partícula de tierra, enfriara la curiosidad ambiente, que se excitó hace cuatro años, apasionando los espíritus, cuando se renovó oficialmente la vieja cuestión de dominio patrio. Y se explica el olvido, en la creencia ambiente de la inhospitalidad y aun en lo inútil de la hospitalidad de aquel Estado — porque es el Estado de Falkland — asentada en las descripciones lóbregas de la sábana blanca, perenne hasta el más allá, que impide dinamisos de vida y que alguna película confirmó en la visión de paisajes espléndidos, en los que no aparece el atrayente verdor de una planta y donde la figura moviente del hombre es una excepción. He ahí el error. Si fueron consideradas las Orcadas como unas islas más en las regiones subpolares, cuando Powell las descubrió en 1821, 16 años más tarde el navegante francés Dumont D'Urville las visitó, permaneciendo en ellas unos cinco días, que le

bastaron para darse cuenta, y así decirlo, que en sus heladas aguas había una fortuna.

Marcó ello la iniciación de variadas expediciones. Unas buscaron las probabilidades de recoger provecho material; otras, las magníficas, llegaron tras el ideal de un dato científico. Confirmando éste, fué el gobierno argentino el que se preocupó por enriquecer su caudal de observaciones magnéticas, meteorológicas u oceanográficas, y pronto, el 22 de este mes, hará 27 años que el pabellón argentino cobija el elogiado Observatorio Nacional.

Pero el público, aun cuando no ignora el valor trascendente de su labor silenciosa, siente más la emoción del confinamiento voluntario de los que van a rodearse de silencio y de hielo. Es que piensa en la influencia desastrosa para la salud, de un año de vida allí, donde en realidad el clima es muy duro pero sano, y desearía acortar el lapso del relevo, para atenuar el aislamiento completo y la privación absoluta de sociedad de los que se van. Y en verdad, no es consolador el aspecto de los heleros eternos, terminando a pico sobre el mar, y donde en las raras superficies descubiertas apenas se nota la presencia de líquenes escasos y algunos musgos y donde la fauna está limitada a focas, pingüinos, cormoranes, gaviotas y petreles. Es en el mar donde se quiebra la fuerte impresión de la blanca soledad; donde pasan, pigmentando las aguas heladas, las ballenas y los elefantes marinos, que valorizan en forma incalculable las aguas del Sur.

La pesca de ballenas implica fructíferos impuestos para el gobierno británico y pingües ganancias para los que a ella

se dedican. Fuertes empresas extranjeras, la mayor parte noruegas, fletan más de veinte barcos, y en Georgia, por otra parte, existen cinco grandes factorías con amplias instalaciones y gran cantidad de obreros con elevados salarios. Alrededor de las Islas Orcadas del Sur actúan los balleneros, verdaderas factorías flotantes, denominados Orwell, Saragosa, Southern Cross, etc.; la Compañía Argentina de Pesca está instalada en South Georgia. El trabajo de todas representa una matanza anual de unas veinte mil ballenas, lo que es una cantidad nada despreciable, sin contar el guano y el aceite del elefante marino. Vista la ganancia a través del impuesto, consignáremos que un barco-factoría abona por impuesto de los 40.000 barriles de aceite que industrializa durante los cuatro meses que dura la pesca y faena de las ballenas la cantidad de 4000 libras esterlinas. Si consideramos la región como una de las más críticas del mundo para la vida del hombre, es de suponer que la ganancia comercial compensará con creces el sacrificio.

El próximo verano probablemente las Orcadas atraerán vivamente la atención mundial. Es que como resultado del Congreso Meteorológico de Copenhague, las naciones europeas preparan una expedición internacional para hacer estudios en las regiones polares australes. La ciencia se enriquecerá, no hay duda, pero no es de olvidar que podrá estudiarse lo que es ajeno a la ciencia, pero que interesa igualmente: el establecimiento de mayor cantidad de factorías balleneras, es decir la explotación en gran escala de las riquezas de las Orcadas del Sur.

MILAGROS DE SAN ANTONIO

(Continuación de la pág. 18)

santo con su hábito de franciscano, su rostro de serafín y su niño Jesús al cuello.

Mañana y noche, al levantarse y al acostarse, la acongojada niña rezaba y rezaba oraciones llenas de vehemencia y de unción. Entreveradas con ellas intercalaba coplas del pueblo, que también son oraciones a su modo, como aquella en que las muchachas que perdieron el sueño y la salud por la impaciencia de ser amadas, piden al santo que les cumpla sus anhelos, dando a su rostro las rosas del amor satisfecho: "San Antonio bendito, — ramo de flores, — a las descoloridas — dales colores..."

Pero el milagro no llegaba, no obstante ser tan deseado y solicitado. Hasta que cierta tarde, al sonar el ángelus, la impaciente niña, cansada de esperar, arrancó de su altar la pesada imagen y, en un impulsivo acceso de rabia, arrojó por la ventana a la calle.

Con esta acción brusca e impensada, sacrilega en apariencia, afloraron a la superficie de aquella alma inquieta, milenarios resabios de un fetichismo rudimentario y salvaje. Como el negro que llena de clavos la cabeza del ídolo; como el rudo pueblo peninsular que todavía hoy ahoga en los pozos las imágenes de los santos que no acceden a sus requerimientos, así aquella mo-

—"maestros que le enseñen, ni modelos que le inspiren, Chocano se lo debe todo a sí mismo. Todo se lo debe a su es-" fuerzo solitario". Tal frase, enaltecedora de mi aislamiento, coincide con el mote heráldico de que he hecho el lema de mi Arte: —"O encuentro camino o me lo abro".

González Prada concluye, sobre la base de cuanto a los pocos años di por no escrito, reconociéndome ya entonces

za, más llena tal vez de amargura que de ansia amorosa, venía a repetir inconscientemente un rito bárbaro, familiar a las tribus primitivas, cuya religiosidad confusa no sabía aún distinguir los dioses de las hadas y los demonios.

Pero en la liviana cabecita de la irritada muchacha no existía nada parecido a ninguna reflexión histórica o de filosofía de las religiones de esta índole. Más fácil hubiera sido encontrar en ella una niebla de sentimientos invasores rellenando el vacío que debía ser ocupado por la razón y las ideas. Si alguna vez tuvo algo semejante, disolviéronse del todo ante su delirio histérico. De él volvió cuando a sus oídos de iconoclasta llegó un ruido enorme de correrías y de voces. Y este ruido inesperado la devolvió a la realidad.

Asomándose a la ventana por la que había arrojado poco antes la imagen del santo, la niña vio en la calle un cuantioso grupo de gentes que gritaba. Comprendió entonces que la imagen, antes de estrellarse en la calle, había debido herir, acaso mortalmente, a algún transeúnte.

Dándose cuenta súbitamente de su locura o de su responsabilidad, atravesó desparpajada la habitación, transpuso velozmente el corredor que la separaba de la escalera, descendió al vestíbulo y se encontró en la calle.

como "el Poeta Nacional del Perú".

La Guerra del Pacifico creó en Lima un nuevo ambiente, en el que se formó un gran prosador, que fué don Manuel González Prada, y, más tarde, proclamado por esta misma voz profética, un Poeta, que fuí yo.

Así, entre la una y la otra mitad de mi adolescencia, definitivamente, surgió mi poesía.

(Continuad.)

— ¡Qué pena! ¡qué pena! — decían las mujeres con lágrimas en los ojos — ¡Un muchacho tan buen mozo!

Era, efectivamente, un joven de bella presencia y fino rostro quien yacía ensangrentado y sin sentido.

— ¡Llévenlo arriba! — gritó la muchacha a sus criados, que habían salido a la calle en pos de ella.

Y lleváronlo arriba, y arriba se curó al cabo de unos días, porque sus heridas no eran mortales y porque los padres de la muchacha no escatimaron médicos ni farmacia para salvar a aquel muchacho, hijo de familia ilustre, rico y dotado de excelentes prendas. No hace falta decir que éste no podía haber encontrado en el mundo una enfermera más atenta, desvelada y amorosa que aquella que estuvo a punto de ser casi su asesina...

¿Necesitará todavía el lector de una participación de casamiento? Su perspicacia habrá averiguado ya que ambos jóvenes se casaron, que fueron muy felices y tuvieron larga y próspera descendencia. Y nunca el buen San Antonio fué tan casamentero como aquella vez en que, arrojado a la calle por incompetente, agarró el mejor de los novios, como suele decirse, por los cabellos...

**POLVO**  
**VAJENOL**  
**ANTI-SUDORAL**  
PARA LOS  
**PIES, MANOS**  
**Y AXILAS**



TODO ERA IGUAL

Dibujos de GEO McMANUS



# El misterioso crimen del escarabajo De cómo un policía tiene que libertar al Dr. Bliss

Por S. S. Van Dine

CAPITULO XVI

**CONVENDRA** usted conmigo, Markham — si-guilo Vance — en que la demostración que acabo de realizar hace posible la tesis de que el crimen fuera cometido por una persona ausente en el momento de ocurrir aquí y, por lo tanto, anula uno de los cargos principales de usted contra el doctor Bliss, o sea el de oportunidad y proximidad. Y unida al detalle del opio descubierto en la taza de café, esta demostración proporciona al doctor Bliss una coartada tal vez no absoluta, pero convincente desde luego.

—En efecto... — respondió Markham con lentitud deliberada —. Los elementos negativos que usted ha descubierto tienden a anular los cargos del escarabajo, el informe financiero y las huellas sangrientas. No cabe duda de que el doctor Bliss podría exhibir una fuerte defensa.

—Lo que pudiéramos llamar una duda razonable, ¿verdad? — replicó Vance haciendo una mueca —. Bella frase, vacía, naturalmente, pero típicamente legal. Como si los hombres fuesen capaces de ser razonables... Y no olvide usted tampoco, querido Markham, el pomero de que si el doctor hubiese querido quitar de enmedio a Kyle dándole un porrazo con la estatua de Sakhmet, no habríamos hallado evidencia alguna de la existencia de la trampa mortal. Si el propósito de Bliss hubiera sido matar a Kyle, ¿a santo de qué íbamos a encontrar encima de ese armario un trocito de lápiz cuidadosamente preparado para actuar de puntal?

—Tiene usted razón completa — confesó Markham —. Un abogado defensor inteligente podría reducir a migajas mi acusación contra el doctor.

—Además — añadió Vance sentándose y cruzando las piernas — examine usted sus cargos acusadores, señor juez. El alfiler del escarabajo que apareció junto al cadáver pudo perfectamente haber sido substraído anoche por cualquiera de las personas que asistieron a la conferencia, y dejado allí. Nada tampoco más fácil para el asesino que, tras de narcotizar al doctor, llevarse el alfiler — y al mismo tiempo el informe financiero — esta misma mañana. Ya saben ustedes que la puerta del despacho no se cierra nunca con llave. En cuanto al zapato de tenis, piense usted también, Markham, que cualquiera persona de la casa se encontraba en condiciones de introducirse en el dormitorio del doctor Bliss, llevarse el zapato, dejar las huellas sangrientas, y arrojarlo después en el cesto de los papeles mientras el doctor dormía bajo los efectos del opio... Y recuerde usted asimismo la ventana del despacho, cerrada a piedra y lodo y con la persiana corrida. ¿No indica, por ventura, que hubo allí alguien a quien interesaba mucho que sus maniobras no fueran presenciadas desde la casa vecina?

Vance dió con delectación una fumada a su cigarro y lanzó una alta espiral de humo.

—No tengo nada de Demóstenes, querido Markham — afirmó — pero me comprometería desde ahora a defender al doctor Bliss ante un tribunal y a conseguir su absolución.



Markham empezó a pasear de un lado a otro con las manos a la espalda.

—La presencia del opio en la taza de café y la existencia de esa trampa — admitió al fin — arrojan nueva luz sobre el caso entero. Privan de valor concreto las actuaciones realizadas hasta el momento, y hace posible, y hasta plausible, la tesis de la culpabilidad de alguien más.

Se interrumpió bruscamente para interpelar a Heath.

—¿Qué opina usted de todo esto, comisario?

Heath no sabía, evidentemente, qué opinar.

—Estoy hecho un verdadero lío... — murmuró al cabo de una pausa —. Teníamos ya el plato perfectamente cocinado y listo para servirlo, y sale de repente Mr. Vance con uno de sus acostumbrados trucos agudos y nos echa a perder el guiso... Lanzó a Vance una mirada iracunda.

—Le juro a usted por mi vida — dijo con desprecio olímpico — que debería usted ser abogado, Mr. Vance...

Markham no pudo contener una sonrisa, pero Vance meneó tristemente la cabeza y se volvió hacia Heath con aire ofendido.

—No hace falta insultar, comisario — protestó cómicamente —. Estoy esforzándome en evitar que Mr. Markham y usted cometan una plancha gigantesca, y en recompensa de mi noble intención me dice usted encima que debería ser abogado. Esto es lo que se saca por querer hacerle favores a la gente...

—Déjemonos de chistes — intervino Markham, demasiado preocupado para tener ganas de broma —. Ha expuesto usted una tesis lógica, pero al exponerla ha aumentado usted en términos abrumadores para mí las graves perspectivas del problema.

—Sin embargo — insistió Heath — lo que sobra todavía son cargos acusadores contra el doctor Bliss.

—Es cierto, comisario — respondió Vance tornando a su modo serio y pensativo —. Pero mucho me temo que todos esos cargos no resistan a un minucioso examen posterior.

—¿Supone usted, por lo que veo — preguntó Markham — que las huellas acusadoras fueron dejadas deliberada y maliciosamente por el asesino de tal modo que desviarán la acción de la justicia contra el doctor Bliss?

—¿Le parece a usted ello tan raro? ¿No es frecuente que los criminales traten de arrojar sospechas sobre cualquier otra persona ajena al delito? ¿No

está llena la historia del crimen de casos de hombres inocentes condenados en virtud de pruebas circunstanciales de culpabilidad? ¿Y no es perfectamente lógico pensar que estas pruebas susceptibles de inducir a error fuesen dejadas deliberadamente por los culpables verdaderos?

—Sin embargo — afirmó Markham — no puedo desconocer tampoco a esta altura de las circunstancias los cargos concretos que pesan sobre el doctor Bliss. Antes de declararle inocente necesitaré estar convencido de la existencia de un complot urdido en contra suya.

—¿Y en lo que se refiere a su arresto?

Markham titubeó. Me pareció que se daba cuenta de que no era posible mantener aquél después de lo ocurrido.

—No hay medio, claro está — dijo al fin — de tenerle arrestado conociendo como conocemos los extremos contradictorios puestos de relieve por usted... Pero — añadió duramente — no estoy tampoco dispuesto a ignorar las fuertes pruebas que le acusan.

—¿Y qué hace un juez en una emergencia legal tan difícilísima?

Markham guardó silencio unos instantes y dió unas cuantas fumadas a su cigarro con evidente preocupación.

—Voy a someter a Bliss a estrecha vigilancia — decidí por último.

Se volvió hacia Heath.

—Puede usted ordenar a sus hombres que pongan en libertad al doctor Bliss, comisario — y añadió — pero tome usted las medidas necesarias para que sea vigilado día y noche.

—Encantado, señor — respondió Heath dirigiéndose a la escalera.

—¡Ah! — exclamó Markham —. Y diga usted al doctor Bliss que bajo ningún pretexto debe abandonar esta casa hasta verme a mí.

Heath desapareció a través de la puerta metálica.

(Viernes 13 de julio; 2.30 tarde)

Markham encendió otro cigarro y se dejó caer pesadamente en uno de los sillones plegadizos, frente a Vance.

—La situación empieza a hacerse grave y compleja — dijo suspirando hondamente.

—Más sería de lo que usted cree — respondió Vance —. Y mucho más compleja también... Le aseguro a usted, Markham, que este asesinato es uno de los complots criminales más extraordinarios y sutiles en que usted y yo hemos intervenido hasta ahora. Superficialmente parece claro y simple. El autor

del crimen "quiso" que pareciera así, y la interpretación primera que usted dió a las pruebas halladas era justamente la que el asesino quería que diese usted.

Markham lanzó a Vance una aguda mirada.

—¿Tiene usted alguna idea concreta acerca de la índole de este complot? — preguntó.

Y más que pregunta, sus palabras eran una afirmación.

—Sí, desde luego... — replicó Vance volviendo a su manera evasiva habitual —. Una idea concreta, dice usted? La tengo, en efecto, pero no es lo que pudiéramos calificar de idea brillante, iluminadora, definitiva.

Sospeché desde el primer momento la existencia de un plan diabólico, y las huellas sucesivas que fuimos encontrando robustecieron mi teoría. Pero la hipótesis que abrigo se encuentra todavía en el estado de nebulosa, y el objeto preciso del plan no se me alcanza en modo alguno. Sabemos ya, sin embargo, que los rastros superficiales son de carácter tal a inducir deliberadamente a error, y ello nos permitirá seguramente descubrir la verdad.

Markham se irguió, agresivo.

—¿Usted sabe algo?

—¿Yo? Pobre de mí... — sonrió suavemente Vance —. Me adula usted de una manera abominable, querido amigo... Mi mente se encuentra envuelta en nubes y sombras. Está llena de neblina lloviznosa, de vaho, tufo y vapor de agua. Está cirrosa y nubifera, atestada de cúmulos y estratos, de fusilagos y "colas de caballo"... Está, en una palabra, nefológica.

—Prescinda usted de su endiablado vocabulario meteorológico, y recuerde que no soy más que un pobre e ignorante juez de instrucción! — exclamó Markham con sarcasmo exasperado —. Le agradecería más que tuviera la gentileza de sugerirme cuál habrá de ser nuestro paso inmediato. Le confieso a usted con entera franqueza que, aparte el interrogar a todas las personas que viven en esta casa, no se me ocurre medio alguno de abordar el problema. Porque si Bliss no es culpable, se hace entonces evidente que el crimen fué cometido por alguien que estaba no solamente al tanto de lo que aquí pasaba, sino que tenía también fácil acceso a la casa.

—A mí entender — respondió Vance — deberíamos empeñar por saber la situación recíproca... las relaciones existentes entre las personas que aquí viven. Me proporcionaría ella informaciones útiles y tal vez nos diera, incluso, una base en que apoyar nuestra actua-

Ilustración de Pedro Delucchi

ción subsiguiente. La solución de este problema, Markham — se inclinó hacia él —, depende integra de que consigamos averiguar el motivo del crimen. Y este motivo ofrece ramificaciones por demás siniestras. El asesinato de Kyle no es un asesinato vulgar de todos los días. Fué proyectado con una minucia y una inteligencia rayanas en el genio. Solamente un incentivo formidable pudo haberlo provocado. Detrás de este crimen hay un no sé qué de fanatismo, una idea fija, poderosa y terrible, una voluntad cruel e implacable... El crimen en sí no ha sido más que el prólogo de algo mucho más feroz, más maquiavélico todavía... No ha sido más que un jalón de la ruta trazada, y lo que hay al cabo de esta ruta es cien mil veces más odioso y cobarde que la eliminación de Kyle. Un asesino "honrado", limpio, claro, puede hallar en ocasiones justificación o, cuando menos, atenuante. Pero en este caso, el criminal miserable no se ha detenido en el asesinato, sino que lo ha utilizado como un arma para esgrimir contra una persona inocente...

—Concediendo que todo eso sea verdad — dijo Markham levantándose nervioso y apoyándose en una de las vitrinas que contenían los "shawabts" —, ¿quiere usted decirme cómo podremos enterarnos de las relaciones que existen entre las personas que aquí viven sin preguntárselo a ellas mismas?

—Pues interrogando justamente a aquella que se encuentra al margen de la familia y los familiares.

—¿A Scarlett?

Vance afirmó.

—Scarlett sabe sin duda alguna bastante más de lo que nos ha referido. Lleva dos años formando parte de la expedición Bliss. Ha vivido en Egipto y conoce las interioridades de la familia, su historia... ¿Por qué no le llama usted un momento, antes de someter a los demás al interrogatorio de práctica? Hay varios extremos que me gustaría poner bien claro en seguida.

Markham miró fijamente a Vance y meneó la cabeza.

—Usted se trae algo entre manos, Vance, y no son nimbos, cúmulos, estratos ni cirros... Muy bien: llamaré a Scarlett para que pueda usted interrogarle a su antojo.

Heath regresó en aquel momento al museo.

—El doctor Bliss ha subido a su dormitorio, y se le ha ordenado que permanezca allí sin moverse — informó —. El resto de la gente se encuentra en la salita, y Hennessy y Emery se han encargado de la vigilancia. He despedido el coche celular. Snitkin monta la guardia en la puerta de la calle.

No había yo visto nunca a Heath tan desalentado.

—¿Qué hizo el doctor Bliss cuando le anunció usted que quedaba en libertad? — preguntó Vance.

—Pareció tenerle completamente sin cuidado — respondió el comisario en tono de disgusto —. No despegó siquiera los labios. Se limitó a subir la escalera con la cabeza gacha como lelo... Es un tipo raro, el tal doctor...

—La mayoría de los egiptólogos son tipos raros, amigo mío — observó Vance por consolarle.

Markham se impacientaba de nuevo. Se volvió bruscamente hacia Heath.

—Mr. Vance y yo hemos acordado interrogar a M. Scarlett antes de proseguir las actuaciones — dijo con sequedad —. Le ruego que se sirva llamarle.

(Continúa)

# BRIDGE DEL REMATE EN CONTRATO



**V**OY a estudiar el Remate en Contrato Americano, advirtiendo a mis lectores que debemos tener siempre presente que en es-

te nuevo Bridge sólo se anotan, a los fines de ganar un "game", las bazas contratadas y cumplidas. Algo muy importante es también que los contratos de seis y siete bazas cumplidos tienen un premio extraordinario.

La declaración o elección del triunfo puede ser considerada como la base del contrato. Ella constituye, por otra parte, la principal dificultad y suscita entre los aficionados divergencias de opiniones. Los unos se afirman partidarios de la declaración segura, absteniéndose en toda otra circunstancia; los otros repudian la abstención tímida, prefiriendo la declaración informativa fácil, y de ahí resulta la falta de uniformidad en los métodos de la declaración.

Yo creo que la verdad está en el buen término medio: prudente, pero no pusilánime, y audaz, sin llegar a la temeridad. Mi experiencia del Bridge me permite afirmar que los grandes perdedores son los jugadores habitualmente imprudentes, que, por no aceptar como inevitable la pérdida de un "game" o partido, se abocan a defensas imposibles, y aquellos otros que ambicionan e intentan en cada mano la obtención de premios extraordinarios.

El jugador que declara no debe nunca olvidar que tiene un compañero con quien debe consultar, procediendo siempre de acuerdo para llegar al mejor resultado.

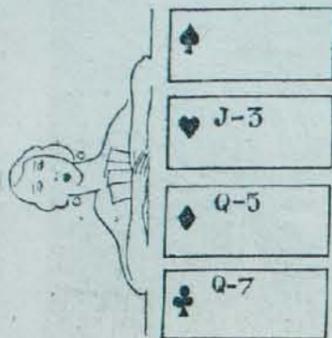
La audacia sólo puede justificarse en dos casos: primero, y de una manera general, estando en ganancia y sintiéndose con suerte, y segundo, para evitar la pérdida de un "game" en situación favorable (no vulnerable) y a costa de una pequeña pérdida. Cometer entonces una ligera imprudencia, con la esperanza de recuperar los puntos perdidos con la obtención del "game" en otra mano, es excusable, pero no debe abusarse de esta peligrosa especulación.

Toda declaración debe visar como finalidad el "game" ante todo y el contrato debe tender a estar de acuerdo con las necesidades del "score"; las pretensiones al "slam" deben hacerse notar de una manera especial. Así, por ejemplo, teniendo sesenta puntos anotados en un "game", una declaración de "dos" en un palo menor demuestra que el declarante espera ganar ese "game" con el triunfo que ha elegido y que no desea que el compañero aumente ni cambie ese contrato. No tendría el mismo sentido una declaración de "dos" en un palo menor estando el "score" cero a cero: el declarante en es-

tas condiciones indica fuerza y ambición.

Una declaración mayor que las necesidades del "score" demuestra grandes pretensiones. Así, por ejemplo, con sesenta puntos anotados en un "game", el jugador que declara tres razones invita al compañero al "slam" y le propone que remate con ese fin.

Hay una situación del remate del contrato que debe ser bien comprendida. Si no se está en condiciones de realizar

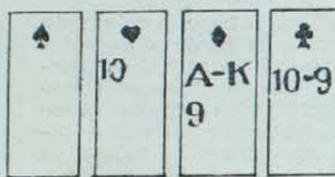
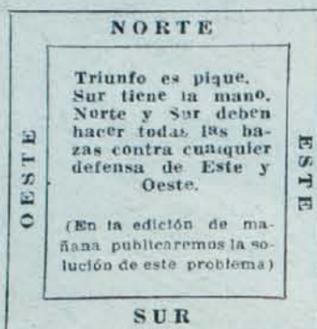
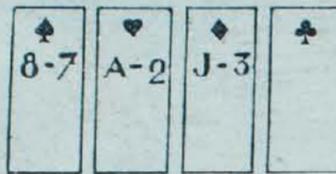


una declaración capaz de ganar el "game", resulta más beneficioso declarar, al iniciarse en el remate, el mínimo.

En Auction no se pierde nada si el compañero del que ha declarado "uno" de un palo aumenta este remate hasta tres, siempre que el declarante cumpla su obligación. En Contrato existen los cincuenta puntos de recompensa por cada baza suplementaria sobre el contrato: este pequeño beneficio debe tenerse en cuenta cuando no puede obtenerse otro mayor, como sería la obtención del "game". Poner especial atención en el estado del "score" es fundamental jugando contrato. Los errores que resultan de los descuidos en ese sentido tienen consecuencias graves y se pagan mucho más caro que en el Auction.

Las diferencias entre las declaraciones de Auction y contrato son radicales, por más que en alguna ocasión puedan coincidir. No debe, pues, aplicarse los viejos métodos, pero con buena escuela se puede llegar a simplificar el remate, prescindiendo de convenciones parciales y complicadas. El sistema simple e informativo es el que da los mejores resultados, especialmente para los jugadores poco aguerridos. Por otra parte, el remate regular es el más leal y con su práctica no se corre el riesgo de sorprender a los adversarios, como resulta en la aplicación de las convenciones poco conocidas o interpretadas arbitrariamente.

Como principio general del remate diré con Work: Se gana más informando al compa-



ñero que lo que se pierde al dar también esa misma información a los contrarios.

Puede considerarse bueno el jugador que llega a conocer la forma de mostrar la fuerza exacta de su mano al compañero, y ello es mucho más importante en contrato que lo era en Auction. De ahí que la base fundamental del sistema de remate que práctico y aconsejo es la información verídica y amplia, que nunca da lugar a malentendimientos con el compañero.

Otra ventaja que resulta de la información simple es que con ello, a más de inspirar confianza, permite siempre la intervención del compañero en el remate sin riesgos irrazonables, llegando a contratar el "game" si así resulta de esas sencillas conversaciones.

El factor principal de la de-

claración en contrato es saber apreciar el mínimo capaz de justificarla. Una vez determinado este punto, debemos atenernos estrictamente a este principio. Muchas manos resultan perdidas por el temor del jugador que sólo sabe calcular las bazas que supone perdidas por su mano en otros palos y que lo deciden a callarse hasta que su compañero hable. De ahí resulta que si los dos componentes del bando coinciden y piensan de la misma manera,

pueden desperdiciarse ocasiones espléndidas.

Hay quienes creen que el contrato es un juego peligroso debido a la tentación por los grandes remates y a las multas crecidas que resultan del incumplimiento de los contratos.

No creo que el sistema de anotación de este nuevo bridge sea justo y equitativo, pero el principio de la obligación máxima es otro atractivo que no tenía el Auction. Como toda innovación, no es aceptada por los conservadores y los pocos de ellos que lo juegan a regañadientes pretenden aplicar los métodos del Auction al remate del Contrato, con la única diferencia, según ellos, de la importante adición de los premios por bazas suplementarias.

En Auction, el que da cartas y posee As, Rey y Dama de un palo cuarto declarará "uno" de ese triunfo aunque no tenga un quick-trick lateral. Su compañero con ayuda normal en triunfo (tres) y dos quick-tricks adicionales, aumentará esa declaración inicial a "dos" sólo si es necesario, salvo alguna rara excepción. En Contrato las cosas cambian, y un jugador que puede informar de un palo de cinco cartas por As y Rey y algunas figuras laterales, no será sostenido voluntariamente por su compañero si éste no posee un mínimo de tres quick-tricks y ayuda normal en triunfo.

Con el sistema extremo, adoptado por los conservadores, de los viejos métodos del Auction se tienen que perder los beneficios que resultan de la combinación de ciertas manos con

las que podría obtenerse un "game". Todo método de remate que cierre las puertas para hacer el "game", cuando se poseen medios de ganarlo por fuerza, dará pérdidas.

Yo creo que en un partido de varias horas las manos capaces de ganar "game" han sido repartidas más o menos equitativamente entre los dos bandos. El que haya aprovechado más las oportunidades de obtenerlo tiene que resultar el ganador.

En Contrato, las multas, particularmente si los perdedores están en zona vulnerable, son mucho más severas que en el Auction.

A pesar de ello, el Contrato no es un juego para los tímidos. El hecho de "pasar" siempre a la espera de grandes manos no tiene el mismo resultado con el "poker". No, al contrario, ello ofrece a los contrarios la oportunidad de ganar "rubbers" enormes con el máximo de beneficios. Las pérdidas que pueden resultar de declaraciones legítimas por razones de mala suerte están siempre compensadas por los beneficios que resultan de los premios que esas mismas declaraciones proporcionan en la buena racha.

El jugador ultraconservador resulta incómodo hasta para el compañero, forzado a adivinar si su timidez es excesiva y cuándo debe ayudarlo y cuándo no. Una declaración en Auction no requiere ayuda del compañero si el adversario no declara. En Contrato no es lo mismo: el jugador que abre el remate o el declarante original espera siempre del compañero una ayuda saltante y voluntaria, por lo menos de acuerdo a las necesidades del "score".

Y es por eso que la declaración inicial en Contrato Americano envuelve más responsabilidad de ofensiva que en el Auction. El valor defensivo de esta misma declaración, especialmente si ha sido realizada a determinado palo, también tiene que ser importante, para poder impedir a los adversarios que, forzados por el remate, puedan estar obligados a un contrato que les dé el "game". Por estas razones el declarante original tiene una ventaja sobre el jugador que ha pasado y el que no ha podido hablar: informa a bajo precio e indica una salida cómoda al compañero en el caso que los contrarios contraten.

Considerados estos puntos, podemos llegar a la conclusión de que no conviene en Contrato ser excesivamente liberal en la declaración, pero que tampoco da resultado el criterio conservador para las declaraciones iniciales e informativas. No son las declaraciones de "uno" o la ayuda hasta "dos" que producen las grandes pérdidas. Estas son ocasionadas por los saltos para llegar al "game" y las ambiciones por el premio al "slam".

## LEON CASABAL

### EL REY DE HUNGRÍA

(Continuación de la pág. 19)

la voluntad de terceros en tales asuntos, pero ello se explica por circunstancias momentáneas. Francia, a pesar de su inclinación hacia las naciones de la "pequeña entente", no ha desmentido nunca la opinión de que le convendría más bien a Europa la restauración del rey legítimo en Budapest. En todo caso, no es de esperar que París favorezca la restauración. Pero hay motivos de suponer que aceptaría eventualmente la restauración realizada.

Consideremos ahora la "pequeña entente". Los tres Estados que, más o menos, forman parte de ella, deberían llegar finalmente a comprender que su oposición a la coronación del rey hereditario de Hungría sólo constituye la proclamación de una gran desconfianza en la fidelidad de sus propios ciu-

dadanos "liberados". Los tres Estados—por lo menos así lo esperamos—deberían reconocer finalmente que la voluntad de los pequeños no puede oponerse a la larga a la voluntad de los grandes. En detalle, puede decirse que la actitud de Checoslovaquia estará condicionada por la actitud de Italia. Es muy instructivo a ese respecto el ejemplo de Hungría Occidental. Cuando el Gobierno de Praga declaró el 29 de agosto de 1921 que impondría eventualmente "por los medios violentos" la entrega a Austria de la Hungría Occidental alemana, y citó al canciller austriaco para el 23 de septiembre en Hainburg, y al presidente del Consejo de ministros húngaro para el 25 del mismo mes en Brünn, para aparecer ante el mundo como autoridad suprema en los asuntos centroeuropeos, intervino Italia. Prohibió la intromisión de Praga e invitó al austriaco Schober y al húngaro Teleki a ir a Venecia,

donde fué celebrado el conocido acuerdo que aseguró a Austria la posesión de un territorio reducido. El ministro checoslovaco, Dr. Benesch, se retiró inmediatamente, con muchas disculpas.

Respecto de Yugoslavia, no vale la pena acumular palabras. Las naciones que la constituyen tienden a disgregarse, y sólo las mantiene unidas (¿por cuánto tiempo?) la dictadura. Entre Italia y Yugoslavia hay profundas oposiciones. Entre Bulgaria y Yugoslavia no reina aún una paz verdadera. Agrégase a esto el enlace del rey Boris con la princesa italiana. Albania está en el campo de Italia. Todo esto permite juzgar lo limitada que está la libertad de negociación de Yugoslavia.

En Rumania tuvimos, por otra parte, recientemente, el ejemplo de una restauración, que en muchos puntos careció de belleza. Desde el punto de vista monárquico, no era im-

previsible que el rey Carol saltara por encima de su propia renuncia categórica al trono. Además, los rumanos no eran unánimes en cuanto a la cuestión del trono, como lo demostró la actitud de los liberales al regreso del rey Carol.

Tal ejemplo habla, por comparación, a favor del legitimismo húngaro. En los últimos años, y particularmente en los últimos meses, ha construido ante el mundo entero el firme camino que va de la justificación teórica de su propósito a la posibilidad práctica de la realización. Esto es lo que da tanta seguridad a la acción de los legitimistas húngaros. Hungría (la Hungría monárquica, y es monárquica en su gran mayoría) se ha declarado unánimemente en favor del rey hereditario, desde que le rindió tributo de fidelidad el archiduque Alberto. Como el interés de Europa consiste en que se establezcan condiciones firmes y duraderas en la Europa Cen-

tral y como las formas exteriores de la asunción del mando por el rey Otto, llegado a la mayoría de edad, se tornan más claras y sencillas, Hungría sabe que tarde o temprano se llegará a esa transmisión del poder. Se busca la solución dentro del terreno legal. "Conducir rápidamente al éxito a los principios legítimos y constitucionales, restablecer la continuidad del derecho en el sentido de la Constitución milenaria y de la teoría de la santidad de la corona de San Estéfano, tal fué la justificación de la existencia y el deber de las instituciones provisionales de Hungría..."

Así habló mi asesor, en nombre de los adictos a la emperatriz Zita y al rey hereditario Otto. Por mi parte, agrego lo siguiente: Parece ya prepararse el enlace del joven rey hereditario Otto con la hija menor del rey Victor Manuel, la princesa María, que cuenta 16 años de edad.

# EL SEPTIMO ARTE

Dorothy Jordan



Nancy Carroll y Stanley Smith en una escena de la película "De bailarina a maestra", recientemente estrenada

## CARTA DE HOLLYWOOD

POR  
WHITE SCREEN

(Para LA NACION)  
HOLLYWOOD, enero de 1931

ALGUNOS expertos en la materia han dado en llamar a la flamante película de Charles Chaplin, "experimento silencioso": Chaplin aun no ha podido descubrir en tal denominación nada que justifique el nombre en visperas de realizarse la "premiere" mundial en una de las populares salas del Broadway neoyorquino. Y los resultados de este sensacional estreno silencioso, ansiosamente esperado, reviste un carácter mucho más significativo por encontrarse en pleno auge la producción sonora. Quizá esta película nos demuestre más claramente el exceso de diálogo en los "films" parlantes actuales, donde la palabra ha reducido a límites estrechos el movimiento de las figuras, y es muy probable también que esta última película de Chaplin sea el primer llamado que se haga al desterrado "film" mudo para que regrese a la tierra que le viera nacer y desarrollarse.

"Luces de Ciudad" es el único "film" silencioso de verdadera importancia que se haya producido en la ciudad de las cámaras cinematográficas desde el advenimiento de los "mikes", o mejor dicho desde que Hollywood se declara abiertamente complacido por el reinado de los Micrófonos.

Que la película silenciosa de Carlitos Chaplin — exceptuando la sincronización musical — va a ser el éxito más grande de la industria es ya un hecho que se da por admitido. El nombre del actor-director-autor-compositor Charles Chaplin, colocado en la fachada de un teatro, en los letreros luminosos, es suficiente para que la sala de espectáculos se mantenga en un lleno continuo, y "Luces de Ciudad" representa el máximum de su arte pantomímico y es la respuesta del genial cómico a los micrófonos usurpadores del lienzo mudo.

El tópico actual en los círculos gelatinosos, que está dando lugar a interesantes conjeturas, es el de calcular hasta dónde el éxito inevitable de "Luces de Ciudad" influiría a los "leading" productores en el uso futuro en la pantalla del sonido y diálogo.

El "studio" de Chaplin es único en Hollywood, y único también por estar exento de la apariencia de monumental caja de seguridad de banco que hoy tienen todos los "studios" cinematográficos con "stages" especialmente contruidos para el rodaje de las películas sonoras. Llama la atención — en contraste con otros "sets" — la ausencia absoluta de micrófonos pendientes sobre el escenario donde el cómico actúa y dirige hasta los más insignificantes detalles de su obra.

En este "studio" no se notan los silencios forzados de los actores mientras se impresiona una escena, como sucede y es de rigor en los escenarios de producción sonora: ni la abundancia de los misteriosos aparatos eléctricos constituidos en jueces absolutos del éxito en el campo del celuloide artístico.

El "studio" estilo inglés de la avenida La Brea es una de las reliquias pertenecientes a la era silenciosa de Hollywood, en tiempos en que las películas se hacían en forma libre, sencilla y exentas de las complicaciones eléctricas de la actualidad.

Virginia Cherrill, la joven damita millonaria de Chicago y amiga inseparable de la bullanguera Sue Carol, es la afortunadísima personita que Chaplin escogiera de "partenaire", y es la única actriz de la compañía que el público verá por primera vez en la pantalla.



Figuras nuevas de la pantalla:  
Rena Mandel



Conchita Montenegro "actuando" de española en Hollywood

# LOS SECRETOS DE LOS BAJOS FONDOS DE LONDRES



S un hecho muy conocido por aquellas personas que tienen experiencia de los bajos fondos, que el recibidor no solamente es un tipo criminal aun más bajo que el ladrón, sino también mucho más difícil de apresar, y constituye una amenaza mayor para la sociedad. El ladrón puede robar por diversos motivos, por ejemplo, la falta de recursos o de trabajo. Por lo general, cuando el ladrón profesional da un "golpe", se toma un descanso hasta que ha gastado todo el producto de su delito, y entonces, impelido por el poderoso deseo de mantener sus hábitos dispendiosos, comete alguna tontería que tiene por consecuencia su captura y condena.

He conocido miles de ladrones, y estoy convencido de que al tipo corriente de ladrón no le proporciona siquiera un pasar profesión tan arriesgada. Sé de un ladrón, de bastante éxito, que al ser detenido, confesó que durante los seis meses precedentes había entrado en treinta casas elegidas cuidadosamente, y verificado que por término medio cada robo daba un dividendo de diez libras.

Pero, si bien la generalidad de los ladrones no obtiene gran beneficio de su "trabajo", sucede algo muy diferente con los recibidores. Estos hombres, que muy a menudo dirigen negocios completamente licitos con el objeto de encubrir sus actividades delictuosas, se rodean de una pandilla de delinquentes, suministran fondos cuando se trata de emprender robos de importancia, proveen el gas acetileno para perforar las cajas de seguridad, automóviles, y hasta agentes que se introducen en los círculos sociales y consiguen informaciones acerca de las casas cuyo asalto ofrece una mejor perspectiva.

Cuando el recibidor obtiene el producto del robo, se cobra en primer término los adelantos que ha hecho, y luego entrega una parte muy reducida del valor de los efectos sustraídos, al hombre que ha cometido el delito.

Durante mi actuación, tuve oportunidad de conocer a numerosos recibidores, pero el rey de todos ellos fué el viejo Joe Grizzard, que murió a poco de ser puesto en libertad, después de haber cumplido su última condena en la cárcel de Wormwood Scrubbs, en el verano de 1923. Fué en las postimerías de su carrera cuando entré en contacto con este notable y anciano entregador; sin embargo, la simple mención de su nombre recordará a muchos el papel que desempeñó en el famoso robo del collar de las cien mil libras.

En el estío de 1913 un gran collar de perlas, valuado en más de cien mil libras, fué despatchado desde París a un comerciante en alhajas de Hatton Garden. El paquete conteniendo el collar fué debidamente lacrado y registrado, pero abierto en el lugar de destino, se encontró que sólo encerraba algunos pequeños trozos de carbón. Denunciado el hecho, la policía procedió a realizar una rigurosa requisa en las casas de todas las personas vinculadas a los empleados postales, y asimismo de los empleados ferroviarios que habían tenido acceso al vagón que conducía las valijas postales. También prestaron cooperación agentes de investigaciones del Correo, y de Scotland Yard, que examinaron minuciosamente todos los detalles. Muchos funcionarios acreditados fueron objeto de vigilancia durante algún tiempo. Por su parte, la policía francesa empleaba en su país sus propios métodos y realizó varios arrestos, pero

Por EDWIN T. WOODHALL  
(EX DETECTIVE DE SCOTLAND YARD)

(De los servicios especiales de LA NACION)

sus esfuerzos no tuvieron éxito. El collar no aparecía.

En vista de estos fracasos, Scotland Yard concretó su vigilancia a los posibles recibidores de una joya de esta categoría, y el viejo Joe Grizzard fué observado estrechamente. Este hombre había sufrido anteriormente una condena; pero, como estaba siempre bien provisto de fondos y dirigía un negocio de apariencia respetable, resultaba muy difícil sorprenderlo. Además, se trataba de un delincuente sagaz, que advertía inmediatamente las actividades de los detectives.

En cuanto se le sometía a vigilancia, no salía de su casa, y se dedicaba simplemente a su comercio de joyero. Sin embargo, el departamento de investigaciones tendió paulatinamente su red en torno de los autores del robo, y un día la policía detuvo a prisión. Joe Grizzard y a otros cuatro individuos. Todos fueron sentenciados a diversos períodos de zard y dos de sus más hábiles secuaces, a siete años de penitenciaría, y sobre los otros dos recayó una sentencia más benigna.

Años después, cuando ya no pertenecía yo a Scotland Yard, y practicaba mi profesión por mi cuenta, recibí la visita de cierto procurador que me pidió que fuese a ver a un caballero a quien designaremos como el coronel X. Me entrevisté con este señor, y escuché la exposición de su caso.

Había hecho un viaje desde Escocia, donde permaneciera algunos días, y durante él le fué robada una valija que contenía un collar de su esposa, de un valor aproximado de 500 libras, pero muy estimado por la señora, pues era un obsequio de su extinto padre. Además, y esto era lo más importante para el coronel, la valija contenía ciertas cartas dirigidas a él por una dama, y estaba seguro de que si llegaban a manos de su esposa, darían lugar a un desagradable incidente. Al coronel no le afectaba mayormente la pérdida de la valija y de su contenido, siempre que pudiese recuperar esas cartas. Ya estaba en tratos con los joyeros que habían hecho el collar, con el propósito de encargárselos un duplicado que devolvería a su esposa, sin darle a conocer la desaparición del original. Bajo ninguna circunstancia aceptaba la idea de denunciar a la policía lo sucedido, pues sabía que en ese caso la historia de las cartas no tardaría en conocerse.

En consecuencia, inicié la búsqueda de aquellos documentos. Me esperaban dificultades insuperables casi. En primer lugar, estaba persuadido de que alguno de los sirvientes del coronel había dado aviso al ladrón de que aquél llevaba consigo el collar. Los ladrones de trenes, por lo general, no se dedican a robar valijas de hombres, sino que más bien procuran apoderarse de sacos de manos de señoras. Los rateros de

las estaciones muchas veces se llevan las valijas que encuentran más a su alcance, pero en este caso se trataba de una maleta sustraída de un compartimiento de primera clase, entre Edimburgo y Londres. Por otra parte, me estaba vedado el procedimiento común de interrogar al personal de servicio. Hube de limitarme a observar durante algunos días los movimientos del "valet" del coronel, la mucama de su señora, y la cocinera. El mayordomo y los otros criados estaban al servicio de la familia desde hacía muchos años. Esta vigilan-

cimientos, podía descartar a dos de esos hombres, que nunca viajaban en las rutas del Norte, pues eran demasiado conocidos por los pesquisas de los trenes, y ya habían sido detenidos anteriormente en esas líneas férreas. Quedaban por lo tanto dos posibles autores del robo, y me dediqué a vigilarlos sin pérdida de tiempo. Uno de ellos vivía en Peckham, y después de prolijas averiguaciones me convencí de que en el día en que el coronel perdió la valija se encontraba en Brighton, y por lo tanto, no debía ser tenido en cuenta.

Supe que el otro residía en Notting Dale, y en este barrio proseguí mis investigaciones, y así tuve noticia de que en la última semana había concurrido con mayor frecuencia a la cantina local, donde convidaba a las mujeres de los alrededores con alguna generosidad.

Cuando estaba provisto de fondos era un sujeto muy galante con el bello sexo.

Esperé toda la tarde en una de sus cantinas predilectas, y

hacia las nueve y media de la noche se abrió con estrépito la puerta de la misma y entró mi hombre, un poco alcoholizado, evidentemente, acompañado por una joven de buena presencia y una señora de edad, su madre quizá, en razón del parecido. La señora, invitada a tomar algo, aceptó un vaso de ginebra, y al preguntársele si deseaba uno doble, sonrió modestamente. Ignoro qué se proponía decir, pero el individuo, a quien designaremos con el nombre de Jack, la interpretó, sin duda, correctamente al gritar al mozo:

—¡Un doble para la señora, aquí!

Jack parecía por cierto estar algo bebido. Por otra parte, estaba muy interesado en la joven, y ambas circunstancias me permitieron observarlo algún tiempo antes de que advirtieran mi presencia. Al notar, cambió repentinamente. Cuando se dió cuenta de que lo observaba, vi que tocaba a la joven disimuladamente con el codo, oí que le decía algo que terminaba con "no mires ahora". La mujer, siguiendo el precedente inevitable de la esposa de Lot, se volvió inmediatamente y me echó una rápida mirada. Entonces dijo unas palabras en voz baja a la señora que atendía a su tercera copa.

—¿Qué dices? — exclamó ésta.

Pero la joven la contuvo, apuró su ginebra, y los tres salieron apresuradamente de la cantina.

Esperé uno o dos minutos, y luego seguí sus pasos, estacionándome poco después cerca de la casa donde residía Jack. Unos veinte minutos más tarde apareció la joven con un paquete. Me aproximé a ella y le dije:

—Vamos; llevaremos eso a la comisaría.

La sorpresa le impidió proferir palabra, y mientras yo me apoderaba del envoltorio,

echó a correr por la calle. Abrí el paquete, y encontré un par de pantalones a rayas, en cuyos botones estaba grabado el nombre del sastre del coronel. Escondí cuidadosamente el atado en un jardín vecino, me dirigí a la casa y pregunté por Jack. Lo divisé en la escalera, mientras yo estaba de pie en el umbral, y deslizándome junto a la mujer que había abierto la puerta, lo así de un brazo.

—No resista — le dije —. Todo depende ahora de Vd. Quizá no le ocurra nada.

Vuelto en sí, y ya completamente repuesto de su borrachera, me escudriñó cautelosamente cuando le mencioné las cartas.

—Se trata de lo siguiente — le dije —. Si Vd. me entrega esas cartas ahora, no le sucederá nada. Pero si no me las da "estará adentro" en dos minutos. Tengo las pruebas, las ropas, y todo.

Comprendió entonces que se encontraba entre la espada y la pared. Si no aceptaba mis condiciones sería entregado a la policía; si las aceptaba, había la probabilidad de que yo cumpliera mi palabra. Por fin dijo:

—Venga conmigo.

Tomó su gorra y salimos juntos. Llamé a un taxímetro, y de acuerdo con sus indicaciones, marchamos hacia Battersea. Yo lo tenía sujeto por la manga todo el tiempo. Llegamos así a una casa situada en una calle tranquila, frente a la cual hizo señas de que nos detuviéramos. Sin pronunciar palabra atravesamos un pequeño jardín. Jack hizo sonar el timbre de la puerta y dió dos golpes. Se abrió una ventana encima de nosotros y surgió una cabeza.

—¿Quién es? — interrogó la voz inconfundible del viejo Joe Grizzard.

—Joe — dijo mi acompañante —, por el amor de Dios, no quemes esas cartas antes de dejarnos entrar. Nos tomarán presos a ambos si las quemas. Todo lo que quieren son las cartas. ¡No las quemes, Joe, por Dios!

Mi compañero reiteró su pedido enérgicamente, y poco después se abrió la puerta.

—No sé nada de todo esto — dijo una voz —. Absolutamente nada.

El viejo Joe estaba de pie ante nosotros. Vestía un camisón de franela que le llegaba hasta el suelo.

—Dejó algunas cartas el otro día — explicó —; pero no sé nada de ellas. Aquí están. Tengo bronquitis y no puedo permanecer aquí.

Nos entregó el paquete y cerró la puerta violentamente. Se me había informado de que las cartas eran diez. Las conté, y al verificar que todas estaban allí, conduje a mi acompañante hasta el coche y regresé a casa después de incautarme del paquete que dejara en el jardín.

Tan pronto como llegué a mi domicilio examiné las cartas. Las encontré listas para ser enviadas por mensajero a un amigo del viejo Joe, especialista en asuntos de extorsión, quien debía aguardar todavía a otro sujeto antes de iniciar sus maniobras contra el coronel.

Posteriormente supe que el extorsionista que debía intervenir en este asunto por indicación del viejo Joe Grizzard, ha sido condenado a reclusión perpetua a raíz de un delito de la misma índole.

El viejo Joe Grizzard ha partido ya hacia la región donde los collares y cartas comprometedoras y otras cosas que le fueron de provecho le servirán de poco. Se dice que murió con una balanza para diamantes entre las manos.

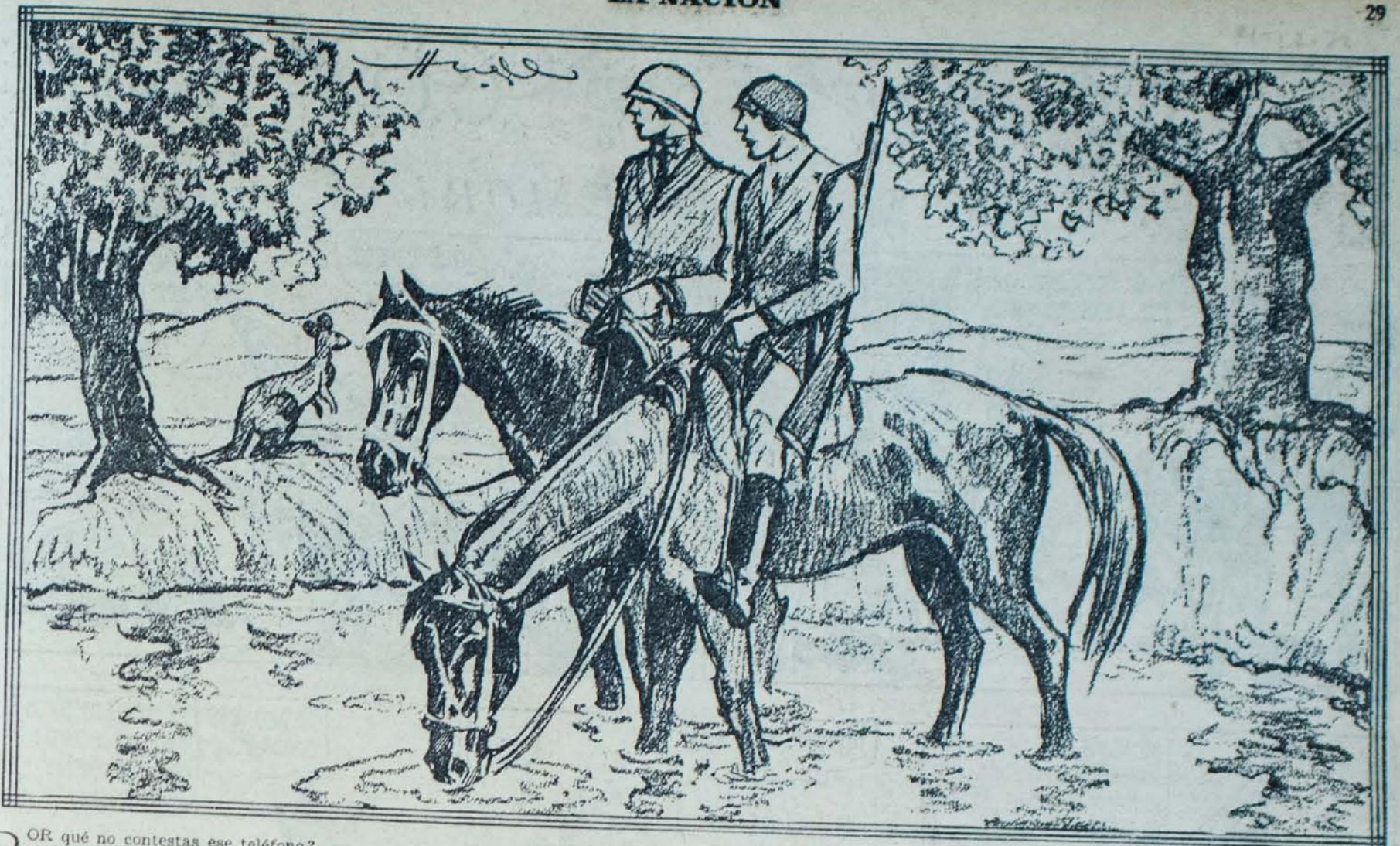


cia no me proporcionó datos de interés. La mucama pasaba sus días francos de charla con un agente de policía; la cocinera con un changador de ferrocarriles, y el "valet" era un joven en apariencia muy meritorio, capitán de boy scouts y brazo derecho del clérigo de la localidad.

Forma parte de mis tareas profesionales estar al corriente de las noticias del mundo criminal, y yo sabía que en el momento de producirse el hecho se encontraban en libertad por lo menos cuatro ladrones de trenes sumamente hábiles. Tengo por costumbre seguir los movimientos de la "aristocracia" de los bajos fondos, y anotar sus llegadas y partidas, práctica que me ha sido en muchas ocasiones de suma utilidad. De acuerdo con mis cono-



DIBUJOS DE  
BILLIKEN



## Lecturas infantiles

# UN MONTE PARA DIANA

—¿Qué se habrán hecho los negritos? — preguntó María Helena.

—¿No sabes que seguirá sonando hasta que alguien vaya?

—Ese alguien podría muy bien ser tú — respondió María Helena —. Lástima que no quede al alcance de tu mano como el despertador que pusiste ayer sobre tu mesa de noche para despertarnos temprano y salir a cazar...

—y viendo que su prima no se movía, añadió estirando perezosamente sus piernas en el canapé donde estaba recostada —: Tal vez llamen para darte alguna buena noticia... Yo que tú iría a ver.

—Anda tú si te parece que pueda ser interesante; lo que es yo no me muevo. Este libro es colosal y no quiero que me interrumpas — declaró Diana.

—¡Naturalmente! ¡La señorita está leyendo, no hay que interrumpirla!... En realidad, si hubiera sabido esto, no era yo la que me costaba hasta aquí — dijo María Helena levantándose y dirigiéndose hacia el teléfono, que continuaba sonando.

—¡Hola!... Si, yo soy — dijo la niña y después de un instante de silencio añadió —: Bueno... Esta misma tarde me iré... Si, le pediré a Enrique que me acompañe hasta la estación... No. No me pasa nada, pero estoy aburrida... Diana no quiere hacer nada. Dice que está cansada de cazar y de andar a caballo. Enrique tampoco me acompaña... Tío Juan se fué ayer por la mañana y vuelve mañana, por la noche...

Diana oyó desde el corredor en que se encontraba leyendo, parte de esta conversación, y corriendo hacia su prima le quiso arrancar el receptor, entablándose una corta lucha. Por fin, cuando se apoderó de él ya habían cortado la comunicación.

—¿Qué has hecho, María Helena? — exclamó Diana —. ¿Con quién hablabas? ¿Es cierto que les has dicho que te vas hoy mismo?

Durante un buen rato María Helena hizo creer a su prima que había hablado con casa de sus padres, pero por fin le dijo la verdad; cuando había llegado al teléfono ya no contestaba nadie, pero había fingido esa conversación porque estaba realmente fastidiada al ver qué poco caso hacían de su visita.

Diana comprendió que tenía razón y que ella debía haber tratado de buscarle diversiones. Llena de arrepentimiento organizó para esa misma tarde una cacería de canguros.

—¿Por qué no lo dejas para mañana por la mañana? — propuso María Helena —. Así Enrique podrá venir con nosotros.

—De ninguna manera — respondió su prima —. Será hoy mismo. Voy a ordenar que preparen el té. Lo tomaremos en el monte en un lugar muy

pintoresco, donde iremos después de haber cazado los canguros.

En un momento todo quedó preparado y unos indígenas partieron llevándose la canasta, mientras otros traían los caballos y ayudaban a las jóvenes a ensillar.

María Helena sabía andar muy bien a caballo, pero nunca había salido a cazar y menos canguros. Esto en realidad le causaba un cierto temor, pero no se atrevía a decirselo a su prima. Diana, en cambio, hacía honor a su nombre, pues desde chiquita su padre salía siempre con ella a cazar.

Una cantidad de perros las seguían cuando salieron a todo galope en dirección al monte.

—¿Estás segura de que sabes tirar? — preguntó María Helena.

—¡Ya lo creo! Pero seguramente no necesitaré hacerlo; los perros están muy acostumbrados y se encargarán de ello. Los caballos también son baquianos. Ten cuidado no te saquen de la silla al dar una vuelta cerrada.

María Helena se agarró fuertemente de su montura y siguieron galopando hasta que de repente los dos caballos se pusieron a correr.

—Ya tenemos una pista — declaró alegremente Diana, mientras su compañera miraba en todas direcciones sin ver nada que le llamara la atención. Pero luego vio frente a ella, a una buena distancia, unas orejas marrones que aparecían y desaparecían entre el pasto. Era un canguro.

Durante un tiempo siguieron a galope tendido, hasta que Diana gritó: —¡Se han arrinconado; ahora van a pelear!

María Helena detuvo su caballo y se negó a seguir adelante hasta que su prima le explicó que sólo pelearían con los perros.

Acercáronse entonces y apeándose se pusieron a contemplar el ataque de los perros que rodeaban a los canguros, los que se habían colocado delante de unas piedras altas que les servían de respaldo.

Los perros ladraban y saltaban alrededor esperando el momento indicado para atacarlos, pues sabían que había que hacerlo por la espalda; de otra manera se exponían a que los canguros los destriparan con sus poderosas patas traseras.

Como el ruido era ensordecedor, las dos niñas no sintieron que un enorme canguro se acercaba rápidamente, advirtiéndolo sólo cuando pasó a su lado, arrojándose sobre los perros. En un instante dió a uno contra el suelo y otro fué a parar bastante lejos, medio muerto.

—¡Pobre Jack! — exclamó tristemente Diana —. ¡Qué buen perro eral! Seguramente morirá.

María Helena quiso ir a socorrerlo, pero su prima se lo impidió.

—¡No! — dijo —. Nunca se debe uno acercar a los perros cuando luchan con los canguros; ellos se enfurecen tanto que son capaces de atacar.

Mientras tanto, los perros se habían alejado, dejando el lugar libre al recién venido, que viendo que nadie le presentaba combate, dió un salto y escapó entre los árboles, seguido por otros dos.

—Esto sí que fué una buena riña — dijo Diana y viendo la cara de terror de su prima, continuó riendo —: no tengas miedo, querida. No nos pasará nada... ¿No ves que ya se fueron? Sólo queda ésta, pero los perros están acobardados y tendré que matarla yo.

—¡No, por favor! ¡No la mates! — exclamó María Helena —. ¡Mira qué ojos tristes tiene, como si comprendiera el peligro que corre!

—¿Pero no querías cazar canguros? — preguntó irónicamente Diana —. Matemos ésta y mañana probarás la sopa de cola de canguro, que es muy sabrosa...

—No, déjala. La he visto arrojar detrás de la piedra algo que me pareció un cachorrillo. Pobre animalito, él también moriría si mataras a su madre.

—Está bien, le perdonaré la vida — declaró enfáticamente Diana.

Buscando detrás de la roca vieron que la madre había arrojado realmente allí a su cachorro para alejarlo del peligro que ella corría. Desde lejos los observaron y fué grande la alegría de María Helena al ver cómo el pequeño fué introducida dentro de la bolsa de su madre buscando un refugio seguro.

—Volvamos a Las Grutas, donde estará preparado el té — decretó Diana y no tardaron en alejarse.

Efectivamente allí estaba la canasta, el fuego encendido y las cosas listas, pero no se veía a nadie.

—¿Qué se habrán hecho los negritos? — preguntó María Helena.

—Habrán corrido siguiendo la pista de otros canguros — respondió Diana — pero como todo está preparado, sentémonos y tomemos tranquilamente el té.

Estaba la joven cazadora ocupada en guardar las tazas en la canasta cuando su prima exclamó:

—¡Mira qué raro! De repente se ha encendido una cantidad de fogatas. Otra, otra más, ¡por todos lados las hay!

—¿Qué? — gritó Diana levantándose bruscamente y al ver las columnas de humo que se levantaban, agregó visiblemente emocionada —: Oye, María Helena, esto es muy grave... Quiere decir que los negros salvajes nos rodean y quieren atacarnos — y viendo el terror pintado en el semblante de su compañera, le dijo —: Hay que serenarse. Si ellos saben que tenemos miedo, nos atacarán. Finjamos la mayor tranquilidad y hagamos como si Enrique estuviera con nosotros.

Entonces dijo en voz alta:

—Guarden Vds. las cosas en la canasta. Yo voy a correr una carrera con María Helena hasta el puente, donde nos espera Enrique. Vamos, querida.

Las dos niñas subieron rápidamente a caballo y se alejaron a todo galope. Parecía que hasta los mismos caballos conocían el peligro que ellas corrían, pues iban a gran velocidad. Gracias a ello se salvaron de las lanzas que les arrojaron al pasar cerca de unos indígenas ocultos entre la maleza. Una de ellas quedó agarrada de la manga de María Helena, causándole sólo un rasguño y cayendo luego al suelo.

Estaban ya a poca distancia de la casa cuando vieron a unos cuantos jinetes que galopaban en dirección suya.

—¡Allí viene Enrique con unos peones! — exclamó Diana reconociendo a su hermano.

—¿Por qué salieron sin avisarme? — dijo el joven cuando estuvieron reunidos; y cuando supo lo que había pasado, explicó:

—Los peones me habían advertido de que andaban negros salvajes y yo no quería creerlo. Además, no quise alarmarlas hasta que volviera papá... Como Diana había declarado que no pensaba salir... Ahora resulta que papá quiso prevenirnos por teléfono, pero no consiguió contestación. Recién acaba de hablar conmigo y por eso salí en busca de ustedes... ¡Han tenido mucha suerte en escapar!

—Ahora, querida prima, no queda más remedio que permanecer tranquilamente en el corredor hasta que vuelva papá — dijo Diana con tono burlesco.

—Lo que es yo, ya no salgo sola por nada del mundo — declaró María Helena —. Prefiero leer ese libro que decías tan interesante...

ILUSTRACION DE J.C. MIVERGO

# Betty POR C. A. Voight

## LA MALA MEMORIA



# BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

## "ESTAMPAS EN LA TIERRA"

Por MIGUEL ALFREDO D'ELIA

El autor de los "Caminos ilesos" se detiene ahora a contemplar los paisajes de su país y a penetrar en el alma de las cosas que le rodean. Con un amor digno de todo elogio, nos muestra, a través de sus versos sobrios, una tierra que quiere intensamente y a la que no desea transfigurar. Vemos así, en sus estrofas vibrantes, los sitios y las personas tal como ellos son, en su humildad heroica y en su dolor silencioso. De ahí que los poemas "Escuela de campo", "El gaucho Hurro" y "El asado", nos enseñen una realidad cuyo interés artístico no es sino la consecuencia de la fidelidad con que el poeta se expresa.

A menudo se halla en cada composición del libro, un verso que por sí sólo sería suficiente para darnos una idea cabal de un paisaje o de un momento espiritual. Es un verdadero cuadro, por ejemplo, aquel poema "Para un niño campesino" que tenía, según dice el autor, "tallado el rostro en quebracho de tristeza" y a quien "enseñaron a callar su infancia; niño que sufre 'la dura sumisión del mandado' y que siente 'el dolor de la vida sin perfiles, frente a la inmensidad del campo y la montaña'. Igualmente merecen destacarse, por el amor y la honestidad con que el artista nos muestra en ellas los paisajes y las costumbres del interior, sus composiciones tituladas "Nacimiento serrano", "Jujuy" y "Misa chico". Hay allí, honda emoción, sinceridad lírica y vigor expresivo.

El señor Miguel Alfredo D'Elia busca en este nuevo libro, hallar la forma adecuada al tema poético y varía con acierto los metros, según la índole de cada poesía.

Sus estancias irregulares contienen en pocas palabras, imágenes originales y felices hallazgos. Su verso es siempre sintético; y este afán de brevedad que se percibe en toda la obra, es sin duda, uno de sus méritos más atrayentes. Es que estas "Estampas en la tierra" han sido más que escritas, grabadas con el propósito de quien desdena todo lo innecesario y superfluo.

La sencillez de los versos, apenas acentuados, contribuye a transmitir el estado de ánimo del poeta.

## COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL

mo del poeta. No hay allí exageración ni énfasis, y la naturalidad de las palabras, dichas en voz baja, comunica con eficacia los sentimientos y las ideas.

"Estampas en la tierra" contiene también otros poemas de feliz realización como "Recuerdo" y "A una mujer que espera", donde la fantasía de su autor florece en nuevas y acertadas metáforas.

El libro que comentamos señala un positivo progreso en la labor literaria de Miguel Alfredo D'Elia y evidencia las altas facultades poéticas que la crítica ya ha tenido oportunidad de destacar.

### "YARARA"

Por AUGUSTO A. CANSTATT

PARA dar una impresión de la selva más primitiva de la que se puede obtener hoy, el señor Canstatt transporta su relato, en el tiempo, a la época de Facundo Quiroga, sin que las luchas políticas que caracterizaron ese período de la historia argentina tengan algo que ver con la medula de la obra. "Yarará" es, al contrario, una descripción de las selvas de Misiones en lo que ellas tienen de autóctono, especialmente en su flora y en su fauna. La odisea de un mestizo de indio y de blanca, que después de ser prisionero de los indígenas huye de ellos y se interna en las selvas en busca de refugio, acompañado por una criatura blanca, víctima también de los indios, de la que se constituye en tutor, sirve al autor para ofrecernos un relato vibrante, pleno de vida y de color, de aquellas apartadas regiones, donde el hombre debe luchar no sólo con las fieras y con las alimañas, sino con la naturaleza misma, imponente en su hostilidad, para arrancarle el sustento en la forma más primitiva, la caza y la pesca. Las costumbres típicas de indios y mestizos; la lucha con el medio salvaje; la eterna peregrinación a través de los matorrals, que son constantes emboscadas tendidas al osado que se atreve a internarse en ellos; la convivencia, en fin, con la naturaleza en su estado más primitivo, tienen en el señor Canstatt un narrador emotivo y veraz. La mayor parte del volu-

men es, así, un alarde descriptivo de ambiente, realizado con belleza, con primor, y sobre todo, con dotes de observador. Sólo en las últimas páginas de la obra asoma el elemento de la tragedia, para darle el carácter novelesco, encarnado en este caso en un aventurero que, después de ser salvado por el solitario mestizo, se apodera del amor de la criatura blanca, que constituía la única razón de ser del protagonista, y huye con ella.

El autor hace que su protagonista, manso y sufrido, acostumbrado a luchar con las fieras pero temeroso del contacto con el hombre, soporte sumiso y resignado la traición, teniendo para ella, en vez del rasgo vengador, el gesto suicida que lo lleva a tender el brazo a una "yarará", el peligroso ofidio que da título a la obra, y que sólo aparece en ella en sus últimas líneas. La emoción bien graduada, los acontecimientos lógicamente encadenados y sobre todo la sobria y veraz descripción de las selvas, hacen de esta obra una simpática novela de ambiente.

### "LOS CAMINOS DEL CREPUSCULO"

Por ENRIQUE VELAZCO

NOBLES afanes inspiran al culto poeta autor de estos versos. Mientras gran parte de la producción poética del momento se desorienta en

## NOTICIAS LITERARIAS

(De nuestra agencia en París)

■ Sinclair Lewis, el laureado literario por Nobel, ha dado una conferencia en Estocolmo. La conferencia ha sido interesante y brava. ¿No se atrevió a decir que al concederle la Academia Nobel el premio literario quiso dar una prueba de que consideraba al pueblo americano apto para comprender el análisis crítico? Recuérdese que a causa de esa labor analítica en sus obras acerca de la psicología de ciertas clases sociales norteamericanas, Sinclair Lewis estuvo a punto de ser "lynchado". Y añadió: Desgraciadamente la mayoría del pueblo norteamericano está contra toda literatura que no lleve a las nubes los defectos y cualidades de los suyos... Mayor claridad, no cabe.

■ Siguen inventándose premios literarios. Recientemente se ha establecido otro de una nueva creación: Premio Interaliado. Antes se creó el de Teofrasto Renaudot, un ilustre desconocido que, al pronto se creyó tratábase de una broma con un nombre ficticio. La crítica protesta contra esa floración de premios literarios, diciendo que lo que se persigue es disminuir la importancia de los laureados por "Goncourt" y "Femina"; Pierre Loewel escribe: "es tanto más inadmisibles, cuanto que con ese sistema se corre el riesgo de dificultar, con la adjudicación de falsos laureles, las probabilidades de un candidato al "Goncourt"...

No se olvide que el premio Goncourt es de 5000 francos, mientras que los otros son de 10.000 y más...

■ Laurent Tailhade era poeta y panfletista. Y en sus escritos — protestas recias contra la sociedad — se declaraba, naturalmente, anarquista. Pero un buen día que Tailhade tomaba burguesamente su aperitivo en la terraza del café Terminus, el anarquista Henry lanzó una bomba contra los burgueses que gustaban beatamente las drogas alcohólicas. Tailhade resultó herido. Y curado, ya no pensó más en el anarquismo. Fué un buen poeta y un agresivo en prosa, contra personas, hechos y costumbres. Entre su viuda y Jean Dorsène ha habido una pequeña polémica a propósito del título de una obra de este último, dedicada a Tailhade. Dorsène, que es un admirador del poeta muerto, quería titular su obra "Negro ídolo". La viuda se ha opuesto. Y Dorsène anuncia que cambiará el título. Pequeñas cuestiones sobre hombres más o menos grandes que pasaron!

la inútil preocupación de hallar nuevas formas que difieran de las únicas posibles, la luz crepuscular que ilumina suavemente los caminos transitados por la emoción suele hallar, como en este libro, definidas expresiones de belleza. La indecisión arraiga en aquéllos, y en la imposibilidad de hallar para la orientación artística un nuevo sendero que se aparte de los conocidos, prefieren torcer la grandeza del propósito y dirigirse a cualquier parte; con lo que muy pocas veces arriban a un bello término.

Entretanto, el clarooscuro crepuscular basta para su obra a los artistas que, como Enrique Velazco, prefieren la senda florida, en la que hasta el artificio, buscado por refinamiento, es un motivo de ornato y contribuye a destacar el colorido de los mejores aspectos del paisaje. Cultiva este autor la belleza de la forma y sabe lograr con destreza elegantes construcciones, en las que la selecta concepción halla las expresiones más adecuadas. Disuena a veces en la armonía del conjunto un exceso de artificio literario, cuya manera, aunque conocida, parece significar el propósito de alterar los cánones retóricos y hasta las formas con más razón aceptadas para las combinaciones métricas. Pero tal osadía en la forma, aunque por momentos suele desmedrar la buena labor, cede ante la pureza lírica que inspira su imaginación poética.

Desde la intención galante de la poesía madrigalesca, que el poeta sabe construir con mucho donaire, hasta la destreza del sonetista que traduce airoosamente la más artificiosa de las combinaciones, la cuita íntima o la firmeza ideológica, una gran riqueza armónica anima los "Caminos del crepúsculo", que en las leves tonalidades velan con dulzura una opulenta cosecha floral.

Los sinsabores del peregrino en el largo andar no le pesan porque sabe ciertamente que al final hallará la bella revelación: "Y cuando doblemos el postrer recodo que tiene la vida, lo sabremos todo, lo sabremos todo sin filosofar."

Solamente para lograr el lugar que le corresponde en la hora actual, ha de perfeccionar el autor detalles de la forma y

seleccionar más rigurosamente las composiciones que formen su obra futura.

### "MOMENTOS"

Por MARIA A. CENTRONE

ESTE libro es la expresión confidencial de un alma. No se percibe, en ninguna de sus páginas, el propósito de interesar artificialmente al lector, ni hay adornos retóricos que desfiguren o embellezcan la realidad del vivir. Por los breves capítulos desfilan los acontecimientos espirituales como imágenes impresionables, y vemos surgir las esperanzas y los desencantos nitidamente como a través de un cristal que los aclarase.

Las figuras que nos describe la autora y que apenas imaginamos, revelan, lo mismo que las estatuas, la mano que las modela. Son seres humanos que conocemos solamente por la impresión que causan en este hondo espíritu femenino. Y nos parece que estos "Momentos", son algo así como dibujos de emociones, como sombras del corazón que expresan la verdad de un instante; se alegran o se entristecen y desaparecen luego.

Según creemos, es este libro el primero que publica su autora; y por ello merece una atención especial la sinceridad con que ha sido escrito. A semejanza de muchos "diarios íntimos", estos "Momentos" son de una sencillez y de una espontaneidad que conmueve. "Son confesiones conmigo misma — dice —, soliloquios prolongados que me sorprendieron tardes enteras en este cuarto que es para mí, más grande que el mundo".

Y, en verdad, más de una vez sentimos esa emoción que nace del conocimiento de una vida; emoción que nos produce "la ingenuidad de un niño que cuenta lo que ha visto" y que según un gran poeta francés, era el ideal estético de su obra.

La señorita María Antonia Centrone realiza con honestidad sus concepciones líricas; y a veces, un noble misticismo fluye de sus palabras fervorosas. "Diríase que escribe como orando, y que sus párrafos son los ruegos de "un corazón que se descorazona". Y así, su bello libro resulta como una fuente confidencial en cuyo espejo, toda alma se encuentra y se reconoce.

## LIBROS ESPAÑOLES AL PRECIO DE ESPAÑA

Toda clase de libros españoles, los enviamos por correo certificado seguidamente, cobrándolos al precio que los mismos marcan para España, garantizando que nuestros servicios son siempre de libros nuevos. Envíe cheque, giro o en forma que desee, con el importe de los libros que nos pida y los recibirá en dichas condiciones, corriendo todos los gastos de envío por nuestra cuenta. Citamos algunas colecciones importantes:

- CERVANTES—Obras completas. Un volumen de 1953 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, pts. 50.—
- SHAKESPEARE — Obras completas. Un volumen de 2197 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, pesetas . . . . . 50.—
- SANTA TERESA DE JESUS — Obras completas. Un volumen de 1.400 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, pts. . . . . 40.—
- GALDOS. EPISODIOS NACIONALES — 46 tomos en rústica, pts. . . . . 138.—
- BLASCO IBÁÑEZ — Obras completas, 37 tomos. En rústica, pts. . . . . 185.—
- RAMON PEREZ DE AYALA — Obras completas, 19 tomos. En rústica, pts. . . . . 95.—
- BENAVENTE — Teatro completo, 35 tomos. En rústica, pts. . . . . 175.—
- HERMANOS ALVAREZ QUINTERO — Teatro completo, 31 tomos. En rústica, pts. . . . . 155.—

Servimos en iguales condiciones cuantos libros desee, facilitando catálogos gratis. Nuestro crédito y organización garantizan nuestra sensacional oferta.

## CREDITO EDITORIAL HERNANDO

CARRETAS, 27-29. Apartado de Correos 1.003. MADRID (ESPAÑA)

Margarita Abella Caprile

Sombras en el Mar

Margarita Abella Caprile, la poetisa de "Nieve" y de "Perfiles en la Niebla", se revela en esta nueva obra en la plenitud de su fuerza delicada. Si los libros anteriores anunciaron lo que se podría esperar de su talento y de su espíritu, "Sombras en el Mar" define ya a una personalidad de profundo interés en la poesía de nuestra lengua

PRECIO: \$ 2.— EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS  
Distribuidores:  
Agencia Gral. de Librería y Publicaciones, Maipú 49

## MINIATURAS HISTÓRICAS



**H**A Y cuadros—grandes cuadros—de historia que se fraguan en las grandes bibliotecas nacionales, en los silenciosos archivos, en vista del documento escrito, carta o real decreto, de lo doméstico u oficial, firmado y rubricado. Estos cuadros suelen ser obra de los que Juan Bautista Vico llamaba "filólogos", de los historiadores que no eran, que no son, "investigadores de la historia misma", sino comentaristas de las fuentes tradicionales. "Lo que Livio y Tácito habían escrito tenía para ellos tanta autoridad como para los filósofos las palabras de Aristóteles". (Véase "La estructura de la historia universal en Juan Bautista Vico", de Richard Peters, sabroso libro recientemente aparecido en español). Pero hay otros cuadros, menudos, de apariencia infantil, que no son menos historia y, en cierto modo, preceden a los grandes volúmenes: miniaturas hechas ante cada mohín del tiempo, ante cada sonrisa o mueca de los hombres acaudados por una inquietud del momento; que suelen ser obra del sencillo centinela, del soldado de fila que atalaya desde su garita el cruce de un suceso, el temblor de un fenómeno histórico, para atrapar uno u otro y fijarlos—con el alfiler de una crónica—en el papel. Miniaturas a veces desdeñadas, otras veces inatendidas en vista de ese mismo sencillo atuendo con que aparecen en la gran exposición de las letras, gozadores de tan escasa luz en esos pasillos de la literatura—por donde en ella se entra y se sale!—que suelen ser los periódicos. Sólo cuando estos pequeños cartones—donde aletea el suceso aprisionado—se agrupan en una colección y esta colección se extiende a lo largo de los muros de un libro, podemos darnos cuenta del esfuerzo visual del centinela, de su espíritu de sacrificio, de su positiva eficacia en los futuros estudios de una época. Ahora el grave filólogo suele, en efecto, hablar desdeñosamente del sencillo entomólogo, sin recordar que toda la solemne ciencia histórica—si ella ha de ser auténtica—está, en fin de cuentas, cimentada con el esfuerzo de otros periodistas, por el de unos periodistas de libre pupila e imparcial criterio que, en ladrillos o en papiros o en pieles, recogieron las crispaciones de su época... De modo que el gran filólogo es víctima—o siervo fiel—de las mismas gentes a quienes desdén. Es penoso ver a estos hombres de fe tan difícil en los cronistas de la hora actual, creer infantilmente en cualquier otro con tal de que éste haya nacido en el siglo XIV. (Pero el tema es muy largo de tratar. ¿Debe el objeto de la investigación histórica ser el mismo "acontecer"? ¿La leyenda y el mito son mejores fuentes históricas que cualquier amañado crónica? A estas preguntas contesta Vico con un magnífico desparpajo: "Para Vico—dice Richard Peters—el problema está solamente en poder leer

## LETRAS ESPAÑOLAS

con acierto, interpretar con acierto y explicar con acierto las historias míticas").

Una exposición de esas miniaturas—segunda serie—es el libro de "Heliófilo", recientemente aparecido, titulado "Charlas al sol". Recoge—decíamos ya en estas mismas páginas—la anécdota transeúnte, la afirmación ajena precipitada o sectaria, el pintoresco incidente; lo pesa o mide todo con escrupulosa atención, calcula las posibilidades de ridículo que contienen... Y luego, con gran desembarazo, manipula con ellos en un leve espacio de tiempo, en una de esas "charlas" que dejan siempre con hambre al lector. Sin olvidarse de filtrar en el breve producto literario una gran dosis de tolerancia, tan grande como su gracejo.

Afirma el autor que estas "charlas" nacieron "sin la pretensión de una obra literaria, ni el énfasis de un comentario histórico". Pero de sobra sabemos que el buen arte—el de escribir y todos los demás—se produce siempre al margen de toda pretensión. Cada una de estas "charlas"—a veces resumen de un pequeño "drama mental" o "sentimental", según el mismo "Heliófilo" confiesa—es como una cuenta del gran collar histórico, nunca desdeñable por menuda, cuando así logran dar una impresión exacta de la verdad de un pueblo. También cada lingote de cristal en las grandes arañas recoge y transmite un sorbo de luz; y entre todos ellos, al descomponerla, nos dan de la luz, color a color, una verdad exacta.

## LITERATURA MARGINAL

No abundan en España los libros de ensayo, ni siquiera los de discreta acotación, que pudiéramos llamar "literatura marginal", tan necesarios lo mismo para llegar a la total comprensión de un momento histórico que para saborear aspectos nuevos, enlaces nuevos, de una obra literaria de invención. No suele ser frecuente la admiración, la docilidad inteligente de un espíritu a otro, el sacrificio, en fin, de una producción a otra. Por eso, la crítica literaria—y, en general, la artística—suele ser tan parca; casi pudiéramos afirmar que no existe.

Salvo estimables excepciones, muy poco atendidas, a veces olímpicamente desdeñadas por quienes se suponen instalados en plenas faenas de "creación", de muy dudosa "creación", frecuentemente. Dos de estas excepciones las constituyen Ricardo Baeza y Luis Astrana Marín, traductores infatigables ambos, comentaristas los dos de parcelas muy distintas, ya que, mientras Baeza prefiere dedicarse al estudio de autores contemporáneos, Astrana es atraído constantemente por los clásicos. (Conocida es, principalmente, la larga y penosa faena de traducción llevada a cabo por los dos escritores; de la cual se destaca la versión de las obras completas de Shakespeare realizada por Astrana y la de lo más selecto de la producción contemporánea

inglesa, realizado por Ricardo Baeza).

Del considerable esfuerzo de ambos dan buena muestra dos libros, ahora publicados: "La isla de los Santos", de Baeza, y "El Cortejo de Minerva", de Astrana Marín. El primero es fruto de un viaje a Irlanda realizado por el autor en el otoño de 1920, cuando el pleito nacional alcanzaba en aquella región su punto más alto de inquietud. El libro sitúa al lector en medio de Irlanda y en posesión de todos los resortes del espíritu irlandés. El propósito de Baeza fué hacer sensible al autor "el espectáculo del alma irlandesa, en los múltiples y seculares elementos de su paisaje, su historia y su leyenda". Propósito logrado. Es, pues, el libro una caja de resonancia donde el latido histórico más débil se acentúa y explica. Para mejor centrar la atención de los lectores, acompaña al libro una breve sinopsis de los acontecimientos del pueblo irlandés, anteriores a las fechas subrayadas en el libro. También figuran en éste—como apéndices—un extracto de la historia irlandesa posterior, así como los elementos bibliográficos, para que "los especialmente interesados puedan ampliar por su cuenta" tan atractivo estudio.

El segundo libro—de Luis Astrana Marín—, titulado "El Cortejo de Minerva", lo constituyen unos quince, entre artículos y ensayos sobre temas de literatura clásica, española y extranjera. Prefiero de ellos "Quevedo, Shakespeare y Voltaire", donde se traza una "visión comparada de la figura de Marco Bruto". En verdad, y en ello coincidimos con el autor, está por escribir una dramaturgia comparada, de la que podría arrancar el perfecto conocimiento de tantos personajes históricos como cruzaron por el íntimo laboratorio de un artista, de los que Marco Bruto es, efectivamente, un buen ejemplo. Como lo es Julio César. Las relevantes figuras del mundo—y al través de ellas la historia del mundo—irían ofreciéndose al desnudo, en el cruce, bien iluminado, de dos o tres inteligencias excepcionales.

Astrana Marín realiza aquí, acertadamente, tan difícil estudio comparativo. No faltan aciertos en el resto del volumen. El no coincidir a veces con sus juicios, no sería nunca obstáculo para subrayar la bondad de todo su esfuerzo, la minuciosa y fervorosa preparación que esta literatura marginal supone.

## MODOS DE NOVELAR

En la colección "Valores actuales" se publicaron—además de los libros ya aquí reseñados—una leyenda y dos novelas. De la leyenda, titulada

## BENJAMIN JARNES

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1930

"Viviana y Merlin", sería poco discreto hablar, puesto que su autor es también el de esta crónica. Sólo apuntaremos que "Viviana y Merlin" no llegó a su plenitud. Quedan aún por recoger muchas sugerencias de la magnífica Edad Media que más tarde irán, si no enriqueciendo, al menos aumentando el hoy pequeño volumen.

Las novelas son "Agor sin fin", de Juan Chabás, y "Tres mujeres más equis", de Felipe Ximénez de Sandoval. Ambos muy jóvenes, pero Juan Chabás más conocido por libros anteriores que, como "Sin velas desvelada", habían fijado con gran fortuna su silueta de novelador en las letras contemporáneas. Ximénez de Sandoval comienza ahora a precisar sus límites, es decir, su personalidad.

De "Agor sin fin" podría decirse que es una novela de vibraciones, de ondas, de irradiaciones; aérea, en el mejor sentido; no por incoherente y huida, sino por delgada y buena receptora de los silenciosos mensajes cordiales que entre sí se lanzan quienes circulan por el libro. Es preferido el paisaje, la fruición del paisaje, todo cuanto rodea a los hombres y a las cosas, todo cuanto imprime en los hombres y en las cosas su huella perdurable. Los personajes se dejan arrastrar por la atmósfera, como en un delicioso impresionismo pictórico; se funden en lo mismo que les nutre, en el aire, en el agua azul de un lago, en las tiernas ramas verdes, en la noche obscura. "La noche, medio cerrada, les aislaba y fundía inmensamente"—dice alguna vez, de sus criaturas, el autor—. Y la sombra y la luz, como el campo y el mar, van trazándose sus confines. "Agor sin fin" es una novela cuyos héroes están sumidos en el paisaje como otros árboles, como otras rocas. "El tiempo parecía entre ellos una niebla húmeda que les iba ahogando y les borraba sus contornos humanos verdaderos; sombras eran; como sombras se veían". Novela sensual. De goce sensual totalizado; no circunscripto a las fuentes eróticas sino diestramente repartido por todas las demás parcelas del sentir.

Blandura para el tacto; suavidad, luz cernida para los ojos, fino perfume vegetal, aire sutil para toda la piel. Fanal levantino para sumergirse en él unas almas en pleno afán de evasiones imposibles, de engañosos anzuelos vitales.

"Tres mujeres más equis" prefiere el contorno duro, de clínica, mineral, de los objetos: hombres o cosas. "No hay aquí ambiente"—diría un novelista tradicional—. En efecto, no hay ambiente, entre cada personaje aparecen cortadas todas las comunicaciones aéreas. A un personaje le asalta la duda de "si la sensualidad es cuerpo o espíritu". Para el autor la sensualidad es, ante todo, cuerpo. Un cuerpo del que no se pierda ningún perfil. Ninguna nube, ninguna bruma. Todo racional, hasta el esquematismo. Título geométrico, contenido geométrico. ¿Metáforas? No. Ecuaciones.

El mismo Tiempo—el inasible y pavoroso Tiempo—se hace una bola y anda rodando por debajo de las camas. El mismo Espacio—el inasible y pavoroso Espacio—se divide y agrupa infantilmente. Como colegiales "los kilómetros pasan de dos en dos en el aire". Las enormes atracciones interplanetarias se convierten en menudas atracciones de feria. "La luna es un paisaje de delirio confitero". Turbión de imágenes, pero clasificables, al pasar, una por una. Esta de tal precio, ésta del otro, ésta de ninguno. Todas con sed de llegar las primeras, con su proclama de juventud, por tanto de audacia, de acometividad. Y siempre, aunque alguna poco razonable, pasada por la razón. Por la razón que prefiere el contorno a la nube.

Dos modos de novelar: Se toman unos peones, una reina, un rey, dos alfiles... y se lanzan a un geométrico avance sobre el tablero. O, también, se traza un paralelogramo vital y el espacio interior, con sus nubes, con sus grandes y menudas vibraciones, se trasladada a un libro. ¿Con sus incoherencias, también? Nada es incoherente en un organismo vivo. Creo en la delicia de un juego, pero también en su fugacidad. Lo verdaderamente vivo, en arte, no muere nunca.

## AUTOBIOGRAFÍAS

Gran dificultad la de escribir biografías, mayor la de escribir "autobiografías". El hecho histórico puede interesar poco—en el primer caso—y puede interesar demasiado—como en el segundo—. El hecho es susceptible de ser transfigurado; todo invita a transfigurarlo, para ser grato al lector; pero la transfiguración es enemiga de la verdad. Se pierde el "dato", aunque el "tema" gane en luz y arrequives. Cuando el artista se apodera de un hecho "histórico" para transformarlo en hecho "artístico", asesina una verdad para conseguir otra. La biografía suele fraguarse en colaboración con el lector. También, la autobiografía; porque es difícil a un hombre que sale a una pista prescindir del gentil ademán aprendido, no anteponerlo al pobre gesto espontáneo, al lastimoso gesto auténtico.

Ahora acaba de reeditarse un libro indebidamente arrinconado: "Del cautiverio", escrito por Manuel Ciges Aparicio, donde cuenta su vida en La Cabaña, presidio de La Habana. El autor era culpable de haber escrito un artículo ingrato a las autoridades españolas de Cuba, y fué encerrado en aquella fortaleza durante muchos meses. "Ante esa historia—dice el prologo—palidecen las más horripilantes que se han escrito—y la biografía de la vida en los presidios es ya copiosísima—en cualesquiera idioma, sin excluir la autografía del propio Dostoiévsky en sus años de Siberia". Así es, efectivamente. El autor no vacila en salir desnudo a la pista y repetir en el libro las mismas escenas dolorosas, inolvidables, que realizó o vió realizar en La Cabaña. Libro de enorme documentación humana.

## UNA CHARLA OLVIDADA CON PAUL MORAND

(Continuación de la pág. 16)

enviarle algunos de mis libros.

Y luego de guardar mi tarjeta me acompañó, con su gentileza "très française", hasta la puerta, estrechándome la diestra con un recio y franco apretón de manos:

—Hasta cuando usted guste...

\*\*\*

Pocos días más tarde recibí

unos volúmenes: "De la part de monsieur Paul Morand".

En seguida, aparece su libro "New York" y marca el mayor suceso de la "saison", batiendo "records" de venta, con "Byron", de Maurois, y "David Goldner", de Irene Nemirovski, que surge a la gran publicidad con esa obra.

Meses después los muros de los Champs Elysées y los de los grandes bulevares destinados a la propaganda, se ven ornados por inmensos "affiches" pintados al óleo, forma de reclamo completamente no-

vedosa y, como es de suponer, muy costosa. Representan una cara de hombre, de dos metros de alto, cubierta a medias por un libro abierto, de dimensiones en relación con la figura, donde se lee en la carátula: "Paul Morand.—Champions du Monde". Es la última novela que viene a mantener el éxito creciente del autor de "Magie Noire", "L'Europe Galante", "Bouddah Vivant" y tantos otros volúmenes que traducen la inquietud insaciable, la ansiedad cósmica de ese espíritu de maravillosa receptividad del

ritmo tumultuoso de la vida moderna, que es Paul Morand.

Mientras tanto, una desgracia familiar enluta su hogar: la muerte de su padre. Y una desgracia nacional enluta a Francia: las terribles inundaciones del Mediodía... Paul Morand cede a favor de los damnificados su manuscrito de "New York", que es vendido por diez mil francos, aunque después valdrá cincuenta mil.

Viaja en la misma Europa de un país a otro y está muy poco en París, donde la vida es una vorágine sin tregua...

Llega, y pasa el verano, pero Paul Morand no puede realizar todavía su venida.

Tendremos que esperarle hasta el año próximo. Porque él cumplirá su deseo de visitar nuestra América, para publicar después un nuevo libro lleno de sutiles observaciones, de atento análisis y de juicio rectilíneo. Y porque éste es acaso el único Continente que no conoce aún el original y dinámico escritor para quien nuestro globo no es sino "Rien que la Terre"...

Esperémosle.



En las playas populares de Mar del Plata

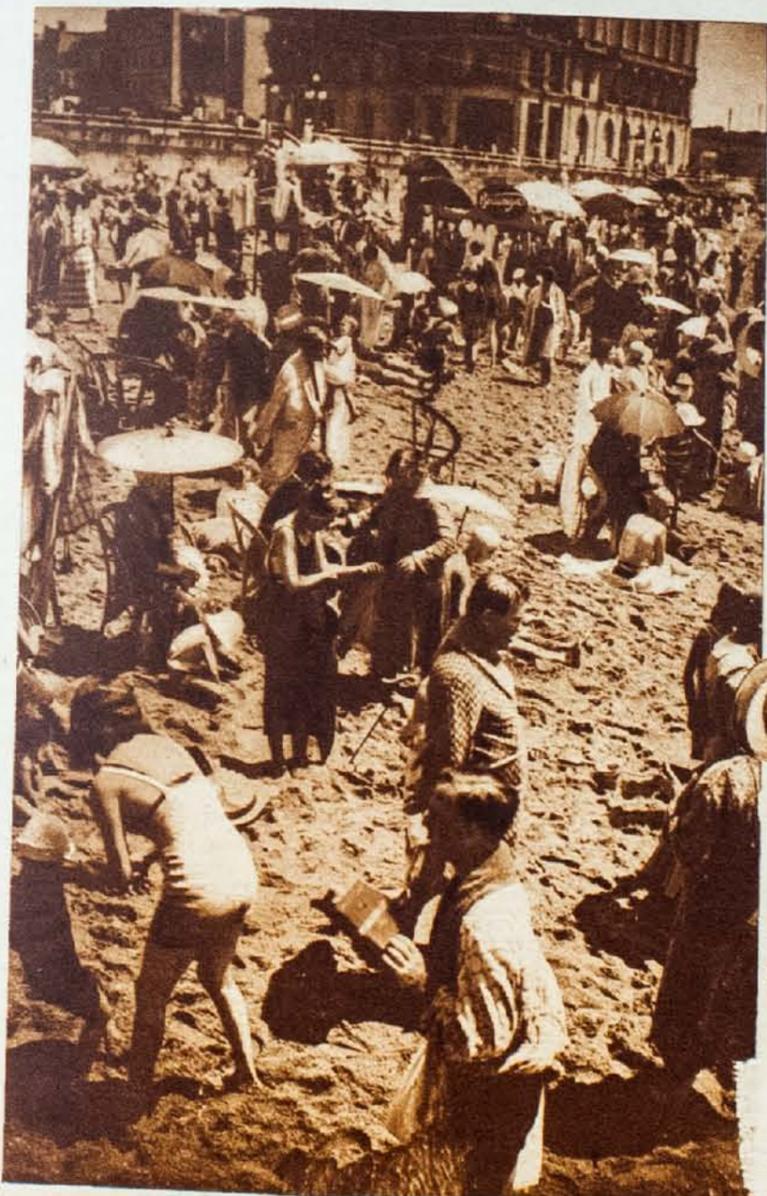
Le



Como todos los años, el Club Argentino de Mujeres ha organizado su colonia de veraneo que reúne numeroso contingente de asociadas. Las horas del baño en la playa que le ha sido concedida al club este año, transcurren en forma amena.



La venta de chokolines resulta a veces, además de productiva, agradable.



El nuevo balneario con que se ha reemplazado al "barrio chino", ha conquistado la simpatía de numerosos veraneantes, presentando así la playa aspectos realmente interesantes.



# PARIS LE BRISTOL

112 - Faubourg Saint Honoré

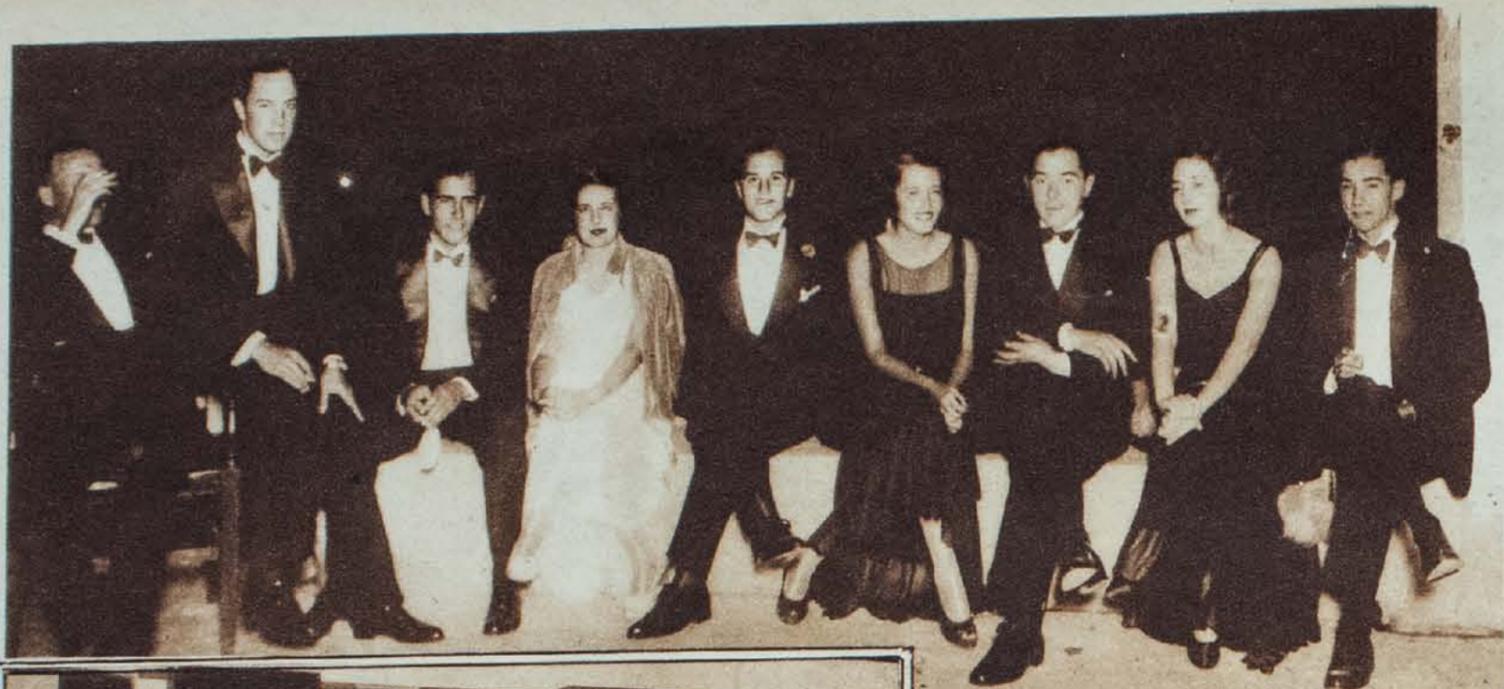
El único Hotel dotado de una instalación especial de ventilación y de refrigeración para el verano.

ABIERTO EN 1930

Telegr. Bristonoré-París

De la  
Cumbre  
L

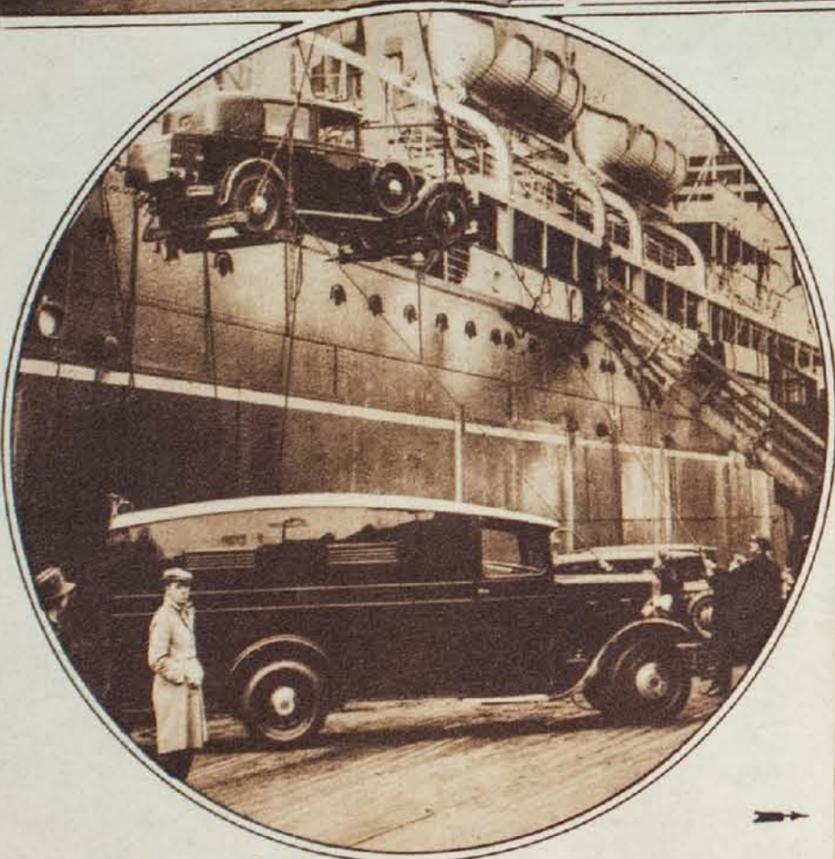
← Algunos de los concurrentes al gran baile realizado en los salones de La Cumbre Golf Club, con motivo del 6.º aniversario de la fundación. Señoritas Grondona y Victorica Acosta y señores E. Palacios, C. Navarro Ocampo, Jorge Rocha y Eduardo Torres Duggan.



← Susana Gómez Aguirre, Josefina Elia Harilaos, Eloisa Urquiza Anchorena, Marta Seeber, Luis Gowland, Hernan Seeber, Teófilo Lacroze, Carlos Iburguren (hijo) y Adolfo Mitre.



Maria Alina Fontán, Aida V. Galli, Mine Zamboni, Maria Angélica Bernasconi, Ema Zamboni y Carlos y Eduardo Bernasconi y Roberto Fontán, en la misma fiesta.



A bordo del "Dunster Grange" fueron embarcados con destino a Buenos Aires los automóviles que el Príncipe de Gales y su hermano Jorge usarán durante su permanencia en esta capital.

Miss Juana Burns que elevándose en un avión a 8.600 metros batió el record femenino que antes correspondía a Miss Ruth Alexander, con 7.000 metros.



**IODEX**

**LOS DOLORES**

Reumáticos y  
Neurálgicos

SE alivian rápidamente si se usa Iodex con Salicilato de Metilo. Este magnífico unguento calma el dolor sin manchar o irritar la piel. Pida Ud. Iodex con Salicilato de Metilo, en la caja verde.

Se vende en todas las farmacias.  
Los médicos lo recomiendan.

MENLEY & JAMES, LTD.  
70 West 40th St., Nueva York, E.U.A.



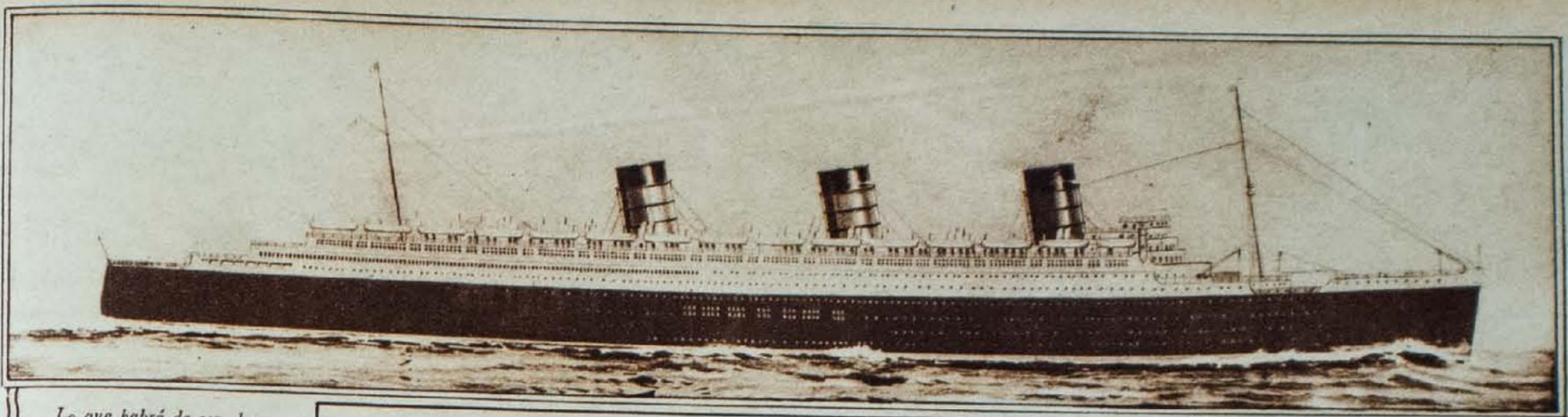
**Kola Cardinette**



tónico reconstituyente de fama mundial. Recomendado especialmente por todos los médicos del mundo entero, para los débiles, anémicos y convalecientes. Sumamente agradable al paladar.

Tonifica y Sustenta.

The Palisade Mfg. Co., Yonkers—N. Y. y Buenos Aires



Lo que habrá de ser el nuevo transatlántico de 73.000 toneladas que construye actualmente la Cunard Line.

Tan porteña... y tan "parisienne" ...



El marajá Hoklak D'Indore y su secretario privado, paseando en Cannes.



LA SEÑORA  
TEODELINA LEZICA ALVEAR  
DE CARABASSA

adorna con su gracia espiritual y elegante los salones de la aristocracia argentina

SU sutileza y su "charme" traen el recuerdo de las mujeres de París... Sus ojos grandes y oscuros, su cabello negro, forman contraste con la tersura de su cutis. Ella dice: "Encuentro en el uso de las cremas Pond, un medio muy eficaz para mantener la frescura de la tez".

"El deporte, el aire vivo del campo, los baños de sol en la playa, los largos viajes en auto... son más agradables, teniendo la precaución de proteger la piel con el tratamiento Pond".

¡Es tan sencillo! ¡Tan fácil de seguir! ¡Pruébelo usted también! Por la mañana, al levantarse, aplique la Cold Cream Pond; descanse un rato y pase después las servilletitas Cutiasea para quitar el sobrante de Cold Cream, ¡son tan finas y absorbentes que dejarán su cara suave como la seda! Luego el líquido astringente Pond limpia y cierra los poros, tonifica y vigoriza la piel, aumentando la circulación. Al final, la Vanishing Cream Pond, es excelente para que los polvos se adhieran y deja el cutis fresco y aterciopelado.

Si usted desea hacer un ensayo que le resultará una verdadera revelación ¡pida unas muestras hoy! Se las mandaremos gratis por correo.



Pond's Extract Company Colodrero 2374 - Bs. As.

Sírvase mandarme las muestras de cremas Pond. Incluyo en estampillas 5 cts. para el franqueo ó 20 cts. para certificado.

Nombre.....

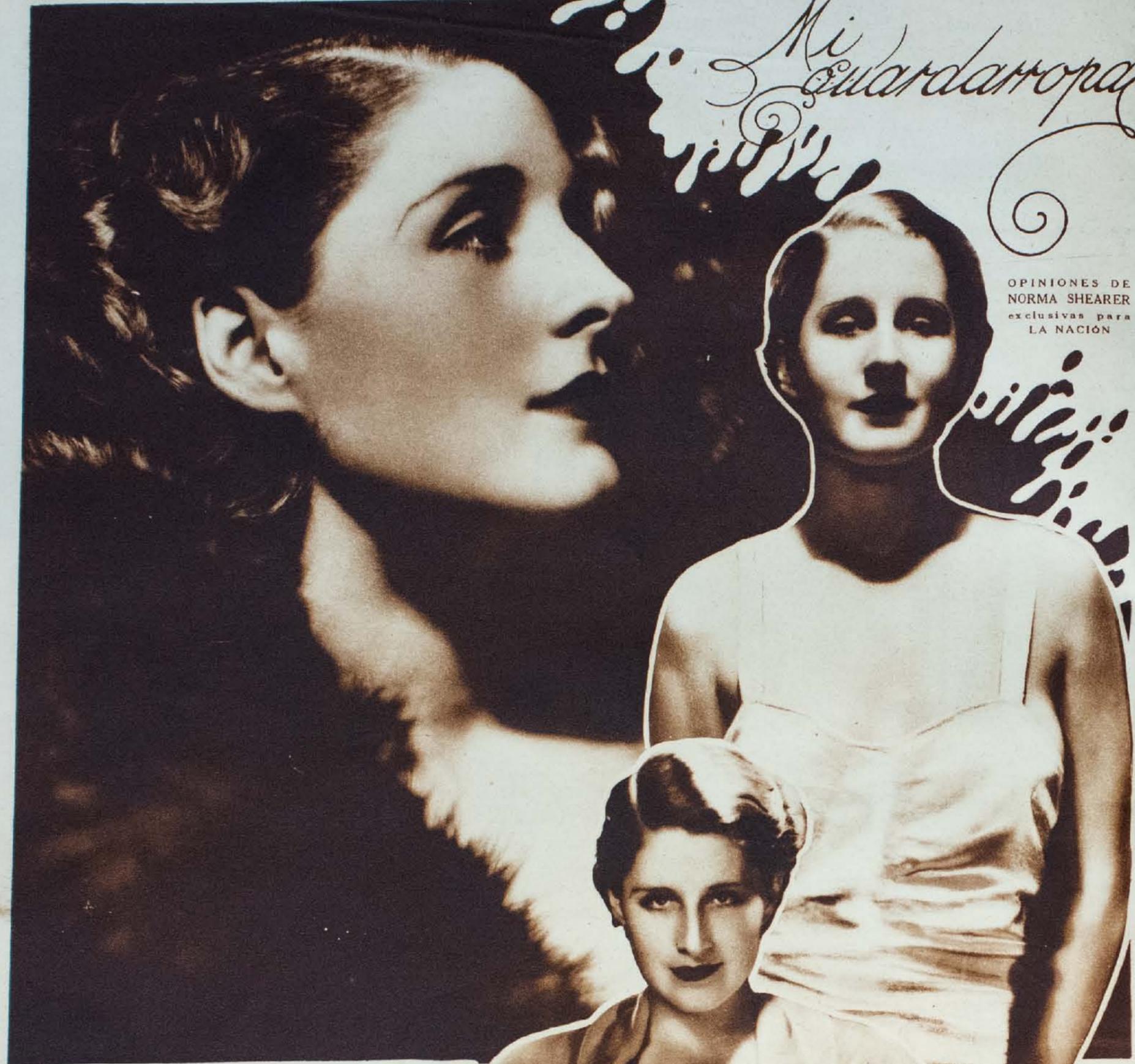
Dirección.....

Agil, menuda y suave, en toda la exquisitez de su perfume, de su encanto, Teodelina Lezica Alvear de Carabassa, alegre con su sonrisa y con su gracia chispeante al mundo que la rodea.



*Mi Guardarropa*

OPINIONES DE  
NORMA SHEARER  
exclusivas para  
LA NACION



ES, en realidad, grave cuestión escribir acerca de vestidos cuando no se puede entrar en detalles sobre puntos de vista fotográficos, apreciaciones de color y otras muchas cosas más que constituyen todo un tema en lo tocante a la pantalla.

Desde el principio ténganme por firme sostenedora de la tesis de que el traje debe adaptarse a la persona que lo lleva, confundiendo, verdaderamente, con ella. Por mi parte, procuro siempre elegir vestido conforme a esta norma: ¿Estaré satisfecha con este vestido?, más bien que con arreglo a esta otra: ¿Gustará a los demás?

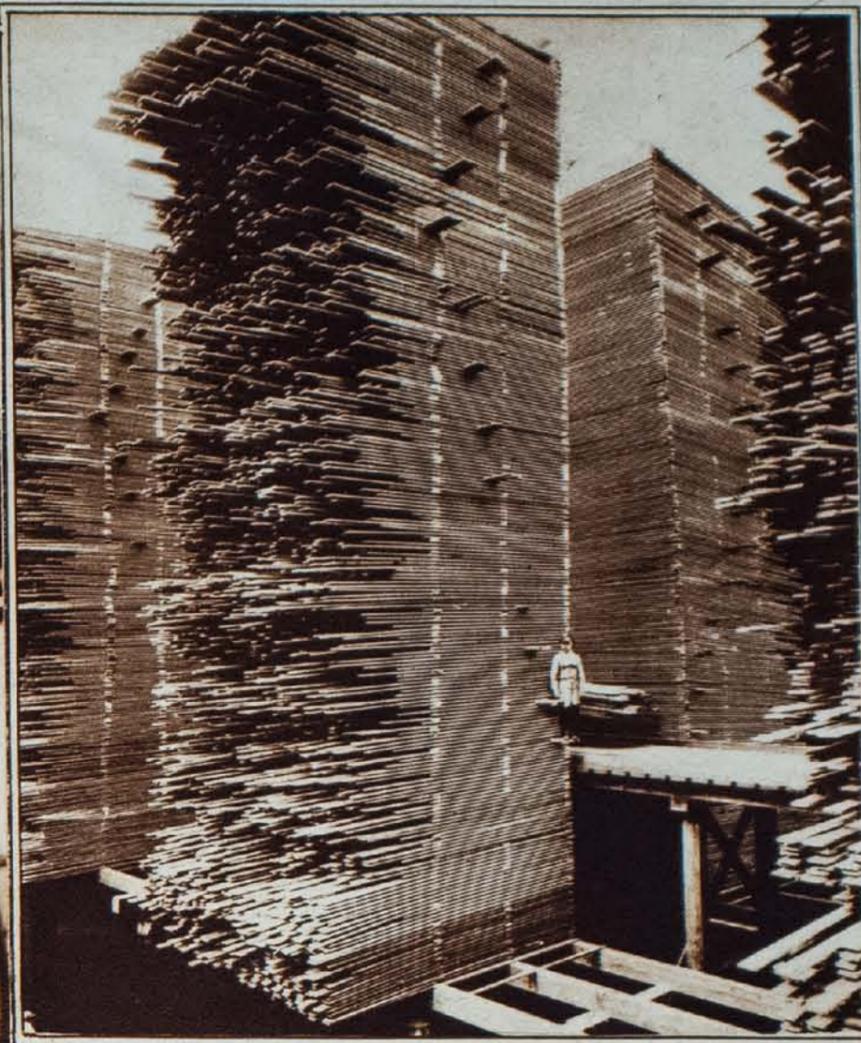
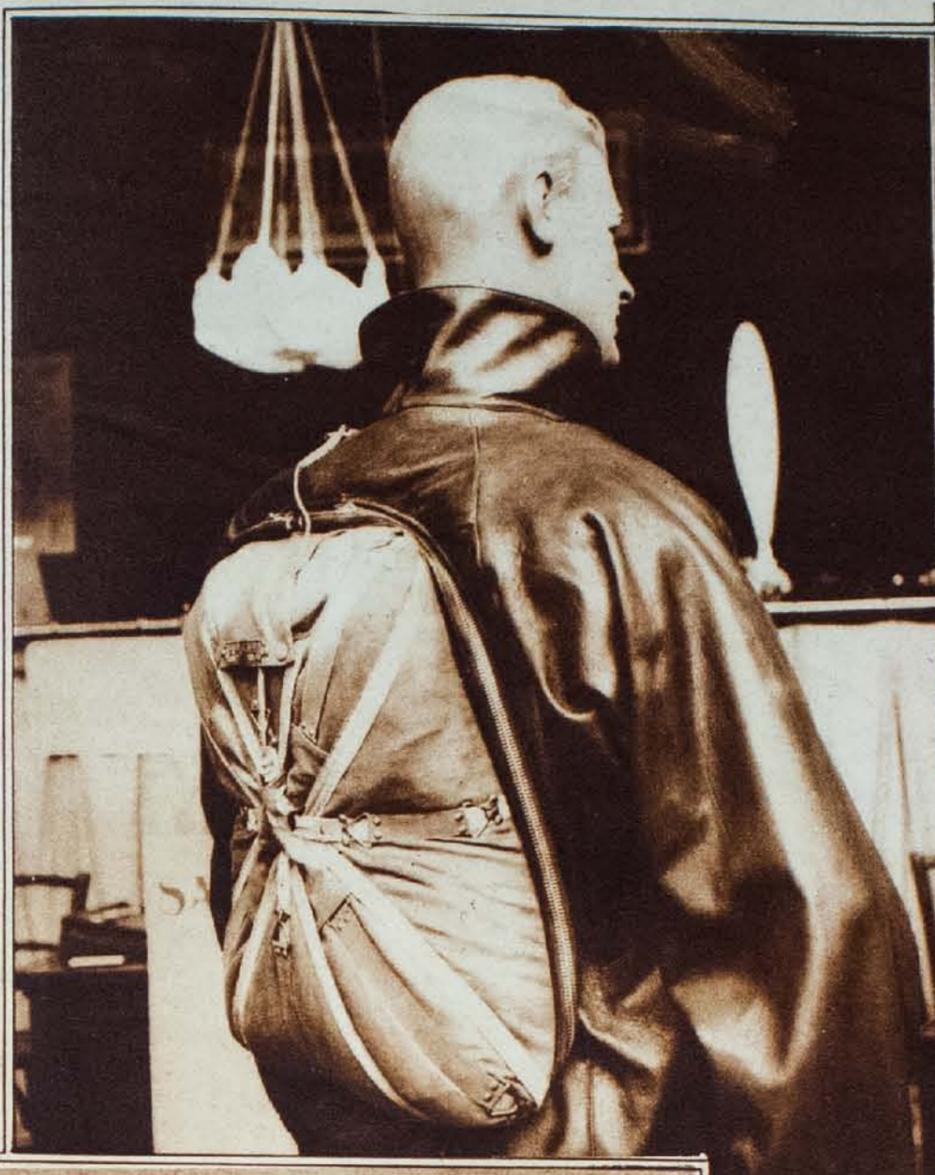
Respecto a colores... soy muy supersticiosa. Para mí, el verde indica buena suerte, y el rojo, guerra; pero mis favoritos son los azules y el blanco.

Además de armonizar con el tipo físico de quien los lleva, los matices elegidos deben suscitar un sentimiento de alegría y felicidad, y no de tristeza y monotonía.

Por lo demás, no hay que pasar por alto los hábitos personales. Consideremos a la actriz de cinematógrafo, por ejemplo. Dispone de muy poco tiempo para ir a las tiendas. Así, yo misma me he preparado una formulita para cuando voy de compras, que me ha resultado buena. Dedico unas pocas semanas a mis compras en primavera, y luego en otoño, dispuestas, especialmente, para los días en que salen los nuevos modelos, y después me olvido de telas y de vestidos hasta la próxima estación.

*Norma Shearer*





El "dernier cri" para los que vuelan. También la aviación tiene sus modas. Existía el "traje para volar", pero faltaba el "traje para caerse" o por lo menos para aterrizar bruscamente y por cuenta propia. El indumento paracaídas que se exhibió en el 12° salón de Aeronáutica de París, vino a llenar ese vacío...

Un rascacielo de maderas, de 70 metros de altura, formado por alfileras, que constituye en cierto modo un espectáculo familiar a los habitantes de Puget Sound, Estados Unidos.



La artista Helen Eisenbach, de Viena, que ha servido de modelo para varios cuadros y a quien los artistas austriacos llaman "la forma divina".



**UN TESORO  
PARA SU CUTIS**

Por su pureza y finura puede usted llamar, con razón, tesoro del cutis al Jabón Heno de Pravia. Proporciona a usted cuanto necesita para dar vida y belleza a su piel; espuma abundante que suaviza y refresca, y perfume gratisimo e inconfundible, que persiste después de lavarse.

**JABÓN HENO  
DE PRAVIA**

Dése un ligero masaje con la espuma espesa, al lavarse con agua caliente o tibia, y aclárese con agua fría. Los poros quedan libres; el cutis terso y suave.

\$ 0,70  
EN LA CAPITAL

PERFUMERÍA  
**GAL**

MADRID  
BUENOS AIRES  
LONDON  
NEW YORK

Proveedores de S.S. M.M. los Reyes de España.

*Espaldas bonitas*

CON un método bien sencillo he logrado conservar el buen aspecto y la belleza en mis espaldas: fricciones superficiales con alcohol o con agua colonia bien alcoholizada, cubiertas luego con talco finísimo. La piel queda muy suave y muy sedosa.

*Isabelita Ruiz*



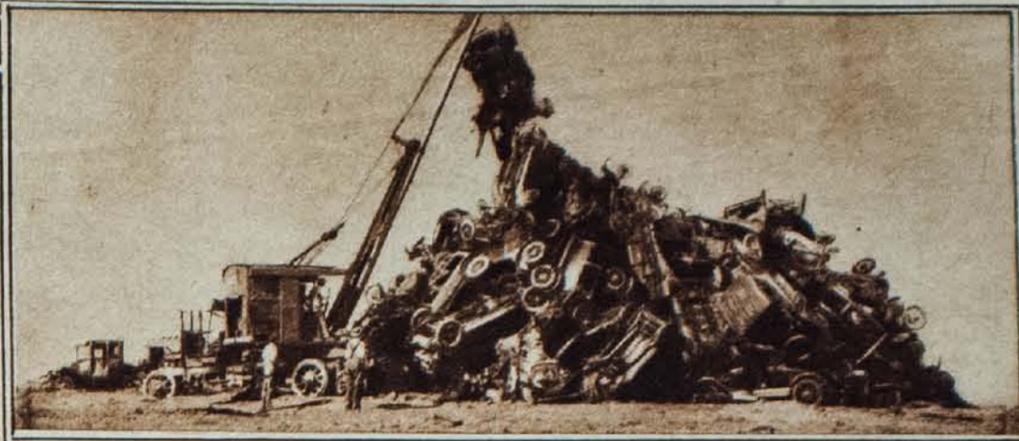
ISABELITA RUIZ, bailarina española muy aplaudida en los escenarios de la península y de Brasil y que con igual éxito actuó entre nosotros últimamente en el teatro Maipo y en el Gran Cine Florida.



BELLEZAS DEL SUR ARGENTINO.  
En el lago Nahuel Huapi: el puerto correntoso.



Decidido a "batir un record" en el torneo consistente en permanecer más tiempo en la punta de un mástil de bandera, Bill La Fay, "Smoky", estuvo en tal posición durante 44 días.



A juego lento, en el patíbulo de Long Beach (California), arderán en gigantesca y espectacular hoguera estos 160 "criminales" de carreteras, condenados por la campaña que se lleva a efecto en Estados Unidos contra los camiones automoviles viejos y peligrosos que obstruyen los caminos. No bien se amontonan en gigantesca pira, se les prenderá fuego con una tea.

## Aquí están los nuevos medios para destruir el vello

MILES DE SEÑORAS LOS RECIBIERON CON SATISFACCIÓN...

Un nuevo descubrimiento permite destruir el vello - sin olor - sin ardor, y sin que el vello vuelva.

No tan sólo desaparece el peligro de que el vello se robustezca..., la posibilidad de que vuelva ha sido alejada indefinidamente.

Se ha hallado un nuevo método para eliminar al instante el vello del rostro, de los brazos, de las piernas. Destruye todo vestigio de vello. Excluye la posibilidad de que fuere estimulado el crecimiento de vello más fuerte cosa de la cual miles de señoras culpan a métodos menos modernos. ¡Un camino hacia la destrucción definitiva del vello! Por él los entendidos en cosmética han cambiado sus ideas sobre medios para destruir el vello. Gracias a este descubrimiento, hecho y aplicado en los Laboratorios Vindobona, la destrucción definitiva del vello, de una aspiración que fué, se convirtió en realidad.

### Cómo se aplicó

En dos nuevos productos fué utilizado ese descubrimiento. En la Nueva Crema Depilatoria Vindobona — una crema igual a una fina crema de tocador — blanca, suave y fresca, y en Racé, un polvo de tocador hecho a base de vegetales. En el rostro, sobre el vello suave de los brazos y piernas, se extiende rápidamente la Nueva Crema Depilatoria Vindobona. Está hecha para el vello suave y piel muy sensible. Puede usarse en el rostro sin temor alguno. A los pocos minutos se lava y todo el vello se habrá ido.

### Un interesante librito gratis

Trae amplios informes y detalles. Si usted no puede venir personalmente por nuestra casa, pídale, llenando y enviándonos hoy el cupón de este aviso. Racé y "Nueva Crema Depilatoria Vindobona" se venden en la Sucursal Argentina de los

### LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8, PISO 1°

(Venta atendida por señoritas)

BUENOS AIRES

EN MONTEVIDEO: Andes 1338, piso 3°  
Las casas de mayor prestigio también los venden, entre ellas:

- |                     |                         |
|---------------------|-------------------------|
| Franco Inglesa      | Gath y Chaves           |
| Sarmiento y Florida | Casa Central y Suc.     |
| Farmacia Nelson     | Farmacia Inglesa        |
| Suipacha 477        | Avenida de Mayo 900     |
| Farm. Scanapieco    | Farm. L'Aiglón          |
| Esmeralda y Tucumán | Callao 200              |
| Farmacia Gibson     | Tienda La Piedad        |
| Florida 281         | Cerrito y Cangallo      |
| Ciudad de México    | Casa Argentina Scherrer |
| Florida y Sarmiento | Suipacha 171            |

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. D. 2

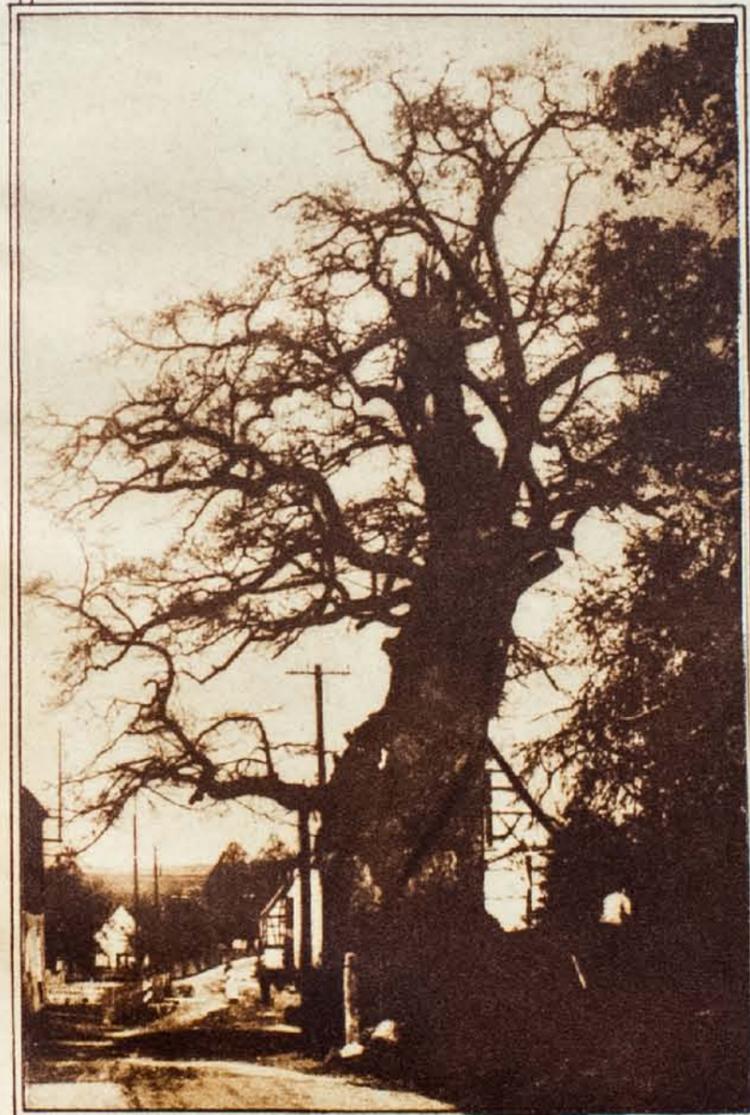
Florida 8 - piso 1° - Buenos Aires.

Sírvase enviarme gratis el librito descriptivo sobre la mejor manera de eliminar el vello.

Nombre .....

Calle ..... N°.....

Ciudad ..... F. C. ....



Más de mil años tiene esta formidable encina del valle de Noebdenitz, en Turingia, a la cual dan sus habitantes el sugestivo nombre de "La Tumba Viva". El tronco hueco del árbol es tumba del poeta y ex ministro de Estado de Gotha-Altenburg, Hans von Thummel. Según los registros parroquiales, Von Thummel fué enterrado en este árbol el 1.º de marzo de 1824, de pie, envuelto en un sudario y cubierto por una pared de cemento.

## Comience hoy a rebajar su peso

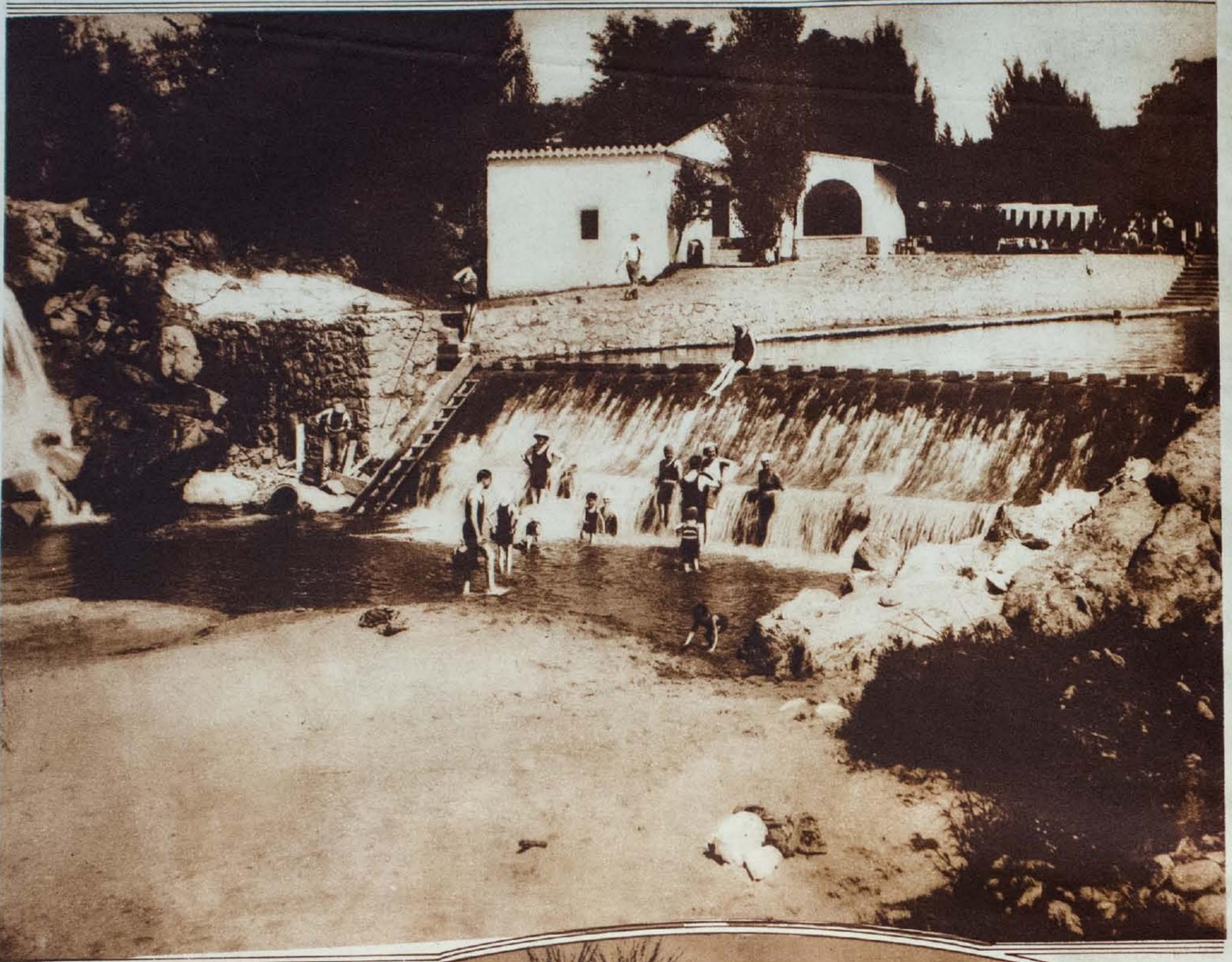


¿No ha observado usted que numerosas personas encontraron la manera de perder peso y conseguir esbeltas?

A su alrededor reina la esbeltez. El exceso de peso, la gordura, la corpulencia, son menos comunes que antes. Algunas personas todavía se someten a dietas y ejercicios cansadores. Pero, día a día, aumentan las adeptas al tratamiento científico más agradable: dos "Baños de Esbeltez Sarowal" por semana. Constituyen un deleite. En una bañera llena de agua caliente se disuelve uno de los paquetitos contenido en cada caja de "Baños de Esbeltez Sarowal". En seguida usted reposa en el agua y se inicia un proceso físico fisiológico que disuelve las grasas y los tejidos adiposos, expulsándolos a través de los poros y obligando su reabsorción por el organismo. Y los baños con "Baños de Esbeltez Sarowal" vivifican. La piel queda lisa y suave. Las arrugas que hubiere se alisan. Pesándose usted antes y después de cada baño, constatará que se ha librado de uno o dos kilos. Desde luego los "Baños de Esbeltez Sarowal" no afectan el esmalte de las bañaderas ni las ropas de baño. Se usan en las capitales europeas desde hace más de tres años. Quienes les usaron, contaron los resultados. Esta es la razón de por qué la esbeltez se convirtió en cosa corriente. Usted deberá cerciorarse de lo que "Baños de Esbeltez Sarowal" pueden significar para usted. Siempre estará contenta de haberlos descubiertos. Emplece hoy.

### "Baños de Esbeltez Sarowal" venden las mejores casas:

- |                       |                        |                      |                     |
|-----------------------|------------------------|----------------------|---------------------|
| Laborator. Vindobona  | Gath y Chaves          | Farm. Franco Inglesa | Farmacia L'Aiglón   |
| Florida N° 8, piso 1° | Casa Central y Sucurs. | Sarmiento y Florida  | Callao 200          |
| Casa Argent. Scherrer | Farmacia Scanapieco    | Farmacia Chialvo     | Tienda La Piedad    |
| Suipacha, 171         | Esmeralda y Tucumán    | Sarmiento y Tucumán  | Cerrito y Bm. Mitre |
| Farmacia del Pueblo   | Farmacia González      | Ciudad de México     | En Montevideo:      |
| Rivadavia, 139        | Rivadavia, 5409        | Florida y Sarmiento  | Andes 1338, 3° piso |



Balneario Rio Grande, en Huerta Grande, muy concurrido por las familias de la localidad y las de La Cumbre y La Falda.



¡CUIDADO CON TOCAR!—Jinete en dos hongos gigantes, esta oruga negra revestida de púas, desafía a que le hagan caricias o la toquen siquiera. El temerario que lo hiciere tendría escozores para rato.